45/37

EL SONETO EN ESPAÑA

L3.11
S211G5

M. Sánchez de Enciso

EL SONETO EN ESPAÑA

LA LIRA DE CASTILLA AL "ITÁLICO MODO„

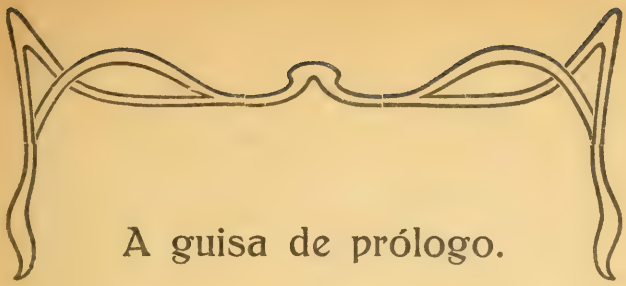
(Orígenes, transplantación y antología del Soneto).

15-3136
30/10/19

MADRID
Tipografía y Encuadernación de JOSÉ YAGÜES SANZ
Plaza del Conde de Barajas, 5, y Nuncio, 8.
Teléfono núm. 44-99.

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

A GUISA DE PRÓLOGO



A guisa de prólogo.

DEMANDA puesto este libro en la feria de las letras, dejando en el corazón de su autor una imponderable zozobra. Sugerióme la idea de escribirlo, de un lado el interés de la pugna que entablaron en el Renacimiento poético español los clasicistas con los «petrarquistas», y de otro el prurito de desgajar del árbol de la Lírica, esta frondosa rama que se llama Soneto y ofrecerla al lector con sus más sazonados frutos. Personas significadísimas alentáronme a convertir en realidad el esquema de la idea. Algunas de esas personas tienen puesto en esta Antología con bellísimas muestras de su ingenio.

Pasando por sobre mis angustias: sobra de inexperiencia, falta de autoridad literaria, no he de ocultar que en el variado matiz de aquellas seducciones acucióme asimismo el interés, en otro orden de ideas, más psicológicas, más sub-

getivas, de hallarme en el trato (personal o ideológico), de la cohorte de gloriosos poetas que decoran el Parnaso español. De ese trato he sacado la firme contradicción de aquel apotegma que dice que no hay grande hombre en la intimidad. Para mí, después de estudiados en sus obras, resultan siendo muy grandes de España, quizá los únicos grandes de España, estos insignes poetas. Refiérome tanto a los vivos como a los muertos.

No me envanece la presunción de haber aportado, ni lo he pretendido, con este libro ningún descubrimiento bio-bibliográfico, ninguna idea nueva. Después de lo dicho en materia de crítica literaria por el polígrafo inmortal D. Marcelino Menéndez Pelayo; después de los exactísimos juicios en la misma materia, del ilustre hispanófilo, James Fitzmaurice Kelly, fuera locura meterse por el espigado campo de las indagaciones eruditas con esperanzas de éxito. Son más modestas, muchísimo más modestas mis pretensiones, si aquel estado del ánimo de que hablo al principio me deja tenerlas. Aspiro solo al solaz de quien me lea; a la vulgarización de principios y juicios literarios fragmentarios hasta aquí y dispersos. Pero no me presento armado de los arreos de la

erudición enfadosa. Mi empresa reviste unas proporciones tan elementales, que me apresuro a hacer esta salvedad para que no pueda llamarse a engaño quien se disponga a leerme.

Historiar la adaptación de la métrica y el gusto poético italianos a nuestra patria; pasar una somera revista al Parnaso castellano, con algún mayor detenimiento en las cumbres; seleccionar o escogitar un soneto de entre los de cada uno de nuestros principales líricos, desde el marqués de Santillana hasta nuestros días; tal es, sencillamente, la empresa que me he propuesto acometer. No he de ocultar que la tarea ha sido ardua y laboriosa; pero si, equivocado en mis juicios, entreviera alguien en este libro mayor importancia de lá que yo le concedo, sirva tal justiprecio de salvedad a la mediocridad de mi triunfo, y engendre también nueva disculpa en favor de mi audacia al acometerlo.

***

Acompáñame ahora un momento, lector, en el ambiente de la paz, en la dilección del trabajo tranquilo; reposado jardín de donde hemos de extraer la miel de las ideas. Es el ámbito de una Biblioteca. El alma, libre de cuidados, parece recogerse, embeberse en sí misma. Todos los ru-

mores mueren arrepentidos en la entrada de aquel augusto recinto.

No es la Biblioteca Nacional, en donde la confusión y el crecido número de lectores despojan el estudio de toda transparencia de reposo. Es una Biblioteca secundaria en catalogación. Las ideas que parecían dormidas, evocan al entrar en actividad reminiscencias de aquellas bibliotecas que destruyó la barbarie del tiempo, en edades lejanas, allá en Babilonia, en Córdoba, rival de Damasco, en la Corte de los poetas de Sicilia, en los grandes dominios señoriales de los príncipes italianos del Renacimiento.

El deseo se empareja con la posesión. Hemos abierto el añorado libro y sus páginas, heraldos de una cultura que han ido laborando los siglos y propagando los adelantos, nos hablan la vida áurea de aquel atildado poeta que canta el himno de su ventura o desventura, aceradamente, con la tenacidad sonora del adivino.

Huye avergonzada la beocia y el ambiente nos rehabilita de la prosa de la calle. Y comienza el desfile de poetas. Imperial y Santillana, precursores de la revolución más grande de la métrica en Castilla; los poetas del Renacimiento; el dulce Garcilaso; los vates del Siglo de Oro,

cumbres de la admiración y de la fama; la Escuela de Sevilla, nueva Atenas luminosa y floreciente; los precursores del Romanticismo, con saudades de aquellos augustos siglos de la Reforma; los poetas románticos... todos nos dicen de sus celos y sus amores; todos son dilectos a nuestra alma. ¿Juzgas, lector, cuán grande es el imperio de las ideas, que así asegura a un nombre la fama por el milagro de la cristalización en áureo molde, del pensamiento? Versos que se escribieron con llanto en los ojos y sequedad angustiosa en el alma; poesías que posaron las alas entre batir de regocijos, suenan como música bendita en aquel recogimiento.

***

Prosigamos. El soneto (de «sonetto», derivado de suono), (*) «uno de los más preciosos presentes de Italia al mundo de las letras», como acertadamente dice Ricardo Garnett, es una forma poética que los preceptistas de todos los tiempos, buenos y malos, han presentado erizada de dificultades. Pero no hay que creerles. Para dominar el mecanismo de esa composición, como

(*) Roque Barcia adjudica la etimología de esta composición, entre otras fuentes, a la voz provenzal «Sonet». Error manifiesto. En la lengua provenzal se llamaba «sonet», obedeciendo a la etimología, cualquiera especie de canto.

para la conquista y el triunfo de otras muchas empresas mentales, sólo requiérense tres cosas: talento, talento y talento. A poeta mediocre, soneto malo. A perfecto poeta, buen soneto.

No ya en los tiempos modernos, en que se ha llegado al completo dominio de la expresión, sino en aquellos otros en que, salido el idioma de sus balbuceos, sólo el valor del genio haciale asequible a las definitivas modalidades de un perfecto dinamismo poemático, el buen poeta ha hecho buenos sonetos. Deberíamos tomar por ejemplo a Garcilaso, si entre la gloriosa cohorte de poetas que esmaltaron todo aquel período del Renacimiento no brillaran muchos poetas, con luz propia, como insignes luminares. Después siguió ofreciendo el Parnaso castellano múltiples ejemplos de egregios sonetistas, tales, entre otros, los Argensola, Cervantes, Arguijo... a quienes yo apellidaría divinos (si ya otros no hubieran arrebatado ese título), por la impecable maestría con que tejieron esa magnífica guirnalda de sonetos lapidarios, cuya hermosura no ha sido superada por ningún otro poeta.

***

Boileau y Martínez de la Rosa, extranjero el uno y español el otro, por sólo citar a dos poetas

preceptistas, fueron de los que más dificultades acumularon en su definición respectiva acerca de la construcción del soneto. No quiero privar al lector que los ignore, del conocimiento de ambos juicios:

«Aquel singular dios (*) dicen que un día
rígidas leyes prescribió al soneto.
En dos cuartetos de medida iguales
con gracia hizo alternar dos solas rimas;
luego seis versos enlazó en tal modo
que el concepto en tercetos los separe.
Toda licencia prohibió en tal obra.
Fijóle el mismo número y cadencia.
Cerró la entrada a todo verso debil.
La misma voz no consintió dos veces.
Y así, en fin, le adornó, que si es perfecto,
al más largo poema en precio iguala.»

(Traducción del «Arte Poética» de Boileau, por D. Juan B. Arriaza).

«El rígido soneto
avaro en veces, pródigo en sentido,
encierra en breve espacio un gran conceto.
Ya festivo, ya grave, ya sublime,
siempre exacto, bellísimo, ingenioso,
estrecha un pensamiento, no le oprime,
mas sin darle ni tregua ni reposo,
le ve nacer, morir, apresurarse,
y expirar en el término forzoso.»

(Martínez de la Rosa, «Arte Poética»).

(*) Apolo.

Exageraciones. De ellas se burló donosamente Lope de Vega, con el siguiente soneto:

Un soneto me manda hacer Violante
y en mi vida me he visto en tal aprieto;
catorce versos dicen que es soneto;
burla burlando van los tres delante.
Yo pensé que no hallara consonante
y estoy a la mitad de otro cuarteto;
mas si me veo en el primer terceto
no hay cosa en los cuartetos que me espante.
Por el primer terceto voy entrando
y aún parece que entré con pie derecho,
pues fin con este verso le voy dando.
Ya estoy en el segundo y aún sospecho
que estoy los trece versos acabando.
Contad si son catorce y está hecho.

Para componer un buen soneto, además de lo preconizado, requiérese simplemente la noción de que esa pieza poética consta de catorce versos (en decasílabos más comunmente), o diecisiete versos, si tiene estrambote (de «strabus», en latín popular «strambus», cojo), a que tan dados fueron el Príncipe de nuestros Ingenios, Lope de Vega y Quevedo.

Se trata de dos agrupaciones de iguales cuartetos y tercetos. No holgará añadir que es incuestionable la simetría del soneto, simetría verdaderamente digna del genio artístico italiano. La rima de ambos cuartetos y tercetos varía como se verá en los múltiples ejemplos que se estam-

pan en este libro, sin que sea necesario extenderse más en este punto. No escribo una Preceptiva, sino la Historia de la implantación en España del soneto.

***

Ha habido y hay poetas, en la verdadera acepción del vocablo, que han cultivado y cultivan el soneto con una maestría peculiar sobre las restantes formas de composición. Manuel del Palacio, Salvador Rueda, Villaespesa, Antonio de Zayas, Manuel Machado, entre otros modernos, han escrito maravillosos sonetos. Manuel del Palacio hízolos una especialidad de su talento. Los sonetos de Salvador Rueda, titulados «Piedras Preciosas», los de Antonio de Zayas en «Retratos Antiguos» y los de Machado en «Apolo», son esculturales. Los de Villaespesa en «Lámparas votivas», entre otros, constituyen un triunfo del estro multiforme de ese poeta. Una cosa debe reprocharse a algunos de ellos: el uso y el abuso del soneto en octosílabos, del sonetillo. Esa es una composición que casi no tiene historia en España. «En cambio—dice Méndez Bejarano, en su obra «La Ciencia del Verso»—para los franceses simboliza un momento, sino importante, curioso, de su historia literaria». «Un

soneto shakesperiano o a la moda francesa, dice Ricardo Garnett, como todo soneto irregular, hablando estrictamente, no son sonetos, sino composiciones de catorce versos».

***

Entre las salvedades con que deberíanse completar estas líneas, no quiero omitir la de que he prescindido de catalogar entre los poetas españoles a José M. Heredia, el autor de los incomparables sonetos contenidos en el libro «Los trofeos», porque, aunque nacido en Cuba, en 1822, trasladóse niño a Francia, y como poeta francés es considerado. Tampoco figuran en este libro los nombres del malogrado Rubén Darío, Chocano y otros poetas de allende el Atlántico, porque me he propuesto hablar sólo de los poetas españoles, en el estricto sentido de la nacionalidad.

Y ahora, lector, remítome una y mil veces a la benevolencia de tu juicio, y sin más prólogo ni disculpas, entro en acción con tu venia.

MARIANO SÁNCHEZ DE ENCISO

I

La poesía antes de Santillana.—El Poema del Cid. Berceo.—El Poema de Alexandre.—Alfonso X «El Sabio».—El Arcipreste de Hita.—Pero López de Ayala.—El Rabí D. Sem-Tob.—Los poetas del reinado de D. Juan II —D. Enrique de Villena.—Juan Pérez de Guzmán, abuelo de Garcilaso.

Con el despertar de los sentimientos patrióticos del pueblo español, nació indudablemente su poesía. Por eso tiene tan acentuada nacionalidad. Una pluma extranjera, más entusiasta acaso que todas las hispanas, lo ha consignado: «Bajo el aspecto de la nacionalidad, alcanza el primer puesto la literatura española» (Federico Schelegel, citado por A. de los Ríos. *Historia de la Literatura antigua y moderna*). La primera manifestación de la poesía erudita (para diferenciarla de la juglaresca) es el *Poema del Cid*, glorioso monumento de nuestra Literatura. Cuantas indagaciones se han hecho para averiguar el nombre de su autor, resultaron infructuosas. («El héroe castellano—dice Quintana—superior sin duda al griego en esfuerzo y en virtudes, ha tenido la desgracia de no encontrar un Homero»).

Con Gonzalo de Berceo (1211) aparecen más

perfeccionados la métrica y el idioma. Junto a las obras del Monje de San Millán se puede colocar el «Poema de Alexandre», de Juan Lorenzo Segura de Astorga, que si bien lleno de imperfecciones a la luz de la moderna crítica (A. de los Ríos. «Prólogo a las obras del M. de Santillana»), no deja de constituir un monumento literario de valor imperecedero.

Reyes como Alfonso X llenan todo un siglo con los resplandores de su genio. Por eso la posteridad le adjudicó el dictado de «Sabio». No todo lo que se le atribuye es suyo. Doctos historiadores (Menéndez Pelayo, Fitzmaurice Kelly y otros), han descartado la paternidad de Alfonso X en lo que concierne al *Libro de las Querellas*. Pero su gloria literaria es incuestionable. Además de la redacción de las *Siete Partidas*, las *Tablas Alfonsinas* y la *Corónica Ge-*

De Santillana.

Lejos de vos e cerca de cuidado,
pobre de gozo e rico de tristeza,
fallido de reposo e abastado
de mortal pena, congoja e graveza;
desnudo de esperanza e abrigado
de inmensa cuita, e visto d'aspereza,
la vida me fuye mal mi grado,
la muerte me persigue sin pereza.
Ni son bastantes a satisfacer
la sed ardiente de mi gran deseo.
Tajo al presente, ni a me socorrer
la enferma Guadiana, nin lo creo;
solo Guadalquivir tiene poder
de me sanar e solo aquel deseo.

neral de España, escribió sus célebres *Cántigas de loores a la Virgen*, en dialecto gallego. (Fitzmaurice Kelly sostiene que buen número de composiciones de las *Cántigas* no son del rey sabio).

Los reinados de Sancho IV, Fernando IV y Alfonso XI, fueron tristemente infecundos. Síguese a esa esterilidad una época apellidada por algún crítico «didáctica», en la que se distinguen Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, tan personal, tan sugestivo, a quien Luis Velázquez llama el «Petronio de la poesía castellana», y el infante D. Juan Manuel, excelente lírico en el *Conde Lucanor*. El cronista Pero López de Ayala compone su *Rimado de Palacio*, tan incongruente como bello, y cerrando esta pléyade de astros de la lírica castellana, que iban dando cima al gran conglomerado de la poesía nacional, aparece

De Villalpando.

Doncella discreta en quien la virtut
tiene reposo e face morada,
amiga del seso que en tal joventut
mujer nunca vi de más bien dotada;
pues viva razón, quieta senectut
por días alcanza, fuyendo derrada,
vos la teneys e soys atahut
de males y vicios sin darles posada.
E soys asi mesmo la que cativó
mi libre poder faciendol ageno,
sin vos lo saber según creo yo,
pues que lo diga no pienso ques bueno;
que tanto vos temo do quiera que vo,
que junta me soys espuelas y freno.

el rabí D. Santo de Carrión, llamado otras veces D. Sem-Tob (buen nombre), que se hizo famoso por sus *Consejos et documentos al rey D. Pedro.* (En un mismo Códice del Escorial—según M. Pelayo—se contienen los *Consejos*; un tratado que se titula *La Doctrina Cristiana* y el poema denominado *Danza general* o *La danza de la Muerte.* Fueron atribuídas las tres obras al judío de Carrión; pero se ha demostrado que la segunda es de Pedro de Verague, y la tercera posterior a las dos primeras). En el referido período, Italia se adelantó al movimiento literario de las restantes naciones, dejando atrás en este respecto a Castilla, que antes superaba a la patria del Dante y del Petrarca.

Ningún reinado como el de D. Juan II, tan pródigo en poetas y versificadores. Descartando de dicho

De Boscan.

Como después de tempestuoso día
la tarde clara suele ser sabrosa,
y después de la noche tenebrosa
el resplendor del sol placer envía;
así en su padecer el alma mía
con la tarde del bien es tan gozosa,
que se rehace en un hora que reposa
de todos los trabajos que tenía.
Mas este bien no suele ser barato;
mucho cuesta tan fuerte medicina,
y es lo peor que presto ha de pagarse.
Es reposar de un hombre que camina,
que a la sombra descansa un breve rato
para luego volver a más cansarse.

período a grandes ingenios del de Enrique IV y de la reina Católica (los Manrique, por ejemplo), figuraron en aquél, según curioso testimonio de Menéndez Pelayo, 218 poetas. La devoción del Rey a la «gaya sciencia» debió contribuir en gran modo a tan pródigo florecimiento. Y a imitación del monarca, desde su valido el Condestable, hasta el último caballero de aquella turbulenta Corte, se creyeron todos inflamados del divino fuego. D. Alvaro de Luna fué autor del *Libro de las claras e virtuosas mujeres*, en donde se patentiza la influencia italiana.

«Si Dios, nuestro Salvador,
ovier de tomar amiga,
fuera mi competidor.»

decía D. Alvaro con inspiración irreverente.

De Garcilaso.

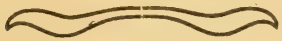
Gracias al cielo doy que ya del cuello
del todo el grave yugo he sacudido;
y que del viento el mar embravecido
veré desde la tierra sin temello.
Veré colgada de un sutil cabello
la vida del amante embebecido
en su error, y en su engaño adormecido,
sordo á las voces que le avisan dello.
Alegrárame el mal de los mortales:
mas no es mi corazón tan inhumano
en aqueste mi error cuanto parece,
porque yo huelgo como huelga el sano,
no de ver a los otros en los males,
sino de ver que dellos él carece.

D. Enrique de Villena, conocido equivocadamente por el marqués de Villena, famoso por su amor al estudio (conocía el griego, el hebreo, el árabe, el latín, el italiano, etc.; lo que le valió el dictado de «Nigromante»), escribió en verso *Los trabajos de Hércules* También compuso *La gaya sciencia o arte de trovar* La reputación de hechicero que le acompañó a la tumba, le valió que a su muerte se hiciese un auto de fe con algunos de sus libros, pero ni fué la destrucción de la importancia que se le ha atribuído, ni culpable de ella Fray López de Barrientos. («Al revés—dice M. Pelayo —de lo que afirma el mentiroso relato del ingeniosísimo falsificador que en el siglo XVIII forjó el *Centón Epistolario*». «Lo divulgó y adobó a su modo —añade—la enciclopédica pluma del P. Feijóo, principal propagandista de

De Hernando de Acuña.

Cuando era nuevo el mundo y producía
gentes, como salvajes, indiscretas,
y el cielo dió furor a los poetas,
y el canto con que el vulgo los seguía;
fingieron Dios a Amor y que tenía
por armas, fuego, red, arco y saetas,
porque las fieras gentes no sujetas
se allanasen al trato y compañía.
Después, viniendo a más razón los hombres,
los que fueron más sabios y constantes
al Amor figuraron niño y ciego;
para mostrar que de él y de estos nombres
les viene por herencia a los amantes,
simpleza, ceguedad, desasosiego.

esta conseja»... Lástima que el insigne hispanófilo, historiador de nuestra Literatura, Fitzmaurice Kelly acepte la patraña como artículo de fe). Juan Pérez de Guzmán, señor de Batres, abuelo de Garcilaso, floreció también por este tiempo. Compuso las *Sentencias* y *Coplas de bien vivir*, y fué historiador, como lo atestigua su crónica del reinado de D. Juan II.



De Cetina.

Para ver si sus ojos eran cuales
la fama entre pastores extendía,
en una fuente los miraba un día
Dórida, y dice así, viéndolos tales:
«Ojos, cuya beldad entre mortales
hace inmortal la hermosura mía,
¿cuáles bienes el mundo perdería
que a los males que dais fueran iguales?
Tenía antes de os ver por atrevidos,
por locos temerarios los pastores
que se osaban llamar vuestros vencidos.
Mas ahora, viendo en vos tantos primores,
por más locos los tengo y más perdidos
los que os vieron si no mueren de amores».

II

Micer Francisco Imperial, precursor de Santillana.—Santillana y la crítica.—Los orígenes del Soneto.—Federico II de Sicilia.—Pierre des Vignes.—Los italianos, padres y maestros del Soneto —Ausencia de la influencia Provenzal.—Errores de la crítica.—Albores del Renacimiento.—La gran labor de Santillana.—Juan de Mena.—Rodrigo de Cota.—Manrique: sus Coplas —Los poetas del reinado de los Reyes Católicos. — Villalpando: sus sonetos.

Estamos en el punto culminante, idea generatriz de este libro. En el reinado de D. Juan II se distinguió uno de los más singulares vates españoles, sol de aquel estrellado cielo de guerreros-poetas. En él comienza a cumplirse de manera portentosa la sentencia estampada por el propio Santillana en el Prólogo de los *Proverbios:* «La sciencia non embota el fierro de la lanza nin face floxa el espada en la mano del caballero». Pero Santillana tuvo un precursor: Micer Francisco Imperial. Digamos algo de él.

En tiempos de D. Pedro «El cruel» se estableció en Sevilla un joyero genovés, Jaime Imperial, del que vino al mundo un hijo llamado Francisco. En él comienza la escuela poética sevillana. Ejerció influencia decisiva en la transplantación del gusto poético italiano a España. Nadie con más autoridad que el poeta italo-andaluz para la empresa. Tiene más derecho a la admiración de la posteridad que el embajador veneciano, Andrea Navajero, a quien tantos loores se han tributado por su influencia petrarquista sobre Boscán De Imperial hay composiciones en el *Cancionero de Baena*, en las que se observan el gusto y la imitación de la poesía italiana En su *Decir a Las Syete virtudes* aparece el Dante, y se hallan traducidos literalmente varios pasajes de la *Divina Comedia*.

De Francisco de Figueroa (el Divino).

¿Hay quien quiera comprar nueve doncellas
esclavas, o a lo menos desterradas
de las tierras do fueron engendradas?
¿Hay quien las compre? ¿Quién da más por ellas?
Fueron un tiempo en todo extremo bellas,
airosas, ricas, graves y estimadas;
y aunque de muchos fueron secuestradas,
bien pocos alcanzaron favor de ellas.
Ahora van las tristes mendigando
de puerta en puerta, rotas y baldías,
y aún por solo el comer se venderían.
Pues no son muy golosas; que en hallando
yerbas, flores u hojas, pasarían
con sombras frescas y con aguas frías.

La escuela italiana localizó por entonces sus vagidos en Sevilla. Con Imperial se significaron en la tendencia que alboreaba otros poetas dignos también de mención, como Ruy Páez de Rivera, los hermanos Diego y Gonzalo Martínez y Pero González de Uceda, a quien, no sin cierta ironía, compara un autor con «Azorín».

El maestro Menéndez Pelayo lleva a tal punto su admiración por Micer Francisco Imperial, que entre éste y Boscán, en la genealogía de nuestros poetas italianizados, parece desentenderse del marqués de Santillana. Pero ¿quién despoja a D. Íñigo López de Mendoza del mérito singular de haber escrito en castellano los primeros sonetos? «Escritor de escasa originalidad—apellida a Santillana D. Mario Méndez Bejarano—dado a imitar cuantas formas

De Castillejo.

Garcilaso y Boscán siendo llegados
al lugar donde están los trovadores,
que en esta nuestra lengua y sus primores
fueron en este siglo señalados,
los unos a los otros, alterados,
se miran, demudadas las colores,
temiéndose que fueran corredores
o espías o enemigos desmandados.
Y juzgando primero por el traje,
pareciéndoles ser como debía
gentiles españoles caballeros,
y oyéndoles hablar nuestro lenguaje
mezclado en extranjera poesía,
con ojos los miraron de extranjeros.

poéticas llegaban a su conocimiento». ¿Y sus inimitables serranillas? «Encantador poeta», le llama, recordándolas, Fitzmaurice Kelly, «No hay que encarecer—añade—el italianismo de Santillana: existe, pero no es su única ni mejor inspiración». Lo que se estima como gloria, tratándose de Imperial y Boscán, ¿no ha de tener ese carácter al referirlo a D. Íñigo?

La mención de los poetas italianizados, nos conduce, como de la mano, a la indagación de los orígenes del Soneto. Desde quien atribuye su invención a los árabes, hasta quien concede en ese respecto la primacía a los provenzales sobre los italianos, existen o han existido opiniones para satisfacción de todos los gustos, de todos los pareceres y de todos los engreimientos. Leídas y releídas, cotejadas y

De Gregorio Silvestre

El gran fabricador, de bondad lleno,
que anduvo entre los hombres disfrazado,
halló un dibujo suyo no acabado,
do nunca pudo entrar saber ageno.
Tomando de la masa y del terreno
de donde el primer hombre fué formado,
mostró ser El aquel pintor preciado
que hizo el gran retablo damasceno.
Escultor soberano, la figura
que no acabaste tú ¿cuál otra mano
podría sin la tuya, reparalla?
¿Quién pudo al ciego sino tú dar sano?
Y el alma do se ensucia tu figura,
¿Cuál otro sino tú sabrá limpialla?

contrapesadas unas y otras opiniones, hemos llegado a vislumbrar la certeza de que el Soneto comenzó a escribirse en Sicilia por los poetas de la Corte de Federico II (1220); «emperador de Alemania, italiano por parte de madre, y por sus gustos y simpatías, más bien príncipe de Italia que de Alemania»; aquel otro rey «Sabio», poeta y excomulgado «que leía—dice Amador de los Ríos—las obras de los filósofos griegos conservadas y traducidas por los árabes y departía con sus buenos amigos los doctores sarracenos de la Universidad de Córdoba.»

Pierre des Vignes, ministro de Federico II, hacía sonetos. («Savant, jurisconsulte, faisait aussi des vers. Condonné a mort comme coupable de trahison envers l'empereur, il sortit de la vie par un suici-

De Camoens.

Horas breves de mi contentamiento,
nunca pensé jamás cuando os tenía,
que, por mi mal, trocadas os vería
en tan cumplidas horas de tormento.
Las torres que fundé se llevó el viento,
como el viento veloz las sostenía;
mas de todo este mal la culpa es mía,
pues hice sobre falso el fundamento.
Amor con vanas muestras aparece;
todo lo hace llano y lo asegura,
y luego a lo mejor desaparece.
¡Oh grande mal! ¡Oh grande desventura!
por un pequeño bien que desfallece
aventurar un bien que siempre dura.

de»—Alfred Bougeault—Histoire des Litteratures Etranjeres) Si esa forma métrica la hubieran usado los provenzales antes o al par de los italianos, es incuestionable que la poesía provenzal, tan preponderante en nuestra lírica, antes del Renacimiento, hubiese seguido ejerciendo influencia decisiva en nuestra literatura. Y conviene advertir que comenzó a extinguirse esa influencia en tiempos del marqués de Santillana.

Acaso ha dado lugar, entre otras circunstancias que enumeraremos, a la creencia de que los trovadores inventaron el soneto, el tener éstos en su lengua la palabra *sonet*, «muy usada—dice D. Angel Salcedo—en la técnica trovadoresca». Pero esa palabra «no significaba - añade - la composición conocida después con el nombre de soneto, sino el *so son*

De D. Diego Hurtado de Mendoza.

Yo soy, cruel amor, el que has traído
con vanas esperanzas engañado,
y quien había de haber escarmentado
ya en los propios males que ha sufrido.
Yo soy quien tus mentiras ha creído,
y aquel que por creellas ha llegado
a ser contigo el mas desventurado
de cuantos tus banderas han seguido.
Pero si en todo el tiempo que viviere
tornare a tu poder, que en él me vea
muriendo por quien más aborreciere.
Y por que mi jurar más firme sea,
que si jamás, amor, yo te creyere,
quien causare mi mal, no me lo crea.

sonet; esto es: el aire o la melodía de la pieza».

Corresponde al Petrarca la gloria de haber generalizado el soneto y a Pietro Aretino la de haber fijado su forma definitiva.

Se ha querido llevar hasta tal punto el predominio de la literatura provenzal sobre la italiana y el despojo, por ende, de la influencia de la última sobre la española, que escritores tan conspicuos como los valencianos Gaspar Escolano y Vicente Ximeno, eruditos del fuste de D. Nicolás Antonio y preceptistas tan reputados como Campillo, prohijaron la especie de que el Petrarca se valió de las obras del poeta valenciano Mosen Jordi, «vendiéndolas al mundo como suyas», dice el primero, y este mismo y don Nicolás Antonio, no satisfechos con mantenerlo, publicaron versos del vate lemosin, cotejándolos con

De Fray Luis de León.

Amor, casi de un vuelo me ha encumbrado
a donde no llegó ni el pensamiento,
más toda esta grandeza de contento
me turba y entristece este cuidado:
que temo que no venga derrocado
al suelo por faltarle fundamento;
que lo que en breve sube en alto asiento,
suele desfallecer apresurado.
Mas luego me consuela y asegura
el ver que soy, señora ilustre, obra
de vuestra sola gracia y que en vos fío;
porque conservareis vuestra hechura,
mis faltas suplireis con vuestra sobra,
y vuestro bien hará durable el mío.

otros literalmente iguales del cantor de Laura. («La musa que dictó la mayoría de sus canciones fué Laura Noves, dama francesa, nacida en Avignon y casada con Hugo de Sade, a la que recuerda el poeta en 318 sonetos y 88 canciones, además de la apoteosis que de ella hizo en sus *Triunfos*» M. de Castro y Tiedra—artículo sobre el Petrarca) Así venía encauzada la corriente lírica: romanticismo de... carne y hueso. Al Petrarca le iniciaron Guido Cavalcanti y el Dante, íntimos amigos, con sendos amores románticos personificados en preciosas criaturas. «Cada una al lado de la otra parecía cosa divina».

Así da a entender el supuesto plagio Gaspar Escolano, en el tomo I de su *Historia de Valencia:*

«Cien años antes que floreciera el Petrarca, es, a saber, el año 1250, vivió en nuestra ciudad de Valencia

De Tomé de Burguillos. (1)

Llevóme Febo a su Parnaso un día,
y ví por el cristal de unos canceles
a Homero y a Virgilio con doseles
leyendo filosófica poesía.

Ví luego la importuna infantería
de poetas fantásticos noveles,
pidiendo por principio más laureles
que anima Dafnes y que Apolo cría.

Pedíle yo también por estudiante,
y díjome un bedel: Burguillos, quedo,
que no sois digno de laurel triunfante.

¿Por qué? le dije. Y respondió sin miedo
porque los lleva todos un tratante
para hacer escabeches en Laredo.

un caballero, famoso poeta, llamado Mosen Jordi, criado en la Corte del rey D. Jaime «El Conquistador»; el cual, con mucha gala, usó de sonetos, sextiles, terceroles y octavas rimas en lengua valenciana lemosina.»

Menéndez Pelayo, que tantos errores literarios ha deshecho, desvirtuó también éste, de la siguiente forma: «Debe darse por enteramente averiguada la falsedad de este célebre hecho literario, nacido de una equivocación y acaso en parte de una supercheria. En el *Cancionero de París*, de poetas catalanes del siglo XIV y especialmente del XV, hay poesías de Mosen Jordi de San Jordi, que Santillana nos dice que vivió en su época, y que contienen los cuatro versos primeros de los que se citan, y algún otro en que se nota también el deseo de imitar a Petrar-

De D. Francisco Medrano.

Borde Tormes de perlas sus orillas
sobre las yerbas de esmeralda, y Flora
hurte para adornarlas, a la aurora
las rosas que arrebolan sus mejillas.
Viertan las turquesadas maravillas
y junquillos dorados que atesora
la rica gruta, donde el viejo morá,
sus driadas en cándidas cestillas,
para que pise Margarita ufana
tierra y agua llenando de favores;
mas si una y otra mira con desvío,
ni las ninfas de Tormes viertan flores,
ni rosas hurte Flora a la mañana,
ni su orilla de perlas borde el río.

ca. Las hay de Mosen Jordi (sin más título), acaso el mismo que el anterior y en una de ellas una mano moderna añadió «del Rey», por suponerse y acaso esto es cierto, que en tiempos de Jaime el «Conquistador» vivió un poeta de este nombre».

Estaba más generalizada de lo que pudiera suponerse la presunción de que los italianos habían tomado de los provenzales la nueva tendencia. Juan de la Cueva sostenía que nosotros habíamos exportado el endecasílabo a Italia. Véase cómo:

«El Dante y el Petrarca lo ilustraron
y otros autores, y esto les debemos
y ellos que de nosotros lo tomaron».

No se pierda de vista que Federico II, en cuyo tiempo hay indicios de que se escribieron Sonetos, fué coronado en 1220. Cerca de siglo y medio des-

De Lupercio L. de Argensola

Imagen espantosa de la muerte;
sueño cruel, no turbes más mi pecho,
mostrándome cortado el nudo estrecho
consuelo solo de mi adversa suerte.
Busca de algún tirano el muro fuerte,
de jaspe las paredes, de oro el techo,
o el rico avaro en el angosto lecho
haz que temblando con sudor despierte.
El uno vea el popular tumulto
romper con furia las herradas puertas,
o al sobornado siervo el hierro oculto.
El otro sus riquezas descubiertas
con llave falsa o con violento insulto,
y déjale al amor sus glorias ciertas.

pués escribió Petrarca su *Vita Nova*, que es una autobiografía del poeta de Arezzo. «No han transcurrido muchos años—escribía el Petrarca en la mencionada obra—desde que aparecieron por vez primera estos poetas o rimadores en lengua vulgar, y al presente, tanto vale componer versos latinos como rimar en nuestra lengua. Prueba de esto es, que si se buscan las composiciones escritas en lengua de *oc* (provenzal) o en lengua de *si* (italiano), no se hallarán más allá de ciento cincuenta años a partir del presente». Si los poetas del tiempo de Federico II escribieron sonetos en lengua de *si*, mal pudieron los provenzales transmitirles esa forma de composición, dada la homogeneidad del desarrollo poético de ambas lenguas. La influencia de los provenzales en las naciones del Mediodía se eclip-

De Bartolomé L. de Argensola.

Díme, Padre común, pues eres justo,
¿por qué ha de permitir tu providencia,
que arrastrando prisiones la inocencia
suba la fraude a tribunal augusto?
¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
hace a tus leyes firme resistencia?
¿Y que el celo que más las reverencia,
gima a los pies del vencedor injusto?
Vemos que vibran victoriosas palmas
manos inícuas, la virtud gimiendo
del triunfo en el injusto regocijo.
Esto decía yo cuando riendo,
celestial ninfa apareció y me dijo:
ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?

sa cuando comienza el Renacimiento literario de estas naciones. En los turbulentos reinados comprendidos entre Sancho IV y Alfonso XI, comenzó el Renacimiento en Italia, Renacimiento que alcanzó su cabal desarrollo con el glorioso Pontífice León X.

Entonces comenzó a eclipsarse la influencia del provenzal en Italia. Siguió ejerciéndola en España durante más largo período. Buena parte de nuestra literatura tiene huellas de esa influencia. Pero a su vez le llegó el turno de palidecer en España cuando las dos Penínsulas meridionales, ávidas de conocerse, iniciaron aquel glorioso período, y el gusto italiano comenzó a echar raíces en España con Micer Francisco Imperial, primero, Santillana y Boscán y Garcilaso más tarde.

De Fernando de Herrera.

Luz, en cuyo esplendor el alto coro
con vibrante fulgor está apurado,
de dulces rayos bello ardor sagrado,
do enriqueció Eufrosina su tesoro;
ondoso cerco, que purpura el oro,
de esmeraldas y perlas esmaltado,
y en sortijas lucientes encrespado,
a quien me inclino humilde, alegre adoro;
cuello apuesto, serena y blanca frente,
gloria de amor, gentil semblante y mano,
que desmaya la rosa y nieve pura;
es esta, por quien fuerzo al mal presente
que pruebe su furor, y siempre en vano
aventajar intento mi ventura.

Al Renacimiento debe España su verdadera emancipación poética. (Menéndez Pelayo). De otros grandes beneficios culturales le es también deudora. El Renacimiento nos trajo el amor a la antigüedad clásica. Muchas obras de ésta pasaron a nosotros por el tamiz del italiano. Igualmente las griegas: sirviólas de vehículo o el italiano o traducciones latinas. (Angel Salcedo).

Hay una razón de patriotismo que abona estos esfuerzos en pro de la fusión de ambas literaturas, italiana y española: razón de patriotismo que el gran Menéndez Pelayo justifica con su proverbial clarividencia; pues «Italia y España—dice—tan necesitadas de comprenderse y unir sus esfuerzos contra el enemigo común, es decir, contra la invasión del gusto francés, que excelente sin duda en su tierra,

De Francisco Pacheco.

En medio del silencio y sombra oscura,
manto de horribles formas espantosas,
veo la bella imagen de tres diosas,
compuesta de oro, grana y nieve pura.
Su ornato, resplendor y hermosura
son partes para mí tan poderosas,
que aunque enlazado estoy en varias cosas,
me arrebata, entretiene y asegura.
¡Oh, vos, luces del cielo las mayores!
Digo, con vuestra paz, que sois venidas
de dos soles que en gloria juzgo iguales;
y que precio sus claros resplendores
tanto, que en estas sombras extendidas
no envidio vuestros rayos celestiales.

posee cierta virtud corrosiva y disolvente respecto de las literaturas afines...»

No se dió por vencida la influencia provenzal ante el italiano sin apurar en la lid todas sus armas Cuando hacía Santillana sus sonetos al «Itálico modo», Don Juan II componía trovas al gusto provenzal. Aun Don Enrique de Villena envió a Don Íñigo López de Mendoza su *Arte de trovar* o *Gaya Sciencia*, con el laudable fin de introducir en Castilla los adelantos hechos en la poesía por los trovadóres provenzales. (Ticknor «Historia de la Literatura Española»).

Menéndez Pelayo apunta también, llevado de su gran entusiasmo por Micer Francisco Imperial que éste tenía plena conciencia de la magnitud de la empresa que acometía «y un como presentimiento—

De D. Juan de Jáuregui.

Dame el peñasco, Sisifo cansado,
y tu, infelice Tántulo, tu pena;
dame, Prometeo, el águila y cadena,
herido el pecho, y al Caucaso atado;
dame, Yxion, la rueda en que amarrado,
a eterno giro el cielo te condena,
y llevad todos la miseria agena
de un corazón en celos abrasado.
Aliviareis el peso a mi tormento,
mientras al trueco y desigual porfía
fuere vuestra paciencia poderosa,
y cuando a alguno falte el sufrimiento,
no juzgará después tan rigurosa
la pena suya, experto de la mía.

añade—de los grandiosos resultados que, no entonces, sino un siglo después, habían de verse cumplidos».

Efectivamente, tal se colige de los siguientes endecasílabos de Imperial:

«Ca'assy como de poca scintella
algunas veces segundó gran fuego,
quizá segunde d'este sueño, estrella
que lusirá en Castiella con mi ruego.»

Pero si siguiendo estas concatenaciones poéticas, partimos de Imperial para dar en Boscán, en vez de partir de Santillana para dar en Garcilaso, habremos de caer de bruces ante la Señoría de Andréa Navajero, que nos tenderá prestamente una mano, con sonrisa socarrona y se proclamará el adaptador de-

De Antonio Enríquez Gómez. (2)

Al engaño de la vida humana.

Sin tener de mi error conocimiento,
los años de una vida tan perdida
(siendo incurable su terrible herida),
años no fueron, siglos de tormento.
Viví muriendo; ¡oh loco pensamiento!
¿Cómo quieres vivir, siendo homicida
tu vida breve de tu propia vida,
hidra interior del ciego entendimiento?
Vive para morir, y si te fías
de la vida que traes, cuenta los daños,
causa exterior de lógicas porfías.
Mira, que cuando quieras desengaños,
te faltarán los años y los días,
y sobrarán los días y los años.

finitivo del endecasílabo en España, con mengua del propio Imperial de don Iñigo López de Mendoza, de Boscan y del autor de *La flor de Gnido*.

Y volvemos al punto de partida. ¿Quién era Santillana? Pulgar en sus *Claros Varones* nos ha transmitido una acabada semblanza de este procer. «Los poetas decían por él que en Corte era grand Febo por su clara gobernación e en campo Aníbal por su grand esfuerzo... Tenía grand copia de libros e dábase al estudio, especialmente de la filosofía moral, e de cosas peregrinas e antiguas; e tenia siempre en su casa dotores e maestros con quienes platicaba en las ciencias e leturas que estudiaba.» Tal la conjunción físico-moral de ese hombre; tal el tipo del poeta-guerrero que no se ha de interrumpir en nuestros tiempos heróicos, a través de Garcilaso,

De Góngora.

Raya, dorado sol, orna y colora,
del alto monte la lozana cumbre,
sigue con agradable mansedumbre
el rojo paso de la blanca aurora;
suelta las riendas a Favonio y Flora,
y usando, al esparcir tu nueva lumbre,
tu generoso oficio y real costumbre,
el mar argenta y las campiñas dora.
Para que desta vega el campo raso
bordes, saliendo Flérida. de flores; (3)
mas si no hubiere de salir acaso,
ni el monte rayes, ornes ni colores,
ni sigas de la Aurora el rojo paso,
ni el mar argentes, ni los campos dores.

Cervantes, Ercilla. Nació el 19 de Agosto de 1398, en la villa de Carrión de los Condes. Su elegante historiador don José Amador de los Ríos ha probado la aridez mental de la juventud de Santillana, a quien otros autores supusieron desde niño dado a las tareas eruditas. Como hombre civil lo fué muy de su tiempo En los dos bandos que alteraron casi todo el reinado de don Juan II, amigos y enemigos del Condestable, puso su espada y su influencia al servicio de la causa que le pudo ser más útil, hasta que una veleidad del propio don Alvaro de Luna colocó a don Iñigo en el número de sus más sañudos enemigos.

Descansando en sus Estados de las fatigas de la guerra, ocupábase en sus dulces tareas poéticas. En estos ocios escribió sus cuarenta y dos sonetos

De Villamediana.

El que fuere dichoso será amado,
y yo en amor no quiero ser dichoso,
teniendo mi desvelo generoso
a dicha ser por vos tan desdichado.
Solo es servir, servir sin ser premiado;
cerca está de grosero el venturoso;
seguir el bien a todos es forzoso,
yo solo sigo el bien sin ser forzado.
No he menester ventura por amaros,
amo de vos lo que de vos entiendo,
no lo que espero, por que nada espero.
Llévame el conoceros a adoraros:
servir más por servir solo pretendo,
de vos no quiero más que lo que quiero.

al itálico modo. Son de toda especie: amatorios, morales, políticos, religiosos.

Los hizo de rima cruzada, del tipo italiano, de forma italiana moderna, variando las rimas centrales del segundo cuarteto, de esa misma variación con cruzamiento de las rimas del primer cuarteto, etc.

Abundan en ellos las imitaciones directas del *Cancionero* del Petrarca, «no olvidándose al seguir las huellas del cantor de Laura, de aquella metafísica amorosa que presta fisonomía a sus lamentos, y fué imitada después hasta el delirio por nuestros vates del siglo de oro.» (Del Prólogo de don José A. de los Ríos a las obras del marqués de Santillana).

«Tal ensayo—dice M. Pelayo—no tuvo resultado por entonces. Durante más de medio siglo el oído apegado cada vez más a las cadencias de los versos

De Trillo y Figueroa.

Fortuna, cuya impía providencia
condena al pobre a eterno sufrimiento,
si no hay bien en sus males, ¿con qué intento
en su daño es piadosa tu inclemencia?
Si entiendes que es hacerte resistencia
tener paciencia en el mayor tormento,
fallezca en él, sepúltese su aliento,
que la muerte en el pobre es conveniencia.
«La muerte ignora que en el pobre hay vida»
respondes, ¡oh cruel más que la muerte!
pues ni muere ni vive, reducida
su vida a entrambos riesgos de tal suerte,
que la muerte se excusa con la vida
y la vida se excusa con la muerte.

de arte mayor, rechazó la del endecasílabo, y los sonetos del marqués de Santillana permanecieron solitarios en la literatura española hasta la edad gloriosa del Emperador. Pero aunque Boscán omitiera citarlo, por ignorancia o por cautela, no hay duda que el mérito de su introducción en el Parnaso de la Península no le corresponde a él, sino al marqués de Santillana.»

Está más generalizada de lo que pudiera preveerse la costumbre de adjudicar a Boscán por entero la gloria de la introducción en Castilla del metro toscano. ¿Cómo atribuir esto a ignorancia ni a un espíritu de incomprensible injusticia? Don Ramón Pérez de Ayala, en artículo inserto en los lunes de *El Imparcial* de 14 de Febrero de 1916, titulado «Apostillas. La poesía y la guerra», dice lo siguiente: «La

De Quevedo.

Desacredita, Lelio, el sufrimiento,
blando y copioso el llanto que derramas,
y con lágrimas fáciles infamas
el corazón, rindiéndole al tormento.
Verdad severa enmiende el sentimiento;
si varón fuerte, dura virtud amas,
¿castigo con profana boca llamas
el acordarse Dios de tí un momento?
Alma robusta en penas se examina;
y trabajos ansiosos y mortales
cargan, más no derriban nobles cuellos,
A Dios quien más padece se avecina.
El está solo fuera de los males,
y el varón que los sufre encima dellos.

más grande revolución métrica de nuestra historia literaria, esto es, la introducción de los metros toscanos en lengua castellana, no la llevó a cabo ninguno de los muchos soldados españoles, diestros en el manejo, así de la espada como de la pluma, que hubieron de asistir en las muchas guerras que mantuvimos en Italia, sino un hombre que no había estado nunca en Italia, el cortesano Boscán».

Eso es una equivocación, señor Pérez de Ayala. La revolución métrica fué obra del insigne marqués de Santillana, hombre que tampoco estuvo en Italia, pero que fué soldado y de los más valerosos. ¿Por qué ese descuido y ligereza en juicios que se pretende hacer pasar por axiomas? ¿No merece otros respetos la verdad histórica? Hubiera dicho el señor Pérez de Ayala que Boscán secundó los esfuerzos

De Alonso de Bonilla.

Siguiendo va su natural porfía
la piedra hasta el centro que apetece;
el aire puro seca y humedece;
el fuego da calor; el agua enfría.
La presencia del sol engendra el día;
levanta el vuelo el ave, nada el pece;
anda todo animal; la planta crece;
la piedra imán levanta; el norte guía:
bufa el pesado buey; bala el cordero;
conoce al dueño el can por el olfato;
el caballo relincha, el león brama;
todas las cosas con eterno fuero
siguen su natural, y el hombre ingrato
no sigue el suyo, pues a Dios no ama.

del marqués de Santillana, en la transplantación del endecasílabo y hubiera sido más exacto en sus afirmaciones. Que Boscán omitiera la actuación gloriosísima de don Iñigo, por ignorancia o por cautela, según apuntó M. Pelayo, como parte, sobre todo, interesadísima en el pleito, pase. Pero, ¿qué justificación habrá de hallar esa falta en un escritor del siglo XX?

Con encantadora sencillez expresa el propio don Iñigo López de Mendoza, la genealogía de esa forma de composición, declaración que bastaría por sí sóla a esclarecer la procedencia del soneto, si ya no la hubieran aclarado otras circunstancias y testimonios. Al remitir sus cuarenta y dos sonetos a la condesa de M. y de Cabrera, doña Violante de Prades, dice Santillana: «Esta arte falló primeramente en

De Francisco Rioja.

Lánguida flor de Venus, que escondida
yaces y en triste sombra y tenebrosa,
verte impiden la faz del sol hermosa
hojas y espinas de que estás ceñida;
y ellas el puro lustre y la vistosa
púrpura en que apuntar te ví teñida
te arrebatan, y a par la dulce vida
del verdor que descubre, ardiente rosa.
Igual es, mustia flor, tu mal al mío;
que si nieve tu frente descolora,
por no sentir el vivo rayo ardiente,
a mí en profunda oscuridad y frío
yelo también de muerte me colora
la ausencia de mi luz resplandeciente.

Italia, Guido Cavalgante e después usaron della Chezo D'Asculi e Dante e mucho más que todos Francisco Petrarca, poeta laureado». (Véase el opúsculo Tesis doctrinal de don Angel Vegue y Goldoni «Los sonetos al itálico modo de don Iñigo López de Mendoza»).

Además de sus cuarenta y dos sonetos, escribió el *Prohemio* a sus poesías enviadas al condestable de Portugal, manifestándose además en dicha obra excelente prosista; *La defunsión de Don Enrique de Villena*, *La Comedieta de Ponza*, poema escrito para lamentar la derrota de los aragoneses por la armada genovesa en 1435, *Los proverbios* y el moral y filosófico tratado *Bias contra fortuna*.

De Arguijo.

(Al Guadalquivir). (4)

Tú, a quien ofrece el apartado polo,
(hasta donde tu nombre se dilata)
preciosos dones de luciente plata,
que envidia el rico Tajo y el Pactolo;
para cuya corona, como a solo
rey de los ríos, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata
que contempla en tus márgenes Apolo.
Claro Guadalquivir, si impetuoso,
con crespas ondas y mayor corriente,
cubrieres nuestros campos mal seguros,
de la mejor ciudad por quien famoso
alzas igual al mar la altiva frente,
respeta humilde los antiguos muros.

Falleció don Iñigo el día 25 de Marzo de 1458.

Florecieron después de Santillana el poeta cordobés Juan de Mena, predilecto de don Juan II: *El laberinto* es su mejor obra; propúsose en ella imitar al Dante, Alvar García de Santa María; el toledano Rodrigo de Cota, autor del diálogo *Del amor y un viejo*, bastante para la gloria de un poeta (M. Pelayo rechaza que fueran de Rodrigo de Cota las coplas del *Provincial* y las de *Mingo Revulgo*, así como el primer acto de *La Celestina*. Añade que todo este maravilloso libro es parto del ingenio de Fernando de Rojas); Juan Rodríguez del Padrón, quien desengañado con la desastrosa muerte de Macías tomó el hábito de San Francisco; el arzobispo de Burgos, don Alfonso de Santa María; el alcalde de Valladolid, Diego de San Pedro, que escribió en verso de

Del Dr. Juan de Salinas. (5)

Si desdicha en amor desdicha fuera,
yo fuera más que todos desdichado,
pues siempre pretendí, desesperado,
porque nunca alcancé lo que quisiera;
más si dejar de amarte yo pudiera,
al punto diera fin a mi cuidado,
con la experiencia ya desengañado
de que amor sin fruto en vano espera.
Quisiera no quererte por gozarte;
que es ya desdicha en mí haberte querido,
pues si te gozo tengo de perderte.
No quiero bien si he de dejar de amarte;
que el amarte no más mi vida ha sido,
y no quiero gozarte por perderte.

arte mayor su poema titulado *Los llantos;* Gómez Manrique y su sobrino Jorge.

Hagamos especial mención del último. Aunque agrupado con los vates del tiempo de don Juan II, Jorge Manrique perteneció al desdichadísimo reinado de Enrique IV. Le han inmortalizado las *coplas* a la muerte de su padre. Ticknor y Fitzmaurice Kelly apuran todos los ditirambos en loor de esos versos. Menéndez Pelayo repútalos como los más bellos del Parnaso castellano de la Edad Media. Lope de Vega dijo que merecían escribirse en letras de oro. («Antojo que ha sido satisfecho recientemente», dice Fitzmaurice Kelly). Fueron imitados por Camoens y gentilmente traducidos por el noble poeta norteamericano Henry Wadsworth Longfellow, loado por Menéndez Pelayo. Jorge Manrique fué un distinguido

De Pedro de Quirós.

Itálica, ¿do estás? Tu lozanía
rendida yace al peso de los años.
¿Quién a la luz que dan tus desengaños
en la sombra veloz del tiempo fía?
Cedió tu pompa a la fatal porfía
de tirana ambición de los extraños;
más hízote el ejemplo de tus daños,
libro de sabios, de ignorantes guía.
Mal dije, no humilló tus torres claras
tiempo ni emulación con manos fieras;
que a resistirte, de los dos triunfaras.
Tu morir fué deber; que si hoy vivieras,
ni a tus héroes más triunfos les hallaras,
ni del mundo en el ámbito cupieras.

guerrero, partidario de la reina Isabel. Murió en un encuentro al pie del castillo de Garci-Muñoz.

Además de Gómez y Jorge Manrique descollaron en el reinado de Enrique IV, Juan Alvarez Gato, Antón de Montero y Pedro Guillén de Segovia.

En el reinado de los Reyes Católicos están los gérmenes de cuánto floreció en nuestro Siglo de Oro, (M Pelayo) En ese reinado nacieron, y en parte se educaron, los grandes reformadores de la poesía en tiempos del emperador, Boscán, Garcilaso, etcétera, pero sus triunfos pertenecen a la generación siguiente. Entre los poetas menores del tiempo de los Reyes Católicos pueden citarse, entre otros, don Rodrigo Osorio de Moscoso, don Luis de Vivero, don Diego López de Haro, Cartagena, Garci-

De Baltasar del Alcázar.

(A Gutierre de Cetina).

Si subiera mi pluma tanto el vuelo,
que al deseo igualara que la inclina,
a celebrar, carísimo Cetina,
cuanto bien sobre vos derrama el cielo;
viérades, en honor del patrio suelo
la clara fama que la rueda empina
del gran hijo de Tétis, como indina,
cubierta a vuestros pies de negro velo;
mas ya que el hado le negó esta palma
de todo ingenio, por que tal supuesto
pide una alta, numerosa suma;
yo os celebro, señor, dentro mi alma,
donde os veréis en aquel punto puesto
do no llegó el ingenio ni la pluma.

Sánchez de Badajoz, Guevara, Tapia, el comendador Escribá, Román y don Diego de San Pedro.

Hagamos especial mención del poeta aragonés Mosén Juan de Villalpando, célebre por haber sido el único versificador del siglo XV, que escribió sonetos (cuatro), constituyendo un elemento, aunque anómalo, de transición, entre Santillana y Garcilaso. Los sonetos de Villalpando se distinguen en que están compuestos en metro de arte mayor. (Se conservaban en el *Cancionero de Herberay* y pueden leerse, los tres que se omiten, en el *Ensayo* de Gallardo, t. I, pág. 555).

De D. Francisco de Borja, príncipe de Esquilache.

Yo, ni mandar ni ser mandado quiero.
Ni a ser humilde ni soberbio aspiro;
y cuando llegue el último suspiro
más quiero ser poltrón que lisonjero.
Yo soy de mis afectos consejero,
y de nada me quejo ni me admiro,
y aunque es tan breve puesto mi retiro,
más que en las ondas la bonanza espero.
Y en quien el viento corre más en popa,
y en el que su ambición le va estrechando
en mar y tierra en término de Europa,
un gigantón veréis en lustre y mando;
llegad más cerca y levantad la ropa,
veréis debajo un ganapán sudando.

III

Influencia del Renacimiento.—Juan Boscán y Andrea Navajero. — Garcilaso; Su facundia lírica: su vida y su muerte —Triunfo del Endecasílabo. —Ensañamiento de la crítica.—Los cultivadores del Petrarquismo.—Hernando de Acuña.—Gutierre de Cetina.—Francisco de Figueroa.—Otros petrarquistas.

Con el Renacimiento político de España coincide su renacimiento poético. Si detentada la Península, aherrojada por los enemigos de su fe, no había omitido en tan dura prueba la exteriorización de su facundia lírica, ¿cómo enmudecer cuando dos mundos se ofrecían al genio expansivo de la raza, y había pasado ésta a ser de esclava en el propio solar, señora en el mismo y en el extraño y remoto? El Siglo de Oro pasma por la prodigalidad de toda suerte de empeños gloriosos, guerreros y mentales. («Vates hay tan enormes y tan inspirados que, como Herrera, llegan hasta Píndaro; líricos hay tan hondos que, como Fray Luis de León, penetran en el alma; místicos tan sublimes que, como Juan de la Cruz, se sien-

tan en la gloria; bucólicos, como Garcilaso, dulces y sabrosos

«más que la fruta del cercado ajeno»,

y en el suelo español de Lusitania, poetas épicos tan insignes, por ejemplo, Camoens, que se acercan a Dante».—Enrique Funes *Declamación Española*).

Las semillas itálicas que sembrara tan gentilmente en el Parnaso Español don Iñigo López de Mendoza no dieron fruto hasta que los vates del Renacimiento hicieron suya la empresa. La crítica literaria asegura que la gloria de esta renovación débese, absolutamente a Juan Boscá o Boscán como más comúnmente se le llama, poeta catalán castellanizado, íntimo amigo de Garcilaso; si bien su perfeccionador fué éste. El propio Boscán asegura que su conversión debióse a los consejos del embajador

De Calderón de la Barca.

Estas que fueron pompa y alegría
despertando al albor de la mañana,
a la tarde serán lástima vana
durmiendo en brazos de la noche fría.
Este matiz que al cielo desafía,
iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la vida humana;
¡tanto se aprende en término de un día!
A florecer las rosas madrugaron
y para envejecerse florecieron;
cuna y sepulcro en un botón hallaron.
Tales los hombres sus fortunas vieron:
en un día nacieron y espiraron;
que pasados los siglos, horas fueron.

de Venecia, docto humanista Andrea Navajero, con quien se entrevistó aquél en Granada en el verano de 1526. Del siguiente modo lo refiere, en carta dirigida a la duquesa de Soma: «Tratando con él (Navajero) en cosas de ingenio y de letras y, especialmente, en las variedades de muchas lenguas, me dijo por qué no probaba en lengua castellana sonetos y otras artes de trovas, usadas por los buenos autores de Italia, y no solamente me lo dijo así, livianamente, más aún, me rogó que lo hiciese. Partíme pocos días después para mi casa, y con la largueza y soledad del camino, discurriendo por diversas cosas, fuí a dar muchas veces en lo que Navajero me había dicho, y así comencé a tentar este género de versos. En el cual al principio hallé alguna dificultad y tener muchas particularidades diferentes

De Felipe IV.(6)

Es la muerte un efeto poderoso,
firme su proceder mal entendido,
amada de Mitrídates vencido,
temida de Pompeyo poderoso.
Es la muerte un antídoto dudoso
al veneno del mísero rendido,
que de propias desdichas sacudido,
libra en eterno sueño su reposo.
Puerto, donde la nave combatida
de la saña del mar contrario y fuerte
piensa tener propicia la acogida.
Es un bien no estimado, de tal suerte,
que todo lo que vale nuestra vida
es porque tiene necesaria muerte.

del nuestro. Pero después, pareciéndome quizá con el amor de las cosas propias, que esto comenzaba a sucederme bien, fuí poco a poco metiéndome con calor en ello». Lo que calla aquí Boscán lo descubre en otra parte. «He querido ser el primero—decía—que ha juntado la lengua castellana con el modo de escribir italiano... Mas esto no bastara—añade—si Garcilaso, con su juicio, en la opinión del mundo tenido por regla cierta, no me confirmara». Si es juicioso suponer que Garcilaso conocía los códices de don Iñigo López de Mendoza, y es también opinable que supiera Boscán de aquellas felices disposiciones de Santillana, lógica es la afirmación de Menéndez Pelayo, de que Boscán omitió por cautela la gloriosa iniciación de don Iñigo en la poética transplantación.

De Cervantes.

Un valentón de espátula y gregüesco,
que a la muerte mil vidas sacrifica,
cansado del oficio de la pica,
mas no del ejercicio picaresco;
retorciendo el mostacho soldadesco,
por ver que ya su bolsa le repica,
a un corrillo llegó de gente rica,
y en el nombre de Dios pidió refresco.
Den voacedes, por Dios, a mi pobreza,
les dice: Dónde no, por ocho santos
que haré lo que hacer suelo sin tardanza.
Mas uno que a sacar la espada empieza,
con quién habla, le dijo: ¿el tiracantos
si limosna no alcanza,
que es lo que suele hacer en tal querella?
Respondió el bravonel: irme sin ella.

Aún más que esa declaración era de esperar de Boscán, tratándose de su estrecho amigo Garcilaso. Ambos escribieron al par sus poesías, infinitamente superiores las del vate toledano, como poeta que había sabido sacar del gusto italiano toda la recóndita esencia, saturando de ella de modo tal su numen que, leyéndole, llega a dudarse si él imitó a los italianos o los italianos le imitaron a él. Hay, pues, que aligerar un poco ese gran fondo de admiración de donde han sacado Ticknor y otros críticos sus ditirambos y sus hipérboles en loor de Boscán y Andrea Navajero. (Dice Ticknor que ningún extranjero influyó nunca en una literatura nacional más profunda y rápidamente que Navajero). Casi hace observar Fitzmaurice Kelly algo de lo que decimos. («Visto de lejos—dice—en la perspectiva de la histo-

De Lope de Vega.

Cuelga sangriento de la cama al suelo
el hombro diestro del feroz tirano,
que opuesto al muro de Betulia, en vano
despidió contra sí rayos del cielo.
Revuelto con el ansia el rojo velo,
del pabellón a la siniestra mano,
descubre el espectáculo inhumano
del tronco horrible convertido en hielo.
Vestido Baco, el fuerte arnés afea,
los vasos y la mesa derribada,
duermen las guardas que tan mal emplea;
y sobre la muralla, coronada
del pueblo de Israel, la casta hebrea
con la cabeza resplandece armada.

ria literaria, Boscan se nos muestra como fundador de una nueva dinastía poética, como jefe de una vanguardia irresistible. Es un poeta más grande que lo que habría podido soñar tan modesto obrero».

En 1500 nació Boscan, y en 1503 Garcilaso. Poseyó éste Códices que pertenecieron al marqués de Santillana. Repetimos la suposición: ¿estarían las obras de don Iñigo entre esos códices? ¿No pudo ser esta la iniciación, no ya de Boscán, sino del propio Garcilaso, corroborada en el trato con los más famosos poetas italianos de aquel tiempo? ¿Por qué desposeer a don Iñigo López de Mendoza de la innegable gloria de la iniciación?

Juan Boscán de Almogaver nació en Barcelona, de una familia distinguida. Su cargo de preceptor del duque de Alba y su permanencia en la Corte, le

Del Infante Don Carlos de Austria. (7)

¡Oh! rompa ya el silencio el dolor mío
y salga deste pecho desatado;
que sufrir los rigores de callado
no cabe en lo que siento aunque porfío.
De obedecerte, Anarda, desconfío;
muero de confusión desesperado;
ni quieres que sea tuyo mi cuidado,
ni dejas que yo tenga mi albedrío.
Mas ya tanto la pena me maltrata,
que vence al sufrimiento; ya no espero
vivir alegre; el llanto se desata,
y otra vez de la vida desespero;
pues si me quejo, tu rigor me mata,
y si callo mi mal, dos veces muero.

grangearon la amistad de los ingenios de su tiempo. Murió, como Garcilaso, joven, pero no tanto que le librara la muerte del inmenso dolor que debió producirle la trágica pérdida de aquel amigo del alma.

...«aquel gentil Boscán que en el Parnaso
trocó la voluntad con Garcilaso»,

decía Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*. Cansado de la Corte se retiró a Barcelona, en donde murió en 1543. Entre las poesías de Juan Boscán se cuentan noventa y dos sonetos, imitación por lo general, del Petrarca. (La viuda de Boscán publicó con las poesías de su marido las de Garcilaso).

Y hétenos ante una de las principales, sino la principal de las figuras de aquel glorioso Renacimiento. ¡Garcilaso! Su nombre suena a poesía bu-

De Don Agustín de Salazar y Torres.[8]

(Sobre la brevedad de la vida de una rosa).

Este ejemplo feliz de la hermosura,
que en purpúreos ardores resplandece,
si a dar admiraciones amanece,
a no dar escarmientos se apresura.
No miden los espacios su ventura,
pues cuando breve exhalación florece,
de aplausos de la vista se enriquece
y de injurias del tiempo se asegura.
¿Para qué más edad, si no mejora
la pompa que en fragante incendio brilla,
y a cada instante contrapone un daño?
Sobrada eternidad es una hora
para ser en la muerte maravilla
y no ser en la vida desengaño.

cólica y juvenil, al rumor de la fontana, a la música del caramillo en los oteros. Pocos poetas tan conocidos y estimados. ¿Quién no le admira? Sus églogas («igualan sino exceden a las de Virgilio».—Adolfo de Castro.—T XXII de la B., de AA. EE.—Poetas líricos de los siglos XVI y XVII), sus sonetos, su canción a *La flor de Gnido* ¿quién no conoce? ¿Quién, puesto algún recuerdo en el alma, no ha dicho en ciertos momentos de erotismo:

«Flérida para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno»?

Su juvenil ardor, su estro armonioso, su muerte temprana, la euritmia de sus versos, que parecen tallados en orfebrería, con oro de los mansos ríos; hácenle admirado a través de las generaciones Su

De Don Jerónimo de Cáncer y Velasco.

(A una rosa deshojada).

Esa mustia beldad, que enamorado
tuvo al Abril su verde lozanía,
fragante joya, que al romper el día
sacó la Primavera en el tocado;
substituta del Sol, astro esmaltado;
que igualmente alumbraba e influía,
y en su verde apacible tiranía,
por reina se hizo coronar del prado,
a mano descortés, segur villana,
rinde cuanto esplendor y pompa adquiere,
pagando como culpa el nacer rosa.
¡Oh! no se fíe la belleza humana;
que es breve flor, que cuando nace muere,
mucho más que por frágil por hermosa.

gloria no se eclipsará nunca. Su poesía tiene bálsamo para el dolor; adaptación para todos los estados del alma triste y dolorida. Adivinó su genio el mecanismo de la frase poemática, que había de ser revelación de una raza a través de sus luchas, a través de sus vicisitudes, a través de sus dolores, nimbando con la corona de los elegidos a Herrera, a Rioia, a Quintana, a Zorrilla.

El éxito incuestionable, rotundo, definitivo, de la perfección del Endecasílabo, si no también la gloria de haberlo desenterrado del olvido en que yacía, se debe a Garcilaso. Como dice Quintana, Garcilaso sacó a la poesía de la infancia y la puso en la cumbre. Igual que el marqués de Santillana, compuso sus versos en los breves ocios que le dejó el batallar. Pero su vida, más fugaz, más breve, más aventure-

Del Doctor Garay.

Ví un cierto gentilhombre el otro día
en la calle, mondándose los dientes,
y quizá con malicia paré mientes,
porque pensaba yo que no comía.
Dime a pensar que por cumplir lo hacía,
pues consigo no puede, con las gentes,
y dije a otro estudiante, «Si lo sientes,
dime: ¿aquello es verdad o hipocresía?
Que si es verdad, no dura mucho el juego;
que muy pronto hallará lo que ha perdido,
pues poco hay que perder en dos bocados.»
«No los monda por eso, dijo él luego,
ni para que entendamos que ha comido.
mas porque están de no comer, tomados.»

ra, más atormentada, no tuvo el sedante de aquellos largos asuetos de don Iñigo. A los diez y siete años, entró en la guardia noble del emperador. Combatió a los Comuneros, en cuyas filas militaba su hermano mayor don Pedro Lasso de la Vega. Restablecido de una herida que recibió en la batalla de Olías, tomó parte en la campaña contra los franceses en Navarra. Contrajo matrimonio en 1526, y en vez de hallar en su nuevo estado la calma de las horas dulces de Himeneo, comenzó su vida a ser más inquieta que nunca. ¡Los paralelismos de las almas grandes! Garcilaso fué el precursor del corazón combatido por las pasiones de poetas como Cadalso y Espronceda. Los historiadores hacen observar que después de casado, tuvo Garcilaso una pasión amoro-

De Damián de Vegas.

(La virtud es la verdadera nobleza).

Si el alma es la cabeza y la corona
del ser humano, bien se verifica
que el alma noble y de virtudes rica
ennoblece e ilustra la persona.
Luego de noble en vano se blasona,
de hidalgo en balde o caballero pica
el que a los vicios y maldad se aplica
y las santas virtudes abandona.
Así, si el mundo solamente honra
al linajudo y rico, aunque vicioso,
y al virtuoso pobre estima en poco,
no cureis de su honra o su deshonra,
pues ya sabeis que el mundo es metiroso
y fanfarrón y lisonjero y loco.

sa, cuyo eco murmura en sus poesías. (Fitzmaurice Kelly). En Nápoles entabló amistad con los más célebres poetas de aquel tiempo. De Italia pasó en 1533 a Barcelona para entrevistarse con el emperador. ¿No es lógico presumir que aprovechara la ocasión para comunicar el fuego de su entusiasmo petrarquista a su gran amigo Boscán? Volvió a Barcelona en 1534. En la jornada de Túnez, en 1535, recibió dos heridas combatiendo al lado de don Diego Hurtado de Mendoza. En la campaña de la Provenza halló la muerte. Era maestre de campo de la infantería. Las fuerzas imperiales hallaron resistencia en la fortaleza de Muey (cerca de Frejus). Garcilaso al frente de los tercios famosos, se lanzó impetuosamente al asalto, desprovisto de casco y coraza. Era el 23 de Septiembre de 1536. Fué mortalmente heri-

De López Maldonado.

Quien quisiera saber si es aprobada
una verdad que a todo el mundo informa,
que el verdadero amante se transforma
en pura forma con la cosa amada,
mire aquella verdad en tí encerrada,
que al mundo puso nuevo ser y forma;
mire aquella humildad que así reforma
la libertad y la altivez pasada;
mire el silencio y la pobreza santa
seráfico Francisco, que te han dado
la celestial y victoriosa palma.
Verate grande a par de cualquier planta,
verate cómo a firme enamorado,
en tu Dios transformado cuerpo y alma.

do, unos historiadores dicen de una pedrada; otros de un arcabuzazo. En sus brazos le recibió uno de sus mejores camaradas y más entusiastas admiradores: el marqués de Lombay, aquel que cambió después, por un tremendo desengaño del terrible prosaísmo de la vida, los arreos militares por el hábito de San Ignacio, recibiendo culto en los altares con el nombre de San Francisco de Borja. Que así eran de grandiosos aquellos tiempos. El marqués de Lombay hizo trasladar a su caro amigo a Niza, en donde falleció en Octubre de aquel mismo año. Dos años más tarde lleváronse sus restos a su patria: Toledo.

Poeta más alabado que Garcilaso no lo ha habido; pero tampoco ningún otro habrá sido más maltratado por sus críticos y comentadores. Dejando a un

De Don Juan Osorio de Cepeda.

Desnudo muere, si desnudo nace;
pobre nace Jesús y pobre muere;
porque enseñarnos con su ejemplo quiere
que la conformidad le satisface,
Al frío lo mortal caduco yace,
si lo vital posible al hielo adquiere,
entrando al mundo el pedernal le hiere,
saliendo de él el hierro le deshace.
En un establo roto y descubierto,
a pastores y reyes no se esconde,
y el pueblo en un madero le ve muerto;
si el hombre a tantas señas no responde,
¿qué espera de su loco desacierto,
pues la muerte a la vida corresponde?

jado las glosas que se han hecho de sus poesías, (don Juan de A. Larramendi publicó en 1628 un poema con el título de *Cristo nuestro Señor en la Cruz, hallado en los versos de Garcilaso)*, fijémonos solamente en la edición que publicó de las obras del poeta insigne en 1574 el catedrático de retórica de Salamanca, don Francisco Sánchez, conocido por el «Brocense». En sus farragosos comentarios a tan bellas poesías, no deja pensamiento propio a Garcilaso.

En el lecho del dolor, antes de que se nublaran sus ojos con las ansias de la muerte, dictó Garcilaso uno de sus mejores y más conocidos sonetos, cuyos dos primeros versos acuden a nuestros labios cuando las amarguras de la vida contristan nuestro corazón con la añoranza de venturas remotas:

De Pedro de Espinosa.

Honra del mar de España, ilustre río,
que con cintas de azandar y verbena
ciñes tu margen, de claveles llena,
haciendo alegre ultraje al cierzo frío.
Si ya con tierna planta y dulce brío,
vieres la ingrata causa de mi pena
hurtar tus perlas y pisar tu arena,
baña sus huellas con el llanto mío.
Así la aurora vierta por tu orilla
canastillos de aljofar y esmeraldas;
olor las auras, flores el verano;
y si esto es poco, así mi pastorcilla
(cuando tus lirios ponga en sus guirnaldas)
te de licencia de besar su mano.

«¡Oh, dulces prendas por mi mal halladas;
dulces y alegres cuando Dios quería!»

Treinta y ocho sonetos escribió este singular poeta. En ellos siguió casi siempre al Petrarca, uno de sus modelos predilectos.

La nueva escuela dividió en dos bandos a los poetas de aquel tiempo. Con gran copia de fruto dieron los más en el cultivo del nuevo lirismo. Uno de estos fué Hernando de Acuña Pocas noticias biográficas tiénense de él. Conócesele. singularmente, por su famosa traducción del poema *Le chevalier déliberé*, de la Olivier de la Marche. (Según Von-Male, esta versión fué hecha en prosa por el emperador Carlos V, y puesta en verso de orden suya, por nues-

De Sor Juana Inés de la Cruz.

Entre encontradas correspondencias vale más amar que aborrecer.

Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.
Al que trato de amor hallo diamante,
y soy diamante al que de amor me trata;
triunfante quiero ver al que me mata,
y mato al que me quiere ver triunfante.
Si a éste pago, padece mi deseo;
si ruego a aquél mi pundonor enojo;
de entrambos modos infeliz me veo.
Pero yo por mejor partido escojo,
de quien no quiero ser violento empleo,
que de quien no me quiere vil despojo.

tro poeta A. de Castro). Sábese que Acuña nació en Madrid, a principios del siglo XVI y que después de acompañar al Emperador en algunas de sus empresas guerreras, murió en Granada, por el año da 1680. Fué entusiasta imitador de Garcilaso, y aventajó en muchas de su prendas poéticas a Boscán. Sus sonetos, églogas y elegías, le han dado justo renombre.

Con el anterior comparte Gutierre de Cetina el fuego de aquel entusiasmo lírico, que a tan elevada altura había de poner el divino Herrera. Nació en Sevilla, en uno de los primeros años del siglo XVI. Fué soldado. Combatió en Túnez contra Barbaroja. Asistió también a las campañas de Italia y Flandes. Como otros muchos aventureros, trasladóse a Mé-

De Don Gabriel Alvarez de Toledo.

La muerte es la vida.

Esto que vive en mí, por quien yo vivo,
es la mente inmortal de Dios, creada
para que, en un principio transformada,
anhele el fin de quien el ser recibo.
Mas del cuerpo mortal al peso esquivo,
el alma en un letargo sepultada,
es mi ser en esfera limitada,
de vil materia mísero cautivo.
En decreto infalible se prescribe
que al golpe justo que su lazo hiere,
de la cadena terrenal me prive.
Luego con fácil conclusión se infiere
que muere el alma cuando el hombre vive,
que vive el alma cuando el hombre muere.

xico, y murió en los Angeles, a consecuencia de heridas que recibió por error en un alevoso ataque nocturno. Consiste la mayor parte de sus obras en anacreónticas (por esto se le ha llamado el Anacreonte español) madrigales (el conocidísimo *Ojos claros, serenos,* hubiera bastado para señalar a su autor puesto preeminente en la lírica española) y sonetos. En todas sus obras muéstrase de dulces y delicados sentimientos, y todas ellas respiran la más encantadora armonía. En la Biblioteca de Autores Españoles se insertan cuarenta y tres sonetos de este peregrino ingenio.

Como émulo de Garcilaso citan algunos críticos a Francisco de Figueroa (Alcantara y García, *Historia de la Literatura Española).* Fué, como Cetina,

De Fray Jerónimo de San José.

Poeta del siglo XVII.

Aquéllas, las más dulces de las aves,
y ésta, la más hermosa de las flores,
esparcían blandísimos amores
en cánticos y nácares suaves.
Cuando suspensa entre cuidados graves,
un alma que atendía sus primores,
arrebatada a objetos superiores,
les entregó del corazón las llaves.
Si aquí, dijo, en el yermo desta vida,
tanto una rosa, un ruiseñor eleva,
tan grande es su belleza y su dulzura,
¿cual será la floresta prometida?
¡Oh dulce melodía siempre nueva!
¡oh siempre floridísima hermosura!»

soldado, y sirvió en las campañas de Italia y Flandes. Pocas de sus poesías han llegado hasta nosotros, pues Figueroa, «como Virgilio, mandó quemar sus obras antes de morir». (Primer poeta a quien se dió el hiperbólico adjetivo de «Divino». También se le aplicó al capitán Francisco de Aldana, pero la posteridad se lo ha adjudicado exclusivamente a Herrera).

Merecen citarse entre los poetas de segundo orden de ese ciclo, Jerónimo de las Lomas Cantoral, el ya dicho capitán Aldana y don Luis de Haro, partidarios de Garcilaso como los anteriores.

De Jerónimo de Herrera.

Poeta del siglo XVII

Los lazos de oro fino y red de amores
contempla un pastorcillo arrodillado,
y así, como a la luz los ha sacado,
al sol acrecentó sus resplandores.
Al campo le vistió de nuevas flores,
al aire le tornó dulce y templado,
al río dió un rocío aljofarado,
el cielo matizando de colores.
Pudiera este pastor, de bien andante,
a todos los nacidos dar consuelo,
teniendo su tesoro allí delante.
Más Júpiter, de envidia, bajó al suelo,
y robóle su vista al firme amante,
diciendo: «Estas reliquias son del cielo.

IV

Los clasicistas.—Cristóbal de Castillejo.—El Petrarquismo considerado como extranjerismo.—Los corífeos del clasicismo — Los poetas portugueses.—Fusión de las dos tendencias.—Hurtado de Mendoza.—Fray Luis de León.—Francisco de la Torre.—Equivocación de Luzán y Velázquez.—El triunfo del soneto.—Los Argensola.—Animosidad de los cervantistas—El divino Herrera.—Pacheco.—Jáuregui.

La novedad métrica; el modernismo que se presentaba arrollador invadiendo el campo de las letras hispanas; el Renacimiento, triunfante en Italia, que llegaba a Castilla con su cortejo de áureas reformas; el «Petrarquismo», en fin, como llamaban sus detractores a la nueva tendencia, halló prevenidos buen número de poetas hispanos que, obstinados, resistieron la invasión del gusto itálico y ensalzaron y glorificaron el clasicismo patrio, zahiriendo y denostando a los innovadores. Cristóbal de Castillejo, el porta-estandarte de la resistencia invencible, escribió sátiras contra los petrarquistas, en las que comparaba esta novedad a la que Lutero introducía contra la fe.

«Bien se pueden castigar
a cuenta de anabaptistas,
pues por ley particular
se tornan a bautizar
y se llaman petrarquistas».

. . . . . .

«Dios dé su gloria a Boscán
y a Garcilaso, poeta,
que con no pequeño afán
y con estilo galán
mantuvieron esta seta»

Castillejo nació en Ciudad Rodrigo. Muy joven aún entró al servicio del infante don Fernando, hermano de Carlos V. El poeta se hizo sacerdote y siguió a ese príncipe en sus afortunadas andanzas de reino en reino. (Fué sucesivamente rey de Bohemia, de romanos, de Hungría y emperador de Alemania). Castillejo falleció en Viena el 12 de Julio de 1550.

De Don Tomás José González Carvajal. (9)

Voy a hacer un soneto, porque ahora
de sonetos está la musa mía,
que hay quien muda dictamen cada día,
y mi musa lo muda cada hora.
No es mucho ser mudable, si es señora;
y yo, que la conozco la manía,
temo, si me descuido, que se ría
de mí, porque es un tanto burladora.
Pues que si rematado aquel cuarteto
se le antoja una décima u octava,
no hay que acordarse más de tal soneto.
Mas loado sea Dios, que ya se acaba,
en añadiendo al último terceto
este verso, no más, que le faltaba.

Fué un buen poeta, pero su inadaptación a las nuevas corrientes literarias le singulariza más que sus poesías. Como diríamos ahora, había caído una bomba en el Parnaso español con aquella iniciación de un gusto extranjero. Se alborotó el cotarro. Circulaban las poesías de Garcilaso y Boscán entre el escándalo de los recalcitrantes, que consideraban delito de lesa patria aquella invasión de un gusto incomprendido y exótico. No veían Castillejo y sus secuaces que de la literatura italiana no podía venir sino un positivo bien a la española. No entendieron o no quisieron entender que lo que precisaba era emular los nuevos métodos, perfeccionarlos, como había comenzado a hacer Garcilaso y completaría Fernando de Herrera. Y, cosa singular: las poesías

De Don Eugenio Gerardo Lobo.

(Comparación de un amor con el mar).

Bate el mar en la roca que resiste
el duro asalto de soberbia saña,
y el piloto que surca su campaña,
a instantes teme su naufragio triste.
Mas mirando en la esfera que le asiste
astro benigno, cuya luz no engaña,
corta la espuma que las gavias baña,
y al mismo riesgo que recela embiste.
Sufrí en el golfo de la vida enojos;
mas cuando el cielo ví de tu hermosura,
arrostré de la mente los antojos;
y ya no temo la borrasca dura;
que en mirando las luces de tus ojos,
todo es tranquilidad, todo es dulzura.

de Castillejo al modo italiano; sus zahirientes sonetos contra los petrarquistas, muestran lo mucho que hubiera adelantado por el nuevo camino.

Fitzmaurice Kelly observa atinadamente que la obstinación de Castillejo era más bien una irreductibilidad de expatriado que guarda en el santuario del alma las siempre vivas añoranzas de la patria querida. Quien no haya permanecido algunos años ausente de su patria, quizá no se explique esa exaltacion exagerada del más hermoso de los sentimientos humanos. Pero en la conciencia literaria de Castillejo existía la clarividente persuasión de que había triunfado el «petrarquismo» con la vena poética de Garcilaso. Ya lo reconocía cuando proclamaba «que las trovas castellanas no son aún de tanto crédito y

Del Dr. Diego de Torres Villarroel.

A Filis.

Yo te adoro, mi bien, y es de tal suerte
esta mi adoración apetecida,
que ya no tiene libertad mi vida
para dejar de amarte hasta la muerte.
Estrecho lazo del amor más fuerte
me tiene presa el alma agradecida,
y el mismo cautiverio me convida
a eternizar la gloria de quererte.
Filis divina, de admirar no acabo
tu perfección, tu ingenio y tu hermosura;
en ella al cielo y a su Autor alabo;
con tu luz va mi estrella muy segura;
ruégote que me admitas por tu esclavo
y tendré de un monarca la ventura.

autoridad en caso de veras, que puedan ponerse en la mesa por manjar principal».

Conocidísima es de las personas versadas en estas materias aquella composición de Castillejo en que hacía comparecer a Garcilaso y Boscán ante un Tribunal, compuesto de Juan de Mena, Jorge Manrique y otros famosos poetas. Tratábase de residenciar a los «petrarquistas» Oidos por el Tribunal un soneto dicho por Boscán y una octava por Garcilaso, añade Castillejo:

«Juan de Mena como oyó
la nueva trova pulida,
contentamiento mostró,
caso que se sonrió
como de cosa sabida.
Y dijo: según la prueba,
once sílabas por pie,

De Don Ignacio de Luzán.

Cuando pienso, Señor, la repetida
ofensa a tu deidad por mi pecado,
te juzgo contra mí tan irritado,
que me borres del libro de la vida.
La oveja me consuele, aún perdida,
volvió sobre tus hombros al ganado;
misteriosa figura del cuidado
que te cuesta la sangre redimida.
Esta oveja infeliz, hoy separada
de tu sacro redil, suspira ansiosa
el dulce pasto de tu fiel manada.
No permita, Señor, tu poderosa
ardiente caridad, que prenda amada
fuera del lobo presa vergonzosa.

no hallo causa por qué
se tenga por cosa nueva,
pues yo también las usé.
Don Jorge dijo: No veo
necesidad ni razón
de vestir vuestro deseo
de coplas que por rodeo
van diciendo su intención.
Nuestra lengua es muy devota
de la clara brevedad,
y esta trova, a la verdad,
por el contrario, denota
escasa prolijidad.
Garci-Sánchez se mostró
estar con alguna saña,
y dijo: No cumple, no,
al que en España nació
valerse de tierra extraña;
porque en solas mis *lecciones*,

De Fray Pedro de los Reyes. (10)

No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.
Tu me mueves, Señor: muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, en fin, tu amor y en tal manera,
que aunque no hubiera gloria yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.
No me tienes que dar por que te quiera;
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

miradas bien sus estancias,
veréis tales consonancias,
que Petrarca y sus canciones
quede atrás en elegancias.
Cartagena dijo luego
como práctico en amores:
con la fuerza de ese fuego
no nos ganarán el juego
estos nuevos trovadores;
muy mal entonadas son
estas trovas, a mi ver,
enfadosas de leer
y tardas de relación
y enemigas de placer
Torres, dijo: Si yo viera
que la lengua castellana
sonetos de mí sufriera,
fácilmente los hiciera,

De Don Baltasar Estazo.

Al amor divino.

Con vuestro amor, es sabio el ignorante;
sin vuestro amor, es necio el más prudente;
con vuestro amor, se absuelve el delincuente;
sin vuestro amor, varía el más constante;
con vuestro amor, el rudo es elegante;
sin vuestro amor, culpable el inocente;
con vuestro amor, festivo el displicente;
sin vuestro amor, lo humilde es arrogante;
con vuestro amor, es claro el más obscuro;
sin vuestro amor, es nada al que más sobre;
con vuestro amor, es justo el más inicuo;
sin vuestro amor, es torpe lo más puro;
con vuestro amor, es rico el que es más pobre;
sin vuestro amor, es pobre el que es más rico.

pues los hice en la romana;
pero ningún sabor tomo
en coplas tan altaneras,
escritas siempre de veras,
que corren con pies de plomo,
muy pesadas de caderas»

Un reputado historiador hace observar que Castillejo confundió los endecasílabos con la medida española de arte mayor que usó Juan de Mena. «¡Y no conocía, o no se acordó de Santillana!» exclama el mismo historiador.

No ignoraba Castillejo el abolengo de la innovación que combatía. Se ha advertido que en su composición *La torre del viento* hay recuerdos del Petrarca Achaque muy humano es este. No, no debe extrañarnos que Castillejo exteriorizase con su tesón «antipetrarquista» la intangibilidad de su patrió-

De Don Cristobal de Villarroel.

Al árbol de vitoria está fijada
la arpa de David, que no de Apolo,
resonando del uno al otro polo,
con tres clavijas de dolor templada.
Haciendo estaba música acordada
de siete voces que las canta él solo,
y oyéndolas Neptuno, el Fuego, Eolo,
y la tierra tembló de alborotada,
El lamentable acento llegó al cielo;
y donde no se vió dolor ni llanto,
señales vimos de tristeza y duelo.
Oyó una Virgen el lloroso canto,
que es madre del dolor y del consuelo,
y en lágrimas bañó su rostro santo.

tico espíritu, aunque en lo más hondo de su conciencia de escritor existiera el convencimiento de la excelencia del modernismo combatido. Más de extrañar es su irreductibilidad, cuando se sabe que viajó por Italia, en cuyo suelo tantas añoranzas dejaron nuestros Vates del Siglo de Oro; residiendo en Nápoles y en otros famosos lugares de aquella Península. En sus últimos años se envanecía de haber recorrido toda la Europa central y meridional. Acaso asista una gran dosis de razón a los que aducen un nuevo acomodo de refractariedad en la resistencia métrica de Castillejo: la vena regocijada e irónica de su espíritu, mejor acomodado a los metros antiguos que a los «petrarquistas».

No permaneció solo Castillejo en su oposicion poética. Siguiéronle al principio otros vates, que

De Don Sebastián de Córdoba.

Oh dulces prendas, por mi bien tornadas
dulces y alegres para el alma mía,
estando yo sin vos, ¿cómo vivía,
prendas del alto cielo derivadas?
Mis culpas os perdieron, y apartadas,
el alma, aunque animaba, no sentía:
sentía, pero no como debía,
que estaban sus potencias alteradas.
Pues en una hora junto me llevastes
por mí todo mi bien cuando partistes,
y conoceis el mal que me dejastes,
si ya por la bondad de Dios volvistes,
no os aparteis del alma que sanastes
porque no muera entre dolores tristes.

claudicaron a la postre, rindiéndose a las nuevas formas de composición. Singularizáronse entre ellos Antonio de Villegas, Gregorio Silvestre, Jorge de Montemayor, Luis Galves Montalvo y algún otro

La literatura portuguesa, a despecho del quijotismo lusitano, ha seguido en la gloriosa época que nos ocupa las huellas de la poesía castellana. (Uno de los poetas portugueses españolizados, Manuel de Faria y Souza, sostenía que el verso endecasílabo fué usado en portugués antes que en ninguna otra lengua. También mantenía la opinión de que el «gongorismo» no nació con su padre, el poeta cordobés, sino con antiguos poetas lusitanos. Esto se llama querer despojar a la gente hasta de sus apellidos). «Los poetas portugueses – dice don Adolfo de Castro—han sido puros como Garcilaso cuando los

De Felipe May.

¿Cómo imaginaré que habrás oído,
Señor del cielo, mi oración tan fría,
si la lengua remedio te pedía,
y huelga el corazón de estar herido?
Tú, Señor, a quien nada es escondido,
niega a mi voluntad lo que quería,
y haz lo que más conviene al alma mía,
lo que pide la honra y no el sentido.
Tened piedad de un corazón contrito
y guiad al que admite ser guiado,
como es que cabe en hombres ¡Padre Eterno!
Desatad al que quiere ser atado,
y sacarle por fuerza del infierno,
toca a vuestro poder que es infinito.

acentos de su lira se oían con entusiasmo como el más tierno y encantador de los ingenios; han sido cultos, cuando Góngora fué aclamado por todos los ámbitos de la Península como el más sublime». Gregorio Silvestre, uno de los partidarios de Castillejo y «petrarquista» de última hora, era portugués. Nació en Lisboa en 1520. Muy joven pasó a Granada, en donde permaneció hasta su muerte. Camoens, el gran Camoens, también escribió versos en castellano. Imitáronle Francisco Sáa de Miranda, Francisco Rodríguez Lobo, Francisco Botello y el citado Manuel de Faria y Souza.

Como elemento de acomodo entre las escuelas «petrarquista» y tradicional castellana, don Diego Hurtado de Mendoza fusiona ambas, consiguiendo que dejen de existir como independientes y opues-

De Fray Alvaro de Hinojosa y Carvajal.

No sois vos, Virgen santa y escogida,
un Dios que rige el estrellado velo,
ni sois tampoco vos el mismo cielo,
no luna, sol, o estrella conocida.
Ni sois tampoco vos la misma vida,
no ángel de ligero y presto vuelo,
ni como cosa alguna acá del suelo,
por más bella que sea y más lucida.
Digo lo que no sois, porque deciros
lo que sois, imposible me parece;
a Dios es reservado tal tesoro.
Solo El que solo pudo produciros,
a quien toda esta máquina obedece,
podrá decir de vos [illegible] de oro.

tas. Descendía este famoso prócer, gran poeta y prosista, diestro político y aventajado guerrero, del marqués de Santillana; prosapia ilustre para las armas y para las letras. Nació en Granada, en 1503, Distinguióse an las guerras de Italia y fué embajador de Carlos V en Venecia y en Roma. Era excelente latinista, según cuentan sus biógrafos, y conocía el arábigo y el griego. Su amistad con Solimán el «Magnífico» hizole poseer preciosos manuscritos griegos Murió en Madrid en 1575. Quienes niegan a este vate la triunfante adaptación a la nueva escuela, al gusto italianizado, no han tenido en cuenta el soneto que en este libro se publica. Entre sus obras poéticas se distinguen sus *Epístolas* y sus *Canciones*.

La gran figura de Fray Luis de León, por todos

Del P. J. Bernardo de Cárdenas. (11)

Ensilla, Sancho amigo, a Rocinante,
dame la lanza y yelmo de Mambrino,
acomoda la alforja en el pollino,
y el bálsamo precioso pon delante.
Pues Dios me hizo caballero andante,
hoy desfacer un tuerto determino,
que face a una doncella un malandrino
jayán desaforado y cruel gigante.
Dice que fué su esclava esta doncella,
y miente. Pues sé yo que cuando él dice
ella deshizo a coces su cabeza;
a mí me toca, Sancho, el defendella,
pues soy su caballero, y voto hice
de defender su virginal pureza.
Subió con ligereza,
y tomando su yelmo, escudo y lanza,
le siguió su escudero Sancho Panza.

conceptos sublime, sirve de partida para la orientación de una de las dos ramas en que se divide la escuela clásica: aludimos a la «Salmantina» de que fué aquél fundador o maestro. Nació en 1527, en Belmonte, provincia de Cuenca, según su propia confesión ante el inquisidor Quijano, en el proceso que se le siguió por su traducción del *Cantar de los Cantares*. Tomó el hábito de San Agustín en el Convento de Salamanca el 29 de Enero de 1544. Se hizo doctor en Teología y obtuvo por oposición primero la Cátedra que llamaban de Durando, y algún tiempo después la de Escritura. En las cárceles de la Inquisición permaneció cinco años, logrando sincerarse de todos los cargos que se le hicieron y salir libre y triunfante de la calumnia. La crítica moderna ha desposeído a Fray Luis de León de la pa-

De Luis de Ribera. (12)

Miraba el padre de la humana gente
al hijo Abel en sangre revolcado,
sin lengua, sin vigor, todo postrado,
rendido al fiero caso acerbamente.
Pasmó sobre el cadáver, que no siente,
y entre saña y dolor, dél abrazado,
fuego en calientes soplos le ha expirado,
probando de encender su luz ausente.
Más dejó de seguir el tierno oficio,
y dijo al Hacedor del cielo en tanto;
llaga es ésta, señor, de culpa mía,
que si de Abel el puro sacrificio
tragaron llamas de tu fuego santo,
ya su inocencia y mi maldad te envía.

ternidad de aquella célebre frase, al reanudar sus clases: «Decíamos ayer...»; atribuyéndola a un italiano cincuenta años posterior. Falleció Fray Luis el día 23 de Agosto de 1591.

No se han escatimado los loores al insigne agustino. Don Gregorio Mayans estímale como el Vate castellano de espíritu más sublime. Quintana dice que después de Garcilaso es preciso buscar a Fray Luis de León para hallar el provecho del arte. Don Pedro Alcántara y García le califica de poeta, «en quien Horacio parece haber transmitido el fuego y el entusiasmo de sus odas». Sus grandes conocimientos en la ciencia teológica y su perfecto dominio del latín, el griego y el hebreo, hicieron de Fray Luis de León un poeta lírico moral de estirpe gigantesca. Su *Profecía del Tajo* hubiérale señalado por sí sola

De Arcángel de Alarcón.

Rabiosa envidia, odiosos pensamientos,
rendimiento perverso, precio impuro,
sudor de sangre, angustias, miedo oscuro,
linternas, armas, duros atamientos;
jueces de sangre y fariseos sedientos,
caída del colegio más seguro,
testigos falsos, acusar perjuro,
bofetadas y látigos sangrientos;
temor de Poncio, temerarias voces,
salivas sucias, grana y blanco velo,
espinas, golpes, hiel, clavos atroces,
ladrones, ara infame, desconsuelo,
lanza, blasfemias de émulos feroces,
causaron pena y muerte al rey del cielo.

preeminentísimo lugar entre los mejores vates.

Con don Francisco Medrano sigue los pasos de aquel poeta insigne Francisco de la Torre, el que dió lugar a una garrafal equivocación a Luzán y Velázquez. (Confundiéronle con don Francisco Quevedo, fundados en este otro hecho inexacto: en que pues Lope de Vega usó el pseudónimo de «Tomé de Burguillos», bien pudo tomar el de Francisco de la Torre, el Señor de la Torre de Juan Abad) Pocas noticias se tienen de Medrano. Floreció en el siglo XVI. Era natural de Sevilla. Visitó Italia y regresó a España. Ignórase el año de su muerte. Gran imitador de Horacio, sus odas y sus sonetos merecen el aprecio de la posteridad.

Los Argensola (Lupercio y Bartolomé) son los jefes de la Escuela aragonesa. Nacieron ambos en

De Fray Pedro de Padilla.

Felicidad ni gusto asegurado
nunca en el mundo nadie lo ha tenido;
que es aparente bien, falso y fingido
el que promete siempre y el que ha dado.
Triste del que en él vive confiado,
y anda con su halago entretenido,
y mil veces dichoso el que ha sabido
quedar en mal ageno escarmentado.
Sólo podrá en la tierra procurarse
lo que nunca ha podido poseerse
con sobresalto ni con desconfianza.
Porque en ella las almas adornarse
con fe y obras podrán y disponerse
a merecer la bienaventuranza.

Barbastro: Lupercio en 1563; Bartolomé tres años más tarde. Los dos estudiaron en la Universidad de Huesca. Bartolomé se hizo sacerdote y vino con su hermano a Madrid, en donde el conde de Lemos, Mecenas caprichoso, brindóles protección. Nombró a Lupercio su secretario de Estado y Guerra en el Virreinato de Nápoles. Bartolomé se trasladó a Roma y el Papa Paulo V le confirió una Canongía en Zaragoza, en donde desempeñó además el empleo de cronista del reino de Aragón. Lupercio murió hacia el año de 1613. Bartolomé en 1633.

Los Argensola han sido acaso los mejores sonetistas que ha habido en España. El soneto de Bartolomé *Dime padre común pues eres justo* es una de las más insignes muestras del ingenio español. «Es la cosa más grande—dice un crítico—que en esta

De Fray Ambrosio de la Roca y Serna.

Mi Dios, cuando tus obras considero,
te admiro mudo, atónito te adoro,
niño entre bestias afectando el lloro,
del cuchillo legal, rendido al fuero;
de lobos preso a modo de cordero,
a azotes desollado poro a poro,
de juncos llena la cabeza de oro,
colgado entre ladrones de un madero;
y al fin, sacramentado en pan sensible,
de tus obras compendio a la fe pura,
amor ostentas tanto incomprensible,
que de tu sacra mística dulzura
ni cabe en el silencio lo indecible,
ni aun lo decible cabe en la criatura.

línea se ha escrito, pues recopilados en los cuartetos y el primer terceto todos los sofismas contra la Providencia, con la majestad y grandeza propia del argumento, el último verso los deshace todos con gran belleza. ¿Qué habrá que decir del soneto de Lupercio? Tiene como el de su hermano, la justeza y el desenfado de la frase, la belleza del asunto y el encanto de su composición rotunda y maravillosa, Encarnan ambos sonetos la exacta expresión de las más inflexibles reglas. Por eso, no obstante la divulgación de ambas piezas poéticas, las publicamos. En estos aragoneses, venidos desde Aragón a enseñar en Castilla el castellano, según frase de Lope de Vega, halla el soneto sus más fieles hacedores, y el Parnaso español muestra a Italia los más bellos ejemplares que se hubieran escrito en ninguna lengua.

Del Ldo. Dueñas. (13)

Jesus, bendigo yo tu santo nombre,
Jesús, mi corazón en tí se emplée;
Jesús, mi alma siempre te desee;
Jesús, lóete yo cuando te nombre;
Jesús, yo te confieso Dios y hombre;
Jesús, con viva fe por tí pelee;
Jesús, en tu ley santa me recree;
Jesús, sea mi gloria tu renombre.
Jesús, medite en tí mi entendimiento;
Jesús, mi voluntad en tí se inflame;
Jesús, contemple en tí mi pensamiento,
Jesús de mis entrañas, yo te ame;
Jesús, sirva yo en tí todo momento;
Jesús, óyeme tú cuando te llame.

Grandes los Argensola como poetas, como hombres no supieron allegarse gran suma de simpatías. Esta es una nota que aquí se registra por la persistencia de la observación recogida en varios comentadores de estos célebres poetas. Quintana manifestaba con toda claridad su aversión. «Elige uno—decía—amigos entre los autores que lee, como entre los hombres que trata; yo confieso que no lo soy de estos poetas que, a juzgar por sus versos, parece que nunca amaron ni estimaron a nadie». Los cervantistas Ramón León Mainez y Francisco Navarro Ledesma también les han tratado con dureza en ese respecto singularmente el primero. Esa antipatía es hija del trato poco deferente que usaron los Argensola con el autor del *Quijote*.

Ramón León Mainez dice que ofrecieron a Cervan-

De Juan Diaz Rengifo. (14)

Sagrado redentor y dulce esposo,
peregrino y supremo rey del cielo,
camino celestial, firme consuelo,
amado Salvador, Jesús gracioso:
prado ameno, apacible, deleitoso,
fino rubí engastado, fuego en hielo,
divino amor paciente y santo celo,
dechado perfectísimo y glorioso.
Muestra de amor y caridad subida
diste, Señor, al mundo haciéndoos hombre,
tierra pobre y humilde a vos juntando.
Venistes Hombre y Dios, amparo y vida,
nuestra vida y miseria mejorando.
Encierra tal grandeza tal renombre.

tes protección en Nápoles y que después se la negaron.

Ahora que tanto se lleva y se trae el apellido Argensola, con ocasión de peregrinos descubrimientos y desabridas discusiones cervantinas, curioso será recordar que además de los famosos poetas Bartolomé y Lupercio, floreció otro hermano, Fray Pedro Leonardo, quien «profesó —dice el doctor don Félix Latassa en su *Biblioteca Nueva de Escritores Aragoneses* — el Instituto de San Agustín y fué Maestro en la provincia de Aragón, de donde pasó a la de Castilla en 1598. Obtuvo el cargo de Provincial de Indias y murió en Madrid con opinión de gran teólogo y elegante poeta».

Todos estos Argensola fueron hombres de suerte: elegantísimos poetas y bienquistos entre sus

De Pablo Verdugo. (15)

El camino del cielo van buscando
muchos que deste mundo andan huyendo,
y al fin le topan, y le van siguiendo
que quien quiere, le alcanza preguntando.
Salió a caballo Pablo, y fué volando;
Francisco como pobre, a pie pidiendo;
entre zarzas Benito fué rompiendo,
y por piedras Esteban caminando.
Salió detrás Teresa, y al instante,
para poderlos alcanzar siguiólos,
que fué, con ser de a pie, gran caminante.
Y porque no llegasen ellos solos,
viéndolos que iban ya tan adelante,
por correr descalzóse y alcanzólos.

coetáneos, como lo demuestra la reputación y la protección que todos ellos supieron granjearse. Fray Pedro Leonardo debió su fama a unos dísticos latinos que compuso con ocasión de las fiestas de San Jacinto, que publicó el cronista Martel en 1591. El mismo cronista dedicóle la siguiente relamida quintilla:

«Y por mano de Aglaya
es bien coronado vaya
Fray Leonardo de Argensola,
de arrayan, vacara, viola,
y otras flores de Pancaya.»

«También trabajó otras muy cultas posías», según el testimonio del referido doctor D. Félix de Latassa.

Entre los principales discípulos de los Argensola

De Damián de Vegas.

Al Santísimo Sacramento

Abre los ojos, ánima cristiana,
contempla esta divina maravilla;
come este pan con firme fe y sencilla,
limpia conciencia, amor y buena gana.
¿Dónde ibas boquiabierta tras la vana
golosina del mundo, oh pobrecilla,
dándote aquí, si quieres recebilla,
riqueza, paz y hartura soberana?
Si buscas a tus males relevante
remedio y grande perfección de bienes,
detente aquí, que no hay mejor adonde.
Si honor y alteza, no hay que ir adelante,
si riquezas de gracia, aquí las tienes;
si hartura de gloria, aquí se esconde.

ocupan preferente lugar Cristobal de Mesa, que imitó y hasta plagió a sus maestros y siguió como ellos las doctrinas horacianas; el príncipe de Esquilache y don Esteban Manuel de Villegas, el *Cisne de Najerilla*, gran imitador de Horacio y de Anacreonte.

El más genial sostenedor de la escuela oriental o sevillana que fundara Micer Francisco Imperial, es Fernando de Herrera. ¡Con cuánta justicia le ha ratificado la posteridad el sobrenombre de «Divino» que le adjudicaron sus contemporáneos! Con este gran poeta puede afirmarse que han triunfado los esfuerzos de Garcilaso y Boscán, de tal modo, que ya pueden invertirse los términos de la relación literaria: los imitadores pueden justamente servir de modelo a sus antiguos maestros (Gil y Zárate).

De Doña Silvia de Monteser.

A San Juan de Dios.

¿Qué buriles, qué plumas, qué pinceles,
en láminas, en rasgos, en colores,
en dos virtudes ínclitos honores
decir podrán, aunque se muestren fieles?
Consigue una en las ansias más crueles,
ser de María consuelo en sus dolores;
merece otra en los últimos ardores
fortuna que eterniza sus laureles.
De esta y de aquella dicha las victorias,
semejante una y otra, las venero;
ambas gozando eternos los pensiles.
¿Qué mucho, pues, a vista de esta gloria,
no basten, no, según la considero,
ni plumas, ni pinceles, ni buriles?

Herrera nació en Sevilla a principios del siglo XVI. Fué clérigo de órdenes menores; desempeñó toda su vida un modesto beneficio, y murió de los sesenta a los setenta años. Consagró su existencia a la poesía. Su vida, por su genio creador y ciertos detalles misteriosos del alma, que escapan acaso a la compresión de la generalidad, ofrece un gran paralelismo con la del Petrarca. Como éste, estuvo platónicamente enamorado de una mujer casada. La dama de sus pensamientos, libro de caballería de las almas poéticas, era doña Leonor de Milán, esposa de don Alvaro Colón de Portugal, conde de Gelves, dama de ejemplarísima virtud que presta un «dilettantismo» petrarquista a la pasión de Herrera, como hace observar un historiador moderno. Así cantaba Herrera a la Musa de sus pensamientos.

De Fr. Pedro Malón de Chaide (Agustino).

¡Oh paciencia infinita en esperarme!
¡Oh duro corazón en no quereros!
¡Que esté yo cansado de ofenderos
y que no lo estéis vos de perdonarme!
¡Cuántas veces volvistes a mirarme
esos divinos ojos, y a doleros,
al tiempo que os rompía vuestros fueros!
¡Y vos, mi Dios, callar, sufrir y amarme!
¡Oh guarda de los hombres! Vuestra saña
no mostréis contra mí, que soy de tierra:
mirad a lo que es vuestro, y levantadle;
que no es deleite ya lo que me engaña,
sino costumbre que me vence en guerra,
pues por sólo pecar, peco de balde.

«Yo entreteger quisiera
su nombre esclarecido
entre la blanca luna y sol rosado
y su gloria pusiera
en el peplo extendido
que en otra edad Atenas vió estimado,
cuando el tiempo llegado,
Minerva es celebrada...»

La poesía es una diosa que requiere el concurso de otras deidades para manifestarse en toda su magnificencia. El poeta de temperamento erótico que no tiene una dama sugeta a su pasión por los candentes lazos de la carne, se la inventa castamente; espiritualiza su Musa y ésta llena de una celestial armonía toda la gama poemática del artista. Así Herrera; así Arolas.

De Fr. José de Sigüenza.

A Cristo Señor Nuestro en su Nacimiento.

De tronco y de raíz firme y segura,
tierno pimpollo y bello se levanta
tan alto, que a la más crecida planta
humilde deja y vence con su altura.
En medio de él y en su mayor frescura
brota una flor, y su fragancia es tanta,
que las almas eleva y las encanta
en sueño dulce de su gracia pura.
A pesar de los cierzos rigurosos
trueca el invierno triste en primavera,
y la más larga noche en claro día.
Llegad, mortales, pues, llegad dichosos,
gozad más bien que el de la edad primera,
pues cuanto el cielo tiene, acá os lo envía.

Plumas extranjeras han tributado a Herrera ditirambos que no han podido alcanzar otros poetas. Llamósele el *Aguila de Sevilla*. y en verdad que solo comparable es al águila este prodigioso vate que supo levantar las alas de su númen para cernerse sobre la inmensidad de una literatura como la de nuestro siglo de oro. Entre sus más entusiastas comentadores se cuentan Signorelli y el conde Juan de Contí. El crítico Puybusque en su «Historia comparada de las literaturas española y francesa», encuentra a Herrera superior a Rousseau y a Dryden, y añade que «la estrofa del poeta andaluz, sin tener nada de árabe, es enteramente oriental y baja en derechura de las alturas de Sión». Fitzmaurize Ke-

De Don Luis Carrillo.

Poeta del siglo XVII.

Pues servis a un perdido, y tan perdido,
dejadme, pensamientos desdichados,
basten los pasos por mí mal andados,
basten los pasos por mi mal perdidos.
¿Qué, osados, me quereis? Adó, atrevidos,
montes altos poneis de mis cuidados?
Mirad vuestros iguales fulminados,
mirad los robles de su piel vestidos.
Dan vida a mi mediano pensamiento
el ver un pino y una fuente clara
en esta soledad, que el alma adora.
El árbol tiembla al proceloso viento,
corrida el agua de humildad, no para,
que el alto teme y el humilde llora.

lly, tan parco en sus elogios, dice de Herrera que en el género patriótico raya en lo sublime.

Todos los encarecimientos merecidísimos. Fué águila caudal de la lírica. En su pluma el idioma fué armonioso, y en el abuso de aquella portentosa facilidad de que le dotó el cielo, en la invención de giros elegantes y frases llenas de pompa, no existió otro mal sino el de dejar entreabierta la puerta del magno recinto del idioma, que había de franquear alevosamente el maldito culteranismo. Como Garcilaso, quiso dotar al léxico de recursos que le enriquecieran, pero su pecado consistió en no contenerse en los límites de la sencillez de que adornó Garcilaso sus poesías.

Sus canciones *A la victoria de Lepanto, A la pérdida*

Del Lic. Cósme Gómez Tejada de los Reyes. (16)

De los poetas de estilo hinchado.

Tiemble la tierra, y con furor horrendo
Euro los montes de su gruta rompa,
al arma toque y de su vana trompa
huyan las nubes al horrible estruendo.
Tema volver el mundo al cáos tremendo,
y el móvil que sus cursos interrompa
victoria clame, y con gloriosa pompa
celebre el triunfo bravo y estupendo;
que si a toda la tierra es formidable
el viento bravo, vano y furibundo,
un suspiro de amor con aura afable,
suspende las esferas y el profundo,
sugeta al bruto más inexpugnable,
y con él la razón que es más que el mundo.

del rey don Sebastián y *A San Fernando*, así como su oda *A don Juan de Austria*, son de extraordinario mérito. Lope de Vega cita una estrofa de la canción *A San Fernando* y exclama: «aquí no excede ninguna lengua a la nuestra; perdonen la griega y la latina». Horacio—dice Quintana, refiriéndose a la oda *A don Juan de Austria*—la habría adoptado con gusto». Excelente sonetista, hízolos admirables. Entre los mejores, merecen citarse los titulados *A la victoria de Lepanto*, *A don Juan de Austria* y *A Carlos V*. Herrera definía el soneto diciendo «que es la más hermosa composición y de mejor artificio y gracia de cuantas tiene la poesía italiana y española».

Entre los principales discípulos de Herrera cuéntase Francisco Pacheco, interesante figura de la Es-

De Don Miguel de Barrios. (17)

A la muerte de Raquel.

Llora Jacob de su Raquel querida
la hermosura marchita en fin temprano,
que cortó poderosa y fuerte mano
del árbol engañoso de la vida.
Ve la purpúrea rosa convertida
en cárdeno color, en polvo vano,
y la gala del cuerpo más lozano
postrada en tierra, a tierra reducida.
«¡Ay! dice, ¡gozo incierto! ¡gloria vana!
¡Mentido gusto! ¡estado nunca fijo!
¿Quién fía en tu verdor, vida inconstante?»
Pues cuando más robusta y más lozana,
un bien que me costó tiempo prolijo
me lo quitó la muerte en un instante.

paña de su tiempo, por su cultura, por su maestría pictórica y por haber emparentado con aquel mago de la paleta que se llamó Velázquez, discípulo de Pacheco. Su casa fué una academia de ciencias y de arte. («Para enseñar a su yerno Velázquez puso el Cielo el pincel en sus manos; para cantar sus glorias no le negó Herrera la pluma»—Castro.) Sol a Velázquez y estrella a Pacheco llamaba Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* a yerno y suegro, y no había exageración en esos ditirambos; pues si inferior a Herrera en la poesía y a Velázquez en la pintura, tuvo Pacheco el mérito singular de ser fiel discípulo de la gloria poética del *Aguila* hispalense y precursor de aquella otra águila de la pintura, para quien

De Juan Rufo. (18)

A Diana.

Dí, Ana, ¿eres Diana? No es posible;
Que eres fecunda y eres más hermosa.
¿Eres por dicha el sol? Tampoco es cosa,
aunque sola, a tu sexo compatible.
¿Eres Belona bella? Fué terrible;
ni Venus, que era fácil, aunque diosa.
Pues ¿qué serás, oh imagen milagrosa,
y el ser humano y tal es increíble?
Serás Diana, Ana, en la pureza,
Febo en el resplandor y en la alegría,
en valor Palas, Venus en belleza,
y mujer a quien dió más que podía
la atenta y liberal naturaleza;
que en hacerte, más hizo que sabía.

la Naturaleza, tanto en sus bellezas como en sus deformidades, no guardó secretos.

La vida de Pacheco se deslizó de 1571 a 1654. Consérvanse de este poeta varios sonetos y madrigales y algunas otras composiciones ligeras.

En don Juan de Jáuregui, nacido en Sevilla por el año de 1570, traductor de la *Aminta* del Tasso, afiliado a la Escuela sevillana, hay que distinguir dos épocas: en la primera se nos aparece como uno de los más esforzados campeones de la sana poesía; en la segunda siguiendo las huellas del «conceptismo» y del «culteranismo», que había combatido denodadamente en su primera época. Fué caballero del hábito de Calatrava y caballerizo de la reina doña Isabel de Borbón, primera mujer de Felipe IV. Con este

De Don Alonso de Archedo. (19)

En elogio de la Aminta de Jáuregui.

Nació junto al Eridano abundoso
Aminta en su ribera esclarecida,
noble zagal, cuya niñez florida
sintió de amor el arco riguroso.
Está con Tirsis, un pastor famoso,
penaba en amistad su triste vida,
y en voz se lamentaba repetida
con su toscano plectro numeroso.
Mas vino de la Bética ribera,
un joven de gallardo ingenio y brío;
y Aminta por el docto sevillano
dejó su patria y amistad primera,
y ya en el Betis en estilo hispano
canta, olvidado de su lengua y río.

motivo residió en Madrid hasta el fin de sus días, supónese pasado el año de 1640,

Su traducción de la *Aminta* del Tasso, de que antes se habla está reputada como una joya de la literatura. Las poesías de su primera época no desmerecen tampoco de ese juicio.

De Don Nicolás Fernández de Moratín.

Ejecutaria de verdadera nobleza.

Si como tengo noble el padre fuera
el verdugo de Málaga mi padre,
y Flora, Lamia o Tais fuera mi madre,
¿qué culpa en ser su hijo yo tuviera?
Si uno al nacer los padres eligiera,
sin tener al oído quien le ladre,
que al mismo rey le pese o que le cuadre,
no hay duda que por padre lo escogiera.
Pues si pudo nacer un sin ventura
el hijo del monarca y potentado,
¿de qué es su vanidad y su locura?
Sepa que solo es noble y es honrado
aquel que con verdades asegura
ser de sus mismas obras engendrado.

V

El culteranismo.—Un célebre soneto.—Lo que opina Fitzmaurice Kelly. — El antipetrarquismo de Santa Teresa. — La obra lírica de la Paloma abulense —Fray Pedro de los Reyes, auror del soneto.—Elogios de Lope de Vega. — Góngora, padre del culteranismo.—Los discípulos de Góngora.—Culteranismo, conceptismo y prosaismo. —Quevedo.—Francisco de Rioja.—Arguijo, irreprochable sonetista.—Lope de Vega.—Montalbán y su "Fama Póstuma".—Baltasar del Alcázar.

El erudito don Adolfo de Castro, en sus *Observaciones sobre algunas particularidades de la poesía española*, con que acompaña el tomo II de los poetas líricos de los siglos XVI y XVII, de la Biblioteca de Autores Españoles, elige como particularidad digna de estudio, el origen del «culteranismo». Y a fe que con abundancia de datos y copia de doctrina, deshace todas esas falsas congeturas conque algunos mal aconsejados críticos han querido hacer responsables de este pecado de lesa poesía, quién a Jáuregui; quién a don Diego Saavedra Fajardo; quién ¡a Cervantes! (Don Francisco Martínez Marina es el autor de tan absurda imputación. Dios le perdone tamaño disparate, que Castro no quiso

detenerse a impugnar, porque la sublimidad del estilo de Cervantes se vindica suficientemente de esa herejía). El docto señor Castro proclama a continuación lo que es una verdad incontrovertible: que Góngora fué el apostol del «culteranismo».

En esto de los errores literarios, y no estarán fuera de propósito estas observaciones, ocurren cosas peregrinas. Se investiga el punto de partida u origen de una escuela, de una tendencia; la paternidad de una obra; la aclaración de un concepto que se cree equivocado, y cuando se estima haber dado con la clave del enigma, cuando suéñase estar en posesión de la verdadera orientación, con tanto afán perseguida, cuando más seguro se cree poder abroquelarse entre las defensas de la fortaleza de la ver-

De Don José Cadalso. (20)

(Sobre el poder del tiempo).

Todo lo muda el tiempo, Filis mía;
todo cede al rumor de sus guadañas;
ya transforma los valles en montañas,
ya pone campo donde mar había.
El muda en noche opaca el claro día,
en fábulas pueriles, las hazañas,
alcázares soberbios en cabañas,
y el juvenil ardor en vejez fría.
Doma el tiempo al caballo desbocado,
detiene el mar y viento enfurecido,
postra al león y rinde al bravo toro.
Sólo una cosa al tiempo denodado
ni cederá, ni cede, ni ha cedido,
y es el constante amor con que te adoro.

dad alcanzada, surge al paso, en plumas autorizadas, nuevamente la duda, que zahiere, que resta valor, que hace otra vez vacilar y dudar de las propias fuerzas y del propio dominio.

Refiérense estas líneas, en general, a la cuestión que plantea el autor del *Buscapié* cervantino y, en particular, al esclarecimiento de la paternidad de un célebre soneto, aclaración que no se quiere dejar para más adelante, ya que tan oportunamente se ofrece la ocasión de dilucidar este pleito.

Anda impreso en devocionarios y en antologías; grabado en los corazones creyentes y esculpido en la memoria de muchos humanos, un soneto que en unas partes se publica con el título de *Acto de Contrición,* y en otros lugares, con el epígrafe de

De Don Tomás de Iriarte. (21)

(A una dama muy abrigada).

En tiempo de la suave primavera
mediana es de tu escote la avertura;
entra el fogoso estío y con soltura
descubierto tu seno persevera:
llega del año la estación tercera
y ya se estrecha un poco la clausura;
el duro invierno sigue, y tú más dura
encubres, Fili, la garganta entera.
Reniego yo del temple madrileño
en que el invierno empieza tan temprano;
(suele probarme mal, que soy isleño);
y pues el socorrerme está en tu mano;
aunque es Noviembre, espero, hermoso dueño
me regales un día de Verano.

A Cristo crucificado, siendo indistintamente atribuído a San Francisco Javier y a Santa Teresa de Jesús, y según consigna el señor Fitzmaurice Kelly, a San Ignacio de Loyola, cosa que ignorábamos. Por su ejemplaridad es ese soneto conocidísimo. Aquellos de nuestros lectores que no tuvieran noticias de esa joya de nuestra mística incomparable, al saborearla en esta colección hallarán justificados los encarecimientos que se hacen; la multiplicidad de su publicación; las disputas de la crítica y el envanecimiento de quien se cree honradamente en posesión de la verdad, en cuanto a la paternidad del soneto se refiere.

En la *Floresta de rimas antiguas castellanas*, de don Juan Nicolás Bohl de Faber (el padre de *Fernán-*

De Meléndez Valdés.

(A Jovellanos).

Las blandas quejas de mi dulce lira,
mis lágrimas, suspiros y dolores
me agrada renovar, pues sus rigores
piadoso el cielo por mi bien retira.
El dichoso zagal, que tierno admira
su linda zagaleja entre las flores
y de su llama goza y sus favores,
alegre cante lo que amor le inspira.
Llore yo solo de mi Fili airada
el altivo desdén con triste canto,
que el eco lleve al mayoral Jovino;
alternando con cítara dorada,
ya en blando verso o dolorido llanto,
las dulces ansias de un amor divino.

Caballero) y en el *Romancero y Cancionero Sagrados*, de la colección de Autores Españoles, aparece como de San Francisco Javier Los críticos Mr. de Latour y Gil de Zárate le han supuesto inspiración de la doctora de Avila (Fernández Espino). San Francisco Javier nada escribió de glosas divinas ni humanas en su gloriosa vida pasada en las misiones de China y el Japón (P. Rivadeneira). Santa Teresa, tampoco pudo escribir ese soneto. La paloma abulense debe ser incluída entre los antipetrarquistas rezagados.

Su espíritu, netamente castellano, de que tanto se envanece en sus obras, no permitióla, sin duda, el uso del endecasílabo. Hasta para las cosas más sublimes, para su Glosa

De Don Leandro F. de Moratín. (22)

(A la capilla del Pilar de Zaragoza).

Estos que levantó de mármol duro
sacros altares la ciudad famosa,
a quien del Ebro la corriente undosa
baña los campos y el soberbio muro,
serán asombro en el girar futuro
de los siglos; basílica dichosa,
donde el Señor en majestad reposa
y el culto admite reverente y puro.
Don que la fe dictó y erige eterno
religiosa nación a la divina
Madre que adora en simulacro santo;
por El, vencido el odio del averno,
gloria inmortal el cielo la destina,
que tan alta piedad merece tanto.

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero,

usó del metro castellano, aquel metro que el irreductible Castillejo calificaba de «fructa» entre los manjares de una bien campuesta mesa poética. El catedrático de literatura española, don José Fernández Espino, ya citado, rechaza que fuera de Santa Teresa, fundado en que el soneto en cuestión, «por el corte de la frase, por la estructura y giro de las cláusulas, por las voces mismas, en una palabra, por la completa diferencia en el estilo, pertenece a edad más avanzada».

«En el primer tercio del siglo XVII—continúa diciendo el señor Fernández Espino—, tuvo lugar la

De Don Gaspar Melchor de Jovellanos. (23)

(A la mañana).

Ven, ceñida de rayos y de flores
la rósea frente, ¡oh plácida mañana!
Ven, ven, y ahuyenta con tu faz galana
la perezosa noche y sus horrores;
ven y vuelve a los cielos sus ardores,
su frescura a la tierra y su temprana
gloria a mi pecho en Clori soberana;
en Clori, mi delicia y mis amores.
Ven, ven; que si piadosa me escuchares,
yo te alzaré un altar sobre el florido
suelo, que honrare, Clori, con su planta;
y en él después te ofrecerá a millares
las víctimas, mi pecho agradecido,
y los devotos himnos mi garganta.

canonización de ambos santos (Santa Teresa y San Francisco). Los ingenios piadosos mostraron el júbilo de sus almas, y pudo suceder que el soneto fuese producto de aquellos regocijos».

Don Aureliano Fernández Guerra y Orbe y don Cayetano Alberto de la Barrera, atribuyénlo a Fray Pedro de los Reyes, excelente poeta del siglo XVII. Existe mucha semejanza entre el soneto y estas octavas glosadas del padre Reyes:

Yo, ¿para qué nací? Para salvarme.
Que tengo de morir es infalible:
dejar de ver a Dios y condenarme,
triste cosa será, pero posible.
¿Posible? ¿Y rio y duermo y quiero holgarme?
¿Posible? ¿Y tengo amor a lo visible?

De Fray Diego González. (24)

(A un orador).

Botijo con bonete clerical,
que viertes la doctrina a borbollón,
falto de voz, de afectos, de emoción;
lleno de furia, ardor y odio fatal;
la cólera y despique por igual
dividen en dos partes tu sermón,
que, por tosco, punzante y sin razón
debieras predicarselo a un zarzal.
¿Qué prendas de orador en tí se ven?
Zazoso acento, gesto pastoril,
el metal de la voz cual de sarten;
tono uniforme cual de tamboril.
Para orador te faltan más de cien;
para arador te sobran más de mil.

¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En qué me encanto? Loco debo de ser, pues no soy santo».

¿Se comprende a la vista de estos datos y de estas fundadas congeturas, que sea el soneto razonablemente atribuído a Fray Padre de los Reyes? ¿Se comprende que se creyera el autor de este libro en posesión de la verdad siguiendo esa orientación, la más verosímil, en el proceloso mar de congeturas a que dió ocasión la dudosa paternidad del hermosísimo soneto? Pues júzguese de su estupefacción al leer lo que también verá el curioso lector en las siguientes líneas del señor Fitzmaurice Kelly: «Sí, dejando estos laboriosos fracasos, volvemos la vista a obras de indiscutible belleza, la primera que se nos ofrece es el famoso soneto, *A Cristo crucifica-*

De Don Juan Bautista Arriaza. (25)

(El desconsuelo).

Crecido con las lluvias de repente
rompe el río las márgenes que baña
e inundando sus aguas la campaña,
arrasa frutos, árboles y gente.
El pastor, que asustado y diligente
se subió, por librarse a la montaña,
ve desde allí el ganado y la cabaña
envueltos en el rápido torrente.
Y aquel vivo dolor con que afligido
mira ahogadas las tímidas ovejas,
para siempre llorándose perdido,
no equivale a la angustia en que me dejas,
Silvia, cuando tu labio endurecido
responde con desdenes a mis quejas.

do que ha sido atribuído a San Ignacio de Loyola, a San Francisco Javier, a Fray Pedro de los Reyes y a Santa Teresa. Ninguna de tales hipótesis se halla demostrada y el *No me mueve, mi Dios para quererte*, sabe ser clasificado como anónimo. Sin embargo, su fervor y su unción son tales, que hacen pensar en la madre seráfica Santa Teresa de Jesús, que se llamó en el siglo Teresa de Cepeda y Ahumada». Veamos si debe razonablemente ser atribuído el soneto a Santa Teresa.

Don Vicente de la Fuente, después de curiosas y prolijas investigaciones para depurar la autenticidad de las obras en verso atribuídas a Santa Teresa, da noticia de cuarenta y tres composiciones, al parecer de la santa, entre ciertas, dudosas, inéditas y publicadas. Las ciertas son:

De Don Dionisio Solís. (26)

Puro y luciente sol, ¡oh, qué consuelo
al alma mía en tu presencia ofreces,
cuando con rostro cándido esclareces
la oscura sombra del nocturno velo!
¡Oh, cómo animas el marchito suelo
con benéfica llama! ¡Y cómo creces
inmenso y luminoso, que pareces
llenar la tierra, el mar, el aire, el cielo!
¡Oh, sol! Entra en la espléndida carrera
que el dedo te señala omnipotente,
al asomar por las etéreas cumbres;
y tu increado Autor piadoso quiera
que desde Oriente a Ocaso eternamente
pueblos felices en tu curso alumbres.

Vivo sin vivir en mí (publicada).
Una glosa sobre el mismo asunto (ídem).
Oh, hermosura que excedeis (ídem).
Hermana, por que veleis (inédita).
Pues nos dais vestido nuevo (publicada).
En las internas entrañas (ídem).
Vuestra soy, para vos nací (ídem).
Quién os trajo aquí, doncella (no se halla).

También da noticia de 15 poesías probables y 21 dudosas. Del conjunto de todas ellas, publica 27 en la colección de las obras de la Santa, que comprende el tomo 55 de la Bibioteca de Autores Españoles, de los señores Aribau y Rivadeneyra. Entre las 27 poesías que publica sólo hay una compuesta en en-

De Don Manuel José Quintana.

(A un amigo que bajo el emblema de una violeta, me escribía lisonjas y esperanzas).

No con vana lisonja y blando acento
me quieras engañar, huésped del prado;
ya no soy lo que fuí, rigor del hado
me condena por siempre al escarmiento.
Nunca lozana a su primer contento
la planta vuelve que truncó el arado,
por más que al cielo le merezca agrado
y que amoroso la acaricie el viento.
Anda, pasa adelante; en otras flores
más ricas de fragancia y más felices
pon tu dulce cuidado y tus amores;
que es ya en mí por demás cuanto predices,
pues el aire del sol con sus ardores
quemó hasta la esperanza en mis raíces.

decasílabos, una octava «inédita y copiada del manuscrito de Toledo», dice el señor Lafuente, que nosotros también vamos a reproducir:

«Dichoso el corazón enamorado
que en solo Dios ha puesto el pensamiento;
por El renuncia todo lo criado,
y en El halla su gloria y su contento.
Aun de sí mismo vive descuidado,
por que en su Dios está todo su intento,
y así alegre pasa y muy gozoso
las ondas deste mar tempestuoso.»

Hizo bien el señor Lafuente en colocar esa composición entre las probables de Santa Teresa. Nosotros repetiríamos con gusto parte de los argumentos usados por el señor Fernández Espino, al rechazar la paternidad del soneto, para despojar

De Don Juan Nicasio Gallego.

(Los hoyuelos de Lesbia).

Cruzaba el hijo de la ciprea diosa
solo y sin venda la florida umbría,
cuando al pie de un rosal vió que dormía
al blando son del mar, mi Lesbia hermosa:
y al ver, pasmado, que su faz graciosa
los reflejos del alba repetía,
tanto se deslumbró, que no sabía
si aquella era mejilla o era rosa.
Alargó el dedo el niño entre las flores
y en ambos lados le aplicó a la bella,
formando dos hoyuelos seductores...
¡Ay, que al verla reir, la dulce huella
del dedo del amor mata de amores!
¡Feliz el que su boca estampe en ella!

igualmente de tal paternidad la octava transcrita. La estructura de la octava, pertenece, como la del soneto, a un procedimiento y a una concepción que pudiéramos llamar de reposo y de cultura extraordinarios, procedimiento y concepción que no usó la paloma de Avila en la redacción de sus versos. ¿Cómo hacía sus versos Santa Teresa? Oigamos a su historiador, el Doctor extático (San Juan de la Cruz), Padre Yepes: «Estando—dice—en la fundación de Salamanca pasado el primer año de aquella fundación, cantaron una Pascua un cantar que dice:

Véante mis ojos
dulce Jesús bueno,
véante mis ojos
y muera yo luego.

De Don Juan Pablo Forner.

(Pequeñez de las grandezas humanas).

Salgo del Betis a la ondosa orilla
cuando traslada el sol su nácar puro
al polo opuesto, y en el cielo oscuro
magestuosa ya la luna brilla:
entre la opaca luz su honor humilla
la soberbia ciudad y el roto muro
que, al rigor de los siglos, mal seguro,
reliquia funeral ciñe a Sevilla.
Pierde en las sombras su grandeza ufana
la altiva población y sus destrozos
lúgubres se divisan y espantables.
Fia, Licino, en la grandeza humana;
contémplala en la noche de sus gozos
y los verás medrosos, miserables.

Con estas coplas, como la tocaron en lo vivo, porque la tocaron en la muerte, que ella tanto deseaba para ver a Dios, quedó tan sin sentido que la hubieron de llevar como muerta a la celda y acostarla. El siguiente día andaba también como fuera de sí. Estando con estos ímpetus, hizo la Santa unas coplas, nacidas de la fuerza del fuego que en sí tenía, significando su llaga y su sentimiento, que por ser muy devotas me pareció ponerlas aquí.» Y reproduce a continuación la hermosísima glosa de *Vivo sin vivir en mí.*

Así se manifestaba el estro de aquella mística flor de los jardines del Cielo. Las poesías, indiscutiblemente auténticas de Santa Teresa, fueron todas escritas por motivos análogos: villancicos y fervo-

De Don Alberto Lista.

(La envidia).

Dulce es a la codicia cuando alcanza
doblar el oro inútil, que ha escondido;
dulce al amor, feliz o desvalido,
meditar ya el placer, ya la esperanza.
Dulce es también a la feroz venganza,
que no obedece al tiempo ni al olvido,
los sedientos rencores que ha sufrido
apagar entre el fuego y la matanza.
A un bien aspira todo vicio humano;
teñida en sangre, la ambición impía
sueña en el mando y el laurel glorioso.
Solo tú, envidia horrenda, monstruo insano,
ni conoces ni esperas la alegría;
que, ¿dónde irás que no haya un venturoso?

rosos cantos y dulces letrillas, miel de los panales de su alma.

El señor Lafuente da también cuenta de las siguientes poesías atribuídas a la santa, con las circunstancias que se verá a continuación, que vienen a corroborar más y más estos asertos:

Cruz, descanso sabroso de mi vida. (Inédita probable.

En la cruz está la vida y el consuelo. (No se halla).

No quiero ya consuelos terrenales. (Dudosa; no se halla).

Teniendo el alto Dios determinado. (Idem, Idem).

Decid, cielos y tierra; decid mares. (Idem, Idem).

Como se ve, no hay una sola composición en endecasílabos que se atribuya sin distingo ni duda alguna a Santa Teresa. La octava copiada debe correr

De Don José Somoza.

Vagaba por el bosque amor llorando,
perdido el tino como niño y ciego;
Silvia, compadecida y a mi ruego,
los brazos le tendió, pero callando.
El conocerla procuró, tentando
rostro y cuello y al seno tocó luego,
que dócil Silvia se prestaba al juego,
mil ímpetus de risa sofocando.
Mas la divina mano que indecisa
entre las perfecciones vacilaba
de tal belleza, a tal examen puesta,
tropezó dos hoyuelos que la risa
en torno de sus labios dibujaba,
y entonces dijo Amor: «Mi madre es ésta».

la misma suerte que el soneto, en cuanto a su autenticidad. Ni la una ni el otro fueron escritos por Santa Teresa. Bien manifiesta ésta la sencillez de su estro cuando dice en el capítulo XVI del Libro de su vida, lo siguiente: «Yo sé persona, que con no ser poeta, le acaescía hacer de pronto coplas muy sentidas declarando su pena bien, no hechas de su entendimiento, sino que para gozar más la gloria, que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella a su Dios».

Digamos, para completar estos datos referentes a las poesías de Santa Teresa, que en la colección de sus versos, publicada por el R. P. Francisco Jiménez Campaña (Madrid 1913) tampoco se incluye el soneto *No me mueve mi Dios para quererte*, ni otra

Del Duque de Rivas. (27)

(A Dido abandonada).

Más bella que la flor del «tamarindo»
(antes que se inventara el «almanaque»),
luciste, ¡oh Reina! tu gallardo «empaque»,
que tanto ha dado que decir al «Pindo».
Si solo de pensar en tí me «rindo»,
¿qué es de extrañar que el otro «badulaque»,
que huyó con tiempo del troyano «ataque»,
quedase al verte, convertido en «guindo»?
¡Ay! su pasión fué tiro de «escopeta»,
que te hundió en sempiterno «purgatorio»,
gozándote y huyendo con vil «treta».
Fué falsa su pasión como «abalorio»,
niño impotente el que juzgaste «atleta»,
y tu tálamo lecho «mortuorio».

composición en endecasílabos que la octava *Dichoso el corazón enamorado.* En la colección de que se trata, preside el esmero que pudo poner tan insigne poeta como fué el P. Jiménez Campaña, en materia tan sugestiva.

También se ha publicado en el año anterior de 1916 el tomo IV de *Páginas selectas de literatura castellana*, que comprende *Las mejores poesías místicas en lengua castellana.* Sustenta la colección un prólogo de don Andrés González Blanco. De Santa Teresa se publica la glosa *Ya toda me entregué y dí;* los versos. *Si el amor que me tenéis* y la octava *Dichoso el corazón enamorado.* Si el señor González Blanco hubiera abundado en las congeturas del señor Fitzmaurice Kelly, no insertara, como lo hace.

De Don Francisco Rodríguez Zapata.

A DIOS

No hay más que Tú: la tierra, el firmamento,
el sol que en anchos mares reverbera,
son, como el hombre y la creación entera,
ráfagas fugitivas de tu aliento.
De la nada se alzaron a tu acento
mil mundos, publicando en su carrera
que otros mil y otros mil formar pudiera
una palabra tuya, un pensamiento.
Doquier contemplo tu insondable ciencia,
velada en majestad y en amor puro,
dando esperanzas al mortal proscrito,
y me pasma que abrace tu existencia
lo que fué, lo presente, lo futuro,
y aún más allá... lo eterno, lo infinito.

el célebre soneto en litigio, en concepto de anónimo.

El autor de *El soneto en España*, no obstante la autoridad literaria del P. Jiménez Campaña y del señor González Blanco, sigue creyendo que Santa Teresa no escribió endecasílabos. «Quédese para Santa Teresa la sencillez de la rima no enmendada, la ingenuidad del pensamiento no retorcido», dice el poeta escolapio, y con amor quedan suscritos esos conceptos.

Ha discernido mal, en nuestra modesta opinión, en la ocasión presente, el ilustre hispanófilo, historiador de nuestra literatura, tantas veces nombrado, al atribuir el famoso soneto a Santa Teresa. Nosotros insistimos, fundados en los razonamientos expuestos, en la paternidad del soneto, obra incues-

De Don Antonio Alcalde Valladares.

(Publicado en el Mundo Ilustrado).

En raudo remolino turbulento
vuela el polvo cual nube sofocante,
y el sol candente con su luz vibrante
quema los prados y enrarece el viento.
Corre el arroyo desangrado y lento,
la tempestad rebrama amenazante,
las flores secas y su aroma errante
vuelan del aire al abrasado aliento.
La noche lleva entre sus sombras fuego,
pero viene la lluvia del rocío
e infiltra en ella celestial sosiego;
mas yo que hay tiempo que perdí la calma,
nunca hallaré la lluvia del estío
que apague el fuego que me abrasa el alma.

tionable, en nuestro juicio, de Fray Pedro de los Reyes, religioso descalzo del Convento de Gilitos, de Paracuellos de Jarama. Aunque Lópe de Vega prodigó los elogios en su *Laurel de Apolo*, superabundantemente, grandes debieron ser los méritos del fraile poeta para que el *Fénix de los ingenios* le dedicara en la obra citada, silva séptima, los siguientes elogios:

«Vestido el cielo de virtudes santas,
que nunca fueron sus estrellas tantas,
aunque descansó al suelo,
Fray Pedro de los Reyes
Apolo de sayal, musas del cielo,
que con humildes leyes
y amorosos preceptos
dulces escribes al amor conceptos.
Amado padre mío,
corona ilustre de tu patrio río

Del Conde de Cheste (Don Juan de la Pezuela).

A la serenísima señora princesa doña María Isabel Luisa, dedicándola este torneo. (28)

Cuando el noble, vestido de diamante,
fiestas hallaba en las sangrientas lides,
al pié de los iberos adalides
rendía el moro su cándido turbante.
Burlaba entonces Isabel triunfante
del francés altanero los ardides,
y rompiendo los términos de Alcides,
traspasaba Colón el mar de Atlante.
Sean, pues, estas fiestas recordadas
nuncio feliz a la española historia,
y renueven las palmas ya olvidadas,
cual renuevan Fernando de alta gloria
y la nueva Isabel, hoy coronada,
de los otros antiguos la memoria.

el célebre Jarama;
amor fué tu laurel, gloria tu fama,
y tu sandalia nube
que en pedazos del cielo al sol te sube,
y con tanto decoro,
que con reliquias de la tela de oro
de tu sayal, más rico que su esfera,
lo puedes remendar si se rompiera.
¡Oh, que bien que escribías
aquellos tiernos, penitentes días
en tu sagrado canto!
«Loco debo de ser, pues no soy santo».

Volvamos a Góngora. Desvirtuada ha sido también aquella hipótesis que atribuía a Góngora la pretensión de ser el Séneca o el Juan de Mena (ambos sus paisanos) de su tiempo. Mal podía haber sido esto—dice con razón el señor Castro—cuando la lírica de los latinizantes de Mena y su tiempo había

De Don Serafín Estébanez Calderón. (El Solitario.) (29)

Caco, cuco, faquín, bibliopirata,
tenaza de los libros, chuzo, púa;
de papeles, aparte lo ganzúa,
hurón, carcoma, polilleja, rata.
Uñilargo, garduño, garrapata;
para sacar los libros cabría, grúa,
Argel de biblotecas, gran falúa
armada en corso, haciendo cala y cata.
Empapas un archivo en la bragueta,
un Simancas te cabe en el bolsillo,
te pones por corbata una maleta.
Juegas del dos, del cinco, y por tresillo,
y al fin te beberás como una sopa,
llenas de libros, Africa y Europa.

sido cortada por Garcilaso, siendo por esto que lo modelos de Góngora no deben buscarse desde Garcilaso hasta don Juan II, sino desde Garcilaso a Góngora.

En la misma calle en que había nacido el poeta Marcial vino al mundo Góngora, en Córdoba, el día 11 de Julio de 1561. Su afición a las bellas letras se sobrepuso en él a todo otro estudio, y en Salamanca, a donde fué a la edad de quince años para cursar ambos Derechos, dió excelentes pruebas de su devoción a las musas con excelentes composiciones que son joyas del Parnaso español. De este tiempo son todas sus poesías amatorias y burlescas. Ordenado sacerdote, a los cuarenta y cinco años, obtuvo una ración en la Santa Iglesia Catedral de Córdoba,

De Núñez de Arce.

A Voltaire.

Eres ariete formidable: nada
resiste a tu satánica ironía.
A través del sepulcro todavía
resuena tu estridente carcajada.
Cayó bajo tu sátira acerada
cuanto la humana estupidez creía,
y hoy la razón no más sirve de guía
a la prole de Adán regenerada.
Ya sólo influye en su inmortal destino
la libre religión de las ideas;
ya la fe miserable a tierra vino,
ya el Cristo se desploma; ya las teas
alumbran los misterios del camino;
ya venciste, Voltaire. ¡Maldito seas!

y con la protección del duque de Lerma y de otros personajes, vino poco tiempo después a la Corte en donde consiguió la plaza de capellán de honor de Felipe III. Nuestro poeta murió en Córdoba en 1626.

Es, pues, indudable, que Góngora aspiró a crear un lenguaje poético, sonoro y deslumbrante, a imitación de Herrera. Pero de menos talento que el «Aguila hispalense», sin aquel buen gusto literario que caracterizaba a Herrera, cayó en un abismo de extravagancias y fué el primer corruptor del tesoro que se proponía mejorar y enaltecer. Pero con respecto a Góngora se ha exagerado mucho al analizar y juzgar sus virtudes y sus deméritos. Quintana y el engorroso preceptista Hermosilla hacen del poeta cordobés un tan severo análisis, que casi solo a de-

De Bernardo López García.

La fe.

Yo soy amor y del amor camino;
soy blanca nave del sagrado puerto;
por mí postrado en el peñón desierto
canta el asceta su triunfal destino.
Soy consuelo del triste peregrino
que cruza el mundo de pesares yerto;
soy árbol santo del eterno huerto;
rosa bendita del rosal divino.
Sin mí la pena se desgarra y llora;
sin mí el dolor sus amarguras vierte;
sin mí el sepulcro con furor devora.
Aspirando mi luz, el alma es fuerte;
la pena se hace amor; la noche aurora;
la tumba claridad; faro la muerte.

testarle se aprende en ambos autores. El historiador Alcántara y García, en cambio, aun juzgándole con severidad en lo que respecta a la perversión del gusto, le halla grande y sublime. «Su ingenio era tan grande—dice—que aun cuando marcha por ese camino, tiene como ninguno rasgos sublimes y pasajes matizados de bellezas y del más brillante colorido poético».

Pero hay que colocarse en un justo medio y considerar en Góngora dos épocas: (*Angel de luz, ángel de tinieblas*—Francisco Cascales—*Cartas philológicas*, citadas por Fitzmaurice Kelly). En la primera época aparece como un inspirado y correcto poeta, continuador de las buenas tradiciones castellanas; en la segunda, como un hinchado y extravagante co-

De Don Antonio Aparisi y Guijarro.

A la Virgen del Carmen.

Brota azucenas el gentil Carmelo,
Virgen hermosa, en tu adorable día,
y de angélicas arpas la armonía
resuena en los alcázares del cielo.
¿Cuándo será, que deje el triste suelo
un infeliz que en la piedad confía?
Madre del santo amor... el alma mía
suspira día y noche sin consuelo.
¡Ay! de mis ojos el ardiente lloro,
del corazón cuitado la amargura,
a tí te ofrezco yo, dulce abogada;
en este valle de dolor te imploro;
Señora, si eres madre de dulzura,
convierte a mí tu celestial m rada.

rruptor que hace gala de los mayores despropósitos y desatinos.

No estará de más repetir que Góngora procedió en sus extravagancias inspirado por una buena idea. «Parece que se dejó seducir por el libro de *La Erudición Poética*, alegato en favor de un estilo que se dirigiera únicamente a lectores instruídos. (F. K.»). Su desatinado admirador y discípulo, el P. Paravicini, le tributó el siguiente elogio que resulta, bien considerado, de la más punzante ironía:

«Hijo de Córdoba grande,
padre mayor de las musas.
por quien las voces de España
se ven de bárbaras cultas.»

De la primera época de Góngora, su estancia en

De Espronceda.

A la muerte de Torrijos y sus compañeros. (30)

Hélos allí: junto a la mar bravía
cadáveres están ¡ay! los que fueron
honra del libre y con su muerte dieron
almas al cielo, a España nombradía.
Ansia de patria y libertad enchía
sus nobles pechos que jamás temieron,
y las costas de Málaga los vieron
cual sol de gloria en desdichado día.
Españoles, llorad: mas vuestro llanto
lágrimas de dolor y sangre sean;
sangre que ahogue a siervos y opresores.
Y los viles tiranos con espanto
siempre delante amenazando vean
alzarse sus espectros vengadores.

Córdoba y en Salamanca, son sus hermosos romances, en los que ha merecido justamente el nombre de rey, y sus excelentes sonetos.

Entre sus discípulos se distinguieron don Juan de Tarsis, conde de Villamediana, Francisco de Trillo y Figueroa, Baltasar Gracián y el P. Felix Hortensio Paravicini, corruptor del idioma en sus poesías y en sus sermones. El conde de Villamediana ha dejado un nombre auroleado de notoriedad, por su espíritu mordaz y por sus «amores reales», que le valieron trágico fin. Su pasión por la gentil reina doña Isabel de Borbón, le ocasionó la violenta y alevosa muerte que mano mercenaria le dió el 21 de Agosto de 1622, al apearse del coche en que iba con don Luis de Haro. Famoso es aquel rasgo de audacia de Villamediana cuando se presentó en unas fiestas con el

De Don Gabino Tejedo.

¡Rayo del alto Juez! ¿Por qué en el seno
de la nube encerrado, vengadora,
tardas en descender, si a cada hora
te anuncia al mundo amenazante el trueno?
El vaso, por ventura ¿no está lleno
Señor, de la justicia aterradora?
¿La iniquidad que en las entrañas mora
del hombre guardar puede más veneno
Si está escrito, Señor, que al fin perezca
no más con sus blasfemos desvaríos
permitas que te insulte y que padezca
esta infeliz generación de impíos,
y pues en tí es piedad que más no crezca;
¡desciende, ira de Dios, desciende a ríos!

vestido bordado de reales de plata, y esta divisa; «Mis amores son reales». El soneto que se publica en esta colección escribióse indudablemente con el pensamiento puesto en la gentil soberana, dueña de los pensamientos del poeta. El don Francisco de Trillo y Figueroa nombrado, era natural de la Coruña. Se dedicó a las armas, pasando a Italia y algunos años después se estableció en Granada, en donde se dedicó de lleno al cultivo de la historia y de la poesía. Por Octubre de 1660, vivía aún Trillo y Figueroa, según se colige de una de sus composiciones. Según don Adolfo de Castro, fué hombre de gran erudición y no inferior ingenio.

Los mantenedores del mal gusto en que gradualmente iba degenerando la poesía, pueden ser dividi-

De don Fernando de la Vera e Isla.

Los dos luceros.

De su lecho de nacar pura y bella
se asoma al cielo la indecisa aurora,
y del alba el lucero la enamora
con dulce brillo al despedirse de ella.
Pronto a esa tinta suave la atropella
el sol con llama altiva y quemadora;
mas también cuando se hunde y descolora,
va tras él consolándole una estrella.
¡Dichoso aquél que cuando ya del monte
huye aprisa la luz y apenas arde,
para que el ceño de la sombra afronte,
con mirada ni turbia ni cobarde
vuelve a hallar sobre el pálido horizonte
brillos en el lucero de la tarde.

dos en tres grupos: culteranos o gongoristas; conceptistas y prosaístas. Las exageraciones de las escuelas Clásica y Sevillana, engendraron las sectas de los gongoristas y los conceptistas. La de los prosaístas se formó del afán de combatir a las dos primeras. ¿Qué es el conceptismo? «La exageración y el artificio, la agudeza, el retruécano y el equívoco, envolviendo veladísimas y desatinadas alegorías». (Alcántara y García, *Historia de la Literatura Española)*. Aunque no su fundador (¿Alonso de Ledesma?), Quevedo sobresale entre los conceptistas.

Nació en Septiembre de 1580. Por su carácter, por su mordacidad, tuvo una vida agitada. El destino fué con él implacable, y la adversidad fué gran parte al reposo de su genio y a las manifestaciones sosegadas, metafísicas y filosóficas, de su espíritu.

De Don Vicente García de la Huerta. (31)

Arde mi corazón, y su violento
incendio por las venas se derrama,
siendo pábulo noble de esta llama
amor que en mis entrañas alimento.
Ardiente exhalación es cada aliento,
que el aire vago a su contacto inflama,
si es que más propiamente no se llama
bostezo del volcán de mi tormento.
Este es, Lisi, mi amor voraz y activo,
a quien es imposible hallar segundo;
milagro que obró en mi naturaleza.
Superior al amor más excesivo,
mayor que cuanto en sí comprende el mundo,
solo, Lisi, inferior a tu belleza

Conocidísimo es aquel lance en que, por defender caballerosamente a una dama, hirió Quevedo a cierto sujeto, en la iglesia de San Martín, de esta corte, concitándose la animadversión de los parientes de la víctima y viéndose forzado a huir de Madrid. Poco tiempo después era secretario de Hacienda en Nápoles, bajo el vireinado del duque de Osuna. Envuelto en la caída de éste y desterrado a la Torre de Juan Abad, volvió después a gozar del favor de la fortuna, ocupando importantes cargos en la corte. Desterrado nuevamente en 1630, a causa de oponerse, dice un historiador, a la proclamación de Santa Teresa como copatrona de España con Santiago, rehusó la embajada de Génova que le ofreció el Conde-Duque. Sospechoso de ser autor de unos versos

De Martínez de la Rosa. (32)

(La victoria de Salamanca).

Libre quiso correr el turbio Sena;
y apenas lo pregona envanecido,
con propia sangre mírase teñido
y arrastrando más bárbara cadena.
Furioso rompe el cauce que lo enfrena,
hierve, y se ensancha, y tala embravecido,
y el continente cubre, y su bramido
de escándalo y terror al orbe llena.
Ufano ya con tanta inmensa gloria,
disputa al mar el sumo poderío,
y señor se proclama de la tierra;
mientras, burlando al insolente río,
corre el Tórmes cantando su victoria,
y dando al mundo la señal de guerra.

hallados por el rey en un plato, cuando se sentaba a la mesa, fué encarcelado en el convento real de San Marcos de León, durando su prision cuatro años. Al eclipsarse la privanza de Olivares, en 1643, salió Quevedo del encierro; pero asaz maltrecho de salud.

Tenía una vasta cultura. Poseía el latín, el griego, el árabe, el hebreo, el francés y el italiano. El Padre Mariana, en sus delicadas tareas literarias, confiábale el examen y la corrección de los textos hebreos. Fué poeta satírico y epigramático. como se ha indicado; pero también resplandece como humanista y teólogo insigne. Don Aureliano Fernández Guerra, le llama el «Job de los poetas españoles». La muerte de Quevedo fué ejemplo de fe y piedad cristianas.

De Don Antonio Alcalá Galiano.

(Publicado en el Semanario Pinturesco, *año 1851).*

En el salón dorado resplandece
en tiesto lindo de soberbia china,
rica en gala y olor, flor peregrina
que al pasmo universal su dueño ofrece.
Y allá distante pobrecilla crece
en el prado que el sol claro ilumina,
entre la hierba inculta y tosca espina,
bella aunque humilde flor que el aire mece.
Laura, del sol regio que admiramos
en hora buena gocen los primores,
pues suyos son sus opulentos amos.
Pero amemos al prado con sus flores,
si nuestro fué y entre ellas nos criamos,
gozando sus perfumes y colores.

Falleció el día 8 de Septiembre de 1645. En él se repitió un caso muy frecuente en literatura: batalló primero contra el mal gusto, y después incurrió en sus extravíos. Con Quevedo se pueden colocar Alonso Bonilla, el portugués Francisco Manuel de Melo, el canónigo Fúster y el doctor Juan Salinas.

Para combatir a estos «energúmenos» (así los calificaba Quintana), salieron a la palestra los amantes de la antigua escuela, y de la lucha entablada entre unos y otros, nació el «prosaísmo», en el que incurrieron los discípulos de Lope de Vega al querer exagerar los preceptos del maestro. Pero ninguno de ellos legó un nombre famoso a la posteridad.

Francisco de Rioja, el feliz continuador de la obra de Herrera, es el más soberbio mentís a quienes han

De Don Pedro A. de Alarcón. (33)

(Un morisco de ahora).

Insomne y soñoliento; con bufanda
(recuerdo del turbante) en el estío;
ajeno su magnánimo desvío
del siglo a la ruidosa propaganda;
adversario pasivo del que manda,
y absoluto señor de su albedrío;
sultán, en fin, sin éxtasis ni hastío,
de las mozuelas, con que a vueltas anda..,
Tal, en Madrid, el último almohade
pasa por el rosario de la vida
horas indiferentes grano a grano...
¿Qué quiere? Nada quiere. Sólo añade
tinieblas a una crónica perdida,
oculto bajo un nombre castellano.

asegurado que después de éste no hubo grandes poetas en España. Nació en Sevilla, créese que a fines del siglo XVI. Fué canónigo de la Catedral hispalense. El Conde-Duque le dió en la corte el cargo de abogado consultor de Felipe IV. Cuando el de Olivares perdió la privanza, acompañó a su protector en el destierro. Muerto Olivares, desengañado del mundo, retiróse nuevamente a Sevilla, hasta que aquel Cabildo Eclesiástico le nombró su agente en la corte. En Sevilla desempeñó el cargo de inquisidor. Fúndase la presunción de la época de su nacimiento en el hecho de que en 1617 escribió un prólogo a las poesías de Herrera. Murió en Madrid en 1659.

«Su estilo es siempre culto, sin afectación—escribía Quintana de Rioja,—elegante sin nimiedad, sin

De Bretón de los Herreros. (34)

La boca de Lisaura.

No hay pastor que no alabe la hermosura.
dulce Lisaura, de tu boca breve,
que en ella pone amor el arco aleve
do el tiro de sus flechas asegura.
Quién compara su aliento al alba pura,
quién sus dientes al ampo de la nieve,
quién a la copa que ministro Hebe
de su blando reir la donosura.
¡Ay, simplecillos! Su mayor encanto
que a delicias sin fin plácido guía,
Cupido os cubre con espeso manto.
Yo lo callo y lo sé; que desde el día
en que apacible serenó mi llanto,
candado fué su boca de la mía.

hinchazón, grandioso y adornado, y rico sin ostentación ni aparato. Rioja aventajó a su maestro Herrera en los sonetos; pero la gloria de ambos parece ir paralela. Así lo ha dado a entender un escritor, al decir que «ambos fueron los padres de aquel hermoso lenguaje por que tanto se distinguieron los poetas andaluces.»

Don Marcelino Menéndez Pelayo discute la paternidad de la *Epístola Moral a Favio*, optando por achacársela a Andrés Fernández de Andrada, o declararla, en último término, anónima. Tampoco es de Rioja, sino de Rodrigo Caro, la canción *A las ruinas de Itálica*. Quedan, como obra incuestionable de Rioja, sus hermosos sonetos y sus bellísimas silvas *A las flores*.

De Ventura de la Vega. (35)

El nombre de Laura.

Ese tronco que Abril de pompa viste
donde grabas tu nombre idolatrado,
Laura, veráslo pronto deshojado,
que a la injuria del tiempo no resiste.
Vendrá Diciembre con su bruma triste,
y cubrirá de escarcha el tronco helado,
soplará el aquilón, y desgajado
lo arrastrará, si con furor lo embiste.
Templo más digno que tu nombre lleve,
donde no hay cierzo que lo abata impío,
ni invierno que lo cubra con su nieve,
mi corazón será que te ame ciego,
Laura, los ojos vuelve; aquí en el mío
grabólo Amor con su buril de fuego.

Entre los poetas que siguieron las nobles huellas de Rioja, distínguese, singularmente, el docto Mecenas don Juan de Arguijo, irreprochable sonetista. Fué tan buen músico como poeta. Nació a mediados del siglo XVI, en Sevilla. Fué veinticuatro de aquella ciudad y se le nombró procurador en Cortes, convocadas por Felipe III en 1598. Don Adolfo de Castro pone sobre su cabeza a este gran componedor de sonetos, «en los cuales aventaja—dice—a los de Lope, los de Quevedo y a los de los Argensola». Una grandilocuencia notabilísima, unos pensamientos vigorosos y una moralidad filosófica son los caracteres de los sonetos de Arguijo. Efectivamente, sesenta sonetos nos han quedado entre las pocas obras del Mecenas hispalense, y de ellos no hay uno que pueda calificarse de mediano.

De Zorrilla.

Con el hirviente resoplido moja
el ronco toro la tostada arena,
la vista en el jinete, alta y serena,
ancho espacio buscando al asta roja.
Su arranque audaz a recibir se arroja,
pálida de valor, la faz morena,
e hincha en la frente la robusta vena,
el picador, a quien el tiempo enoja.
Duda la fiera; el español la llama:
sacude el toro la enastada frente,
la tierra escarba, sopla y desparrama;
le obliga el hombre; parte de repente,
y herido en la cerviz húyele y brama,
y en grito universal rompe la gente.

Con Arguijo se cuenta el P. Pedro de Quirós, afiliado a la escuela de Rioja. Entre sus mejores poesías figura el soneto *A Itálica*, que en este libro se publica.

Lope de Vega puede ser incluído asimismo entre los líricos que protestan contra la corrupción del buen gusto. Sus discípulos exageraron sus preceptos, incurriendo en el «prosaísmo». «Portento del orbe—llámale el doctor Juan Pérez de Montalbán, en su *Fama Póstuma*—gloria de la nación, lustre de la patria, oráculo de la lengua, centro de la fama, asunpo de la envidia, cuidado de la fortuna, fénix de los siglos, príncipe de los versos, Orfeo de las ciencias, Apolo de las musas, Horacio de los poetas, Virgilio de los épicos. Homero de los heróicos, Píndaro de los líricos, Sófocles de los trágicos y

De Don Miguel de los Santos Alvarez.

¡Adiós, dulce ilusión, rica en colores!
¡Adiós. sueños hermosos de mi vida!
¡Adiós por siempre! Y vayan de partida
con vosotros mi bien y mis amores.
Deja tal vez el céfiro a las flores
un suspiro por tierna despedida,
cuando pasando la estación florida
lleva al cielo sus últimos olores.
El céfiro suave de esperanza
que dió a mi corazón vida y frescura
ay de mí! Ya pasó... ¡Triste mudanza!
¡Qué solo me dejó de su dulzura
este que triste y amoroso lanza
mi corazón, suspiro de ternura!

Terencio de los cómicos; único entre los mayores, mayor entre los grandes y grande a todas luces y en todas materias». Nació en Madrid, el 25 de Noviembre de 1562. Fué llamado «Fénix de los ingenios» y «Monstruo de la Naturaleza» por la fecundidad y la exquisitez de su númen. Cultivó todos los géneros literarios, desde el romance hasta la epopeya. Se calcula que escribió ¡veintiun millones! de versos! El mismo Pérez Montalbán asegura que Lope se hizo sacerdote, amargado por los desengaños del mundo. También nos dice que murió de hipocondria, género de muerte que sólo puede causar asombro en quien fué festejo constante de las musas y regocijo del arte, y teniendo también en cuenta que «fué—sigue diciendo Montalbán—el más favorecido

De Arolas.

(El clavel).

¡Rojo clavel, embalsamado emblema
«de un amor puro y vivo que se afana»,
hijo del fresco albor de la mañana,
y que debes servirle de diadema!
¿Quién dirá tu primor y gracia extrema?
Si Murillo copió labios de grana,
te la robó el pintor con gloria ufana:
te debe su alabanza, que es suprema.
Mas yo ¿qué te diré? Mi amor terreno
mordió mi corazón con sorda lima,
y dejóme en el alma su veneno.
Cuando tu esencia des al alto clima,
envuelve mi suspiro con tu aroma,
y cumplido tu fin, mustio desploma.

y festejado de todo género de personas que nació en el mundo. Porque no hubo legado de Su Santidad, príncipe de Italia, cardenal de Roma, grande de España, nuncio del Pontífice, embajador de Reino, título de Castilla, gobernador, obispo, dignidad, religioso, caballero, ministro ni hombre de letras que no le buscase y le diese su lado y mesa en reconocimiento previsor de tan altas prendas».

También nos habla Montalbán de la fecundidad de Lope, diciendo que «escribió él solo más en número y calidad, que todos los poetas antiguos y modernos.» En esa labor abrumadora se cuentan ¡setecientos sonetos!

Muy digno es asimismo de mención entre los poetas fieles a las tradiciones del buen gusto, Baltasar

De Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.

(Al partir).

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
la noche cubre con su opaco velo,
como cubre el dolor mi triste frente.
¡Voy a partir!... La chusma diligente
para arrancarme del nativo suelo
las velas iza, y pronto a su desvelo
la brisa acude de tu zona ardiente.
¡Adiós, patria feliz, edén querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela,
tu dulce nombre halagará mi oido!
¡Adiós!... Ya cruge la turgente vela...
el ancla se alza... el buque estremecido
las olas corta y silencioso vuela!

del Alcázar. Nació en Sevilia en 1530. Dedicóse a la carrera de las armas, militando en las naves del marqués de Santa Cruz. Residió algún tiempo en Ronda y en Jaén.

«En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa».

Es esa, *La Cena*, su más famosa obra. Fué gran músico. Murió el 16 de Enero de 1606.

De Don Julián Romea.

Roto está el lazo, y para siempre roto,
que tú apretaste con amante orgullo;
de la esperanza se agostó el capullo;
tu fácil corazón rompió su voto.
La torpe adulación, recio alboroto
en tu alma levantó con su murmullo;
sigue adormida a su falaz arrullo,
y no hallarás a tus desmanes coto.
Adiós, por siempre adiós, de mis amores
adorada ilusión, estrella mía,
ella te derribó con sus rigores.
¡Pobre mujer! No envidio su alma fría;
ni toda mi amargura y mis dolores
por su imprudente calma trocaría.

VI

Cervantes, poeta.—Quintana, desorientado e injusto.—Los sonetos picarescos de Cervantes.—La gloria principal de sus escritos.—Otros detractores de su fama poética.—Vindicadores de esa fama.—Don Adolfo de Castro.—Rodríguez Marín.—Don Eugenio Silvela.—Navarro Ledesma.—Poetas posteriores a Cervantes.—Calderón de la Barca.—Felipe IV.—El Infante don Carlos.—Poetas de segundo orden.—Los ingenios femeninos.

CERVANTES, el manco inmortal; el felicísimo autor del *Quijote;* el que habla en todos los idiomas cultos, y expande el genio inmortal de la raza del uno al otro confín de la tierra; el zarandeado, vituperado y escarnecido por tantos menguados como le han salido al paso para adivinarle los más recónditos pensamientos, y por esos otros que han querido degradarle con el sambenito de la invención del «culteranismo»; el Cervantes, llano, fácil, sonoro, adivinador de esa «difícil facilidad», cuyo secreto se llevó a la tumba, fué también poeta y de los poetas más excelentes.

Quintana, que tan concienzudo y atinado se muestra en la generalidad de sus juicios, no anda acertado

al ocuparse de las dotes poéticas de Cervantes. «La canción de Grisóstomo en el *Quijote*—dice—donde hay bastante imaginación y calor, alguna otra composición corta en *La Galatea*, y el famoso soneto *Voto a Dios*, no serían tampoco muestras infelices de talento poético si fueran solas y no tuvieran tantas compañeras, que por cualquier parte que se las mire son enteramente insufribles». Pero don Adolfo de Castro, en las *Particularidades sobre la Poesía española*, concediendo a este asunto la atención y la importancia merecidas, y con arrogancia y brío que entusiasman y enamoran, lanza un soberbio mentís a quienes han negado las cualidades poéticas de Cervantes, trasladando, en corroboración de su aserto, estrofas hermosísimas y bellísimos roman-

De Doña Carolina Coronado.

(A una gota de rocío).

Lágrima viva de la fresca aurora,
a quien la mustia flor la vida debe,
y el prado ansioso entre el follaje embebe;
gota que el sol con sus reflejos dora;
que en la tez de las flores seductora
mecida por el céfiro més leve,
mezclas de grana tu color de nieve
y de nieve su grana encantadora;
ven a mezclarte con mi triste lloro,
y a consumirte en mi mejilla ardiente;
que acaso correrán más dulcemente
las lágrimas amargas que devoro.
Mas ¿qué fuera una gota de rocío
perdida entre el raudal del llanto mío?

ces de las comedias del sublime prosista y poeta.

Pero, ¿se quiere más elocuente demostración de las innegables dotes poéticas de Cervantes que sus bellísimos sonetos? Todos ellos son una maravilla. Todos pregonan el pensamiento sin par que los engendró y aquella mano heróica que supo trazarlos, El dedicado *A las honras de Felipe II en Sevilla*, como el descubierto por el doctísimo director de la Biblioteca Nacional, señor Rodríguez Marín, titulado *Otro en respuesta*, hermanos ambos del que en este libro se publica, pueden calificarse de piezas lapidarias. Sábese de otro soneto, continuación del *Voto a Dios*, también atribuído a Cervantes, muy fundadamente por cierto, por su pensamiento, ingenio y factura, cuyos cuartetos dicen así:

De Don Eduardo Gasset.

A Fernando de Herrera.

Cercado de la noche silenciosa,
sin percibir el temoroso oído
más que del corazón ténue latido,
que marca la existencia presurosa;
en el feliz momento en que afanosa
busca la mente el estro concedido
sólo a los corazones que han nacido
dotados de esa luz maravillosa:
no ambiciono de Creso las riquezas,
ni de Alejandro la guerrera fama,
ni del amor las plácidas ternezas;
solo noble ambición mi pecho inflama
al admirar, Herrera, las bellezas
que en cada verso tu saber derrama.

«Esa grandeza que mirando estaba
¿No es maravilla octava en la grandeza?
Bien lo entiende voacé: la menor pieza
es de la tierra maravilla octava.
Quien la grandeza de esta fiesta alaba
¿con qué podrá alabar tanta riqueza?
Con decir que la fiesta que hoy empieza
es do la fiesta más solemne acaba».

¡Qué razón tiene el señor Rodríguez Marín al proclamar que Cervantes logró, por arte de magia, encerrar al «matasiete» andaluz en un soneto, adelantándose a la invención del fonógrafo, para que al cabo de tantos años fuera aquél oído! ¡Qué bien conocía ese tipo de bravucón el autor del *Quijote!* ¡Cuán de utilidad fué para el arte la estancia de Cervantes en Sevilla, y la afición de su regocijado es-

De Don Emilio Ferrari.

A Napoleón.

Sombra orgullosa en el tumulto aislada,
lejos del mundo que delinque o yerra,
fué tu figura impávida que aterra,
para el marmóreo pedestal formada.
Ni aborreciste ni adoraste nada;
tu mano, ansiosa de abarcar la tierra,
no acarició sino el corcel de guerra,
no estrechó sino el puño de la espada.
Angel o monstruo, cíclope o enano,
aflíjanos tu suerte o nos asombre,
no estabas hecho en nuestro molde humano.
Tu única religión fué tu renombre,
y héroe, caudillo, emperador, tirano,
tan solo ¡Oh, César! te faltó ser hombre.

píritu al examen y al estudio de las costumbres andaluzas! ¿Por qué no considerar en Cervantes un temperamento propincuo a la expansión y al regodeo del ambiente andaluz? Por qué ese plañir de sus exégetas, comentadores, traductores del genio, adivinadores del pensamiento, cuando le estudian en Sevilla, vagando de la ceca a la meca, oxigenándose en aquel aire de picardía que dejó huella inmortal en esos sonetos, que bastarían por sí solos para justificar todo el esfuerzo de Garcilaso y Boscán, por dar carta de naturaleza al endecasílabo en España? Vagaba sin ventura, pero vagaba con el alma llena de optimismo.

Valía más para él un día de sol andaluz, que todas las comodidades en el yermo de Esquivias, junto

Del Marqués de Molins. (36)

A una señora que me regaló una pluma de oro.

No se remonta el águila altanera,
señora, hasta el etéreo firmamento
con plumas de oro: en la región del viento
lastre fatal su pesadumbre fuera.
El metal, que a tu rubia cabellera
envidioso prestara su ornamento,
mal de mi acalorado pensamiento
podrá seguir la rápida carrera.
Así, pues, a quien busca en agria espuma
o en las ondas cavernas su renombre,
con codicioso afán, dale esa pluma:
Dame a mí una sin gavilanes de oro,
mas con hechizo tal, que al ver tu nombre.
escriba por sí misma «Yo te adoro»

a la recia austeridad de doña Catalina Palacios.

Se ha querido hacer de Cervantes un hombre fuera del común de los mortales, con la sana intención de exaltarle, de enaltecerle, sin caerse en la cuenta de que tanto más resaltará la nobleza de sus obras y la enjundia de su genio, cuanto más se le considere a lo humano, no a lo divino, por que para esto ya estaría en los altares. Cervantes gustaba, no hay duda, del ambiente, del aire, de la picardía sevillana, por que de niño había atisbado en esos encantos, y por que su espíritu estaba saturado de la hermosura y la exuberancia y la prodigalidad de las tierras italianas, tan parecidas a las andaluzas, de donde nos vino el endecasílabo, de donde nos vino el soneto, y el *alma máter* de la raza española, que

De Don José de Selgas. (37)

El amor y el olvido.

Hija querida de la dulce aurora,
pura como sus tímidos fulgores,
entre infinitas y galanas flores,
una más bella acariciaba Flora.
Alzábase la flor encantadora,
y creciencio en bellísimos colores,
mostraba su ternura a los favores
del solícito afán de su señora.
Flora halló una mañana carcomido
el hermoso botón, y en él escrita
la huella de un gusano maldecido.
«Tú eres la rosa del amor bendita,
y ese gusano ruín es el olvido,»
dijo, y lloró sobre la flor marchita.

a tan soberbia altura habían de poner con sus proezas guerreras y mentales los vates soldados del Siglo de Oro.

Se han negado condiciones de poeta a Cervantes, sin duda por que los superficiales, los que no se han tomado el trabajo de estudiar al genial poeta, solo se han fijado en aquellos versos que se contienen en el capítulo primero del *Viaje al Parnaso*, y que dicen:

«Yo, que siempre me ufano y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo»...

Dejando a un lado la ironía que destilan esos versos, la amarga ironía, hija de la postergación y el abandono en que los hombres desconocedores de

De Don Antonio Ros de Olano (38)

Napoleón.

Silencio impuso, y le escuchó la Europa;
habló, y su voz fué estruendo de cañones;
marchó, y de sus infantes y bridones
cubrió la tierra innumerable tropa.
Lánzase, nuevo Atila, que galopa,
sobre cetros y ruinas de naciones,
y es su lecho, en mitad de sus legiones,
la púrpura imperial con que se arropa.
Su madre fué la expiación: su cuna
la mecieron humanas tempestades:
la gloria amó; casó con la fortuna:
No tuvo origen ni dejó heredero...
Vino al mundo a marcarle dos edades...
¡Su nombre pertenece al mundo entero!

las glorias de la patria tuvieron a Cervantes, han debido apurarse en la citada obra cervantina todas las auto-alusiones que contiene; que donde está el veneno está la triaca, y bastante consolación habremos de sacar de la lectura de estos otros versos:

«Suele la indignación componer versos,
pero si el indignado es algún tonto
ellos tendrán su todo de perversos.
. . . . . .
Yo con estilo en parte razonable
he compuesto comedias, que en su tiempo
tuvieron de lo grave y de lo afable.
Desde mis tiernos años amé el arte
dulce de la agradable poesía
y en ella procuré siempre agradarte.
Nunca voló la pluma humilde mía

De Don Juan Eugenio de Hartzenbusch.

A Lope de Vega.

Unico en el ingenio y en la fama,
fecundidad pasmosa fué su dote.
Amó seglar y llora sacerdote
dos esposas, tres hijos, una dama.
Huella el Parnaso, y el hispano drama
se alza del suelo con pujante brote,
y el inmortal autor de *Don Quijote*
de nuestra escena rey a Lope aclama.
Su labio miel, su corazón ternura,
nadie juntó más cándidas y bellas
las gracias del amor y la hermosura.
Claro sol entre pálidas estrellas
que ofuscaba su luz inmensa y pura:
solo cuando él faltó brillaron ellas.

por la región satírica, bajeza
que a infames premios y desgracias guía.
Yo el soneto compuse que así empieza
por gloria principal de mis escritos:
Voto a Dios que me espanta esta grandeza.
. . . . . .

Yo en pensamientos castos y sotiles
dispuestos en soneto de a docena,
he honrado tres sujetos fregoniles.»
. . . . . .

Solemne mentís a los detractores, lanzado por la propia conciencia de un valer inmortal; por que quien así se ufana de sus composiciones poéticas, anteponiendo una de ellas, *por gloria principal de sus escritos*, persuasión tendría de sus aptitudes singulares. ¡Qué extraño que se hayan mirado con

De Don Federico Balart.

(Calvario).

Seis años há que arrastro mi cadena,
siempre a esta vida inútil amarrado;
grande ha de ser por fuerza mi pecado
cuando es tan dura y tan tenaz mi pena.
De congoja y terror el alma llena,
vivo en densa tiniebla sepultado,
comprendiendo lo grave de mi estado,
pero no la razón de mi condena.
Considera que es triste, sí, muy triste
vivir sufriendo un día y otro día
bajo esta horrenda carga que me diste.
Apiádete, Señor, la angustia mía;
que tú en la cruz seis horas estuviste,
y yo llevo seis años de agonía.

desdén las hermosísimas poesías de Cervantes, si hasta el *Quijote* inmortal fué casi menospreciado en España, hasta que los ingleses, en las primeras ediciones hechas en la patria de Shakespeare, pusieron en el cielo el grito de su entusiasmo!...

Existe otro hermoso alegato en pro de la fama poética de Cervantes, debido a la pluma de don Eugenio Silvela. Trátase de un opúsculo de 58 páginas, titulado *Cervantes poeta*. El señor Silvela (honroso apellido, vinculado en alteza de triunfos literarios) sigue las huellas de don Adolfo de Castro, vindicando la reputación de Cervantes contra Clemencín y otros mal aconsejados, que quisieron despojar al genio inmortal de la raza del dictado de poeta. En apoyo de su aserto, reproduce el señor Silvela muchas

De Don Antonio Arnao. (39)

(Las Marías).

Luce ya el sol vertiendo puro llanto.
Las piadosas mujeres que amor guía
van con aromas al tercero día
a ungir de Cristo el cuerpo sacrosanto.
Una y otra se dicen entre tanto:
«¿Quién nos removerá la losa fría?»
Y en esto, ¡oh, Dios! la tumba hallan vacía
y sentado en la piedra un ángel santo.
Blanca es su veste como nieve pura;
su rostro como el ampo centellea:
y exclama en dulce voz: «No más pavura.
¿Ver a Jesús vuestra piedad desea?
Resucitó: mirad su sepultura:
publicad que os precede en Galilea».

composiciones, elegidas de entre las poesías de Cervantes y aquel célebre soneto: *A la entrada del Duque de Medina en Cádiz*, del que tan prolijamente se ocupa también Navarro Ledesma en *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, con relación de los motivos infaustos para nuestra patria que movieron la pluma de Cervantes en la composición de esa ingeniosa sátira.

Singular parabien merece el señor Silvela por la intención que determina su folleto; por su acierto en la elección de las poesías del manco inmortal y porque su pluma se movió a impulsos de una causa justa, de una causa altamente literaria y española.

En cuanto a Navarro Ledesma, su pluma es un flagelo contra Quintana. Exáltase su mente hasta el

De Don Amador de los Ríos. (40)

(A los cuarenta y cinco años).

¡Dos tercios de la vida ya han pasado!
Y, ¿qué fué, en tanto, para mí la vida?
Toda ilusión miré desvanecida
y el corazón quedóme desgarrado.
Amor y gloria en mi soñar dorado
ambicioné con ansia desmedida:
falaz fué amor; la gloria apetecida
la sed no hastió del pecho acongojado.
Horas de insomnio y fatigoso anhelo
me trae la noche tarda y perezosa,
y horas de lucha y de dolor el día...
¿Qué espero ya, infeliz? Oscuro velo
roba la luz a mi alma generosa
e incierta vaga la existencia mía.

frenesí de la pasión cervantina, y pudiera decirse que, como el héroe legendario, arremete contra los molinos de viento, que troca en desaforados gigantes su quimera. No requeríase tanta exaltación para convencer a las gentes de la injusticia de Quintana, de la ligereza de sus juicios y de las innegables dotes poéticas de Cervantes, el primer romántico de la raza (Navarro Ledesma), y el primer poeta, por ende, de la raza, tanto en la prosa como en el verso.

No lo entiende así don Andrés González Blanco. Justificando la exclusión de Cervantes del volumen *Las mejores poesías de amor en lengua castellana*, de la colección *Páginas selectas de Literatura Castellana*, que justamente le había reprochado el maestro *Azorín*, alega que «Cervantes, medianísimo como

De Don Antonio Cánovas del Castillo.

(Publicado en el Semanario Pintoresco. *Año 1852)*.

Cándidas olas de la mar serena,
brisa eterna, y feliz huerta florida,
ciudad de antigua historia esclarecida
que aduerme el Turia en su sedienta arena;
con Dios quedad: en vuestra estancia amena,
que con reposo al parecer convida,
lejos de hallarle en mi revuelta vida,
por artes del amor hallé más pena.
Las olas y las brisas y las flores
y de la antigua gloria los destellos,
por breve instante diéronme alegría;
mas la luz de unos ojos seductores
hirió mi corazón; ojos de aquellos
que tu cielo y no más, Valencia, cria,

poeta, apesar de la defensa que en este aspecto quiso hacer de él un *dilettante* de las letras, don Eugenio Silvela, está caracterizado como novelista picaresco y como autor del libro inmortal «que ha hecho ver el ridículo de todos los demás», según Montesquieu».

Y como poeta también, y poeta de los mejores, señor González Blanco.

Ocioso fuera suponer que el colector de *Las mejores poesías de amor en lenguan castellana*, no haya leído la contundente defensa que de las dotes poéticas de Cervantes hizo don Adolfo de Castro antes que don Eugenio Silvela. El instinto crítico de don Adolfo de Castro, apoyado en una cultura sólida y en un conocimiento excepcional de la Literatura, hacen sus juicios axiomáticos. Nadie como él

De Don Manuel Revilla. (41)

(A Platón),

Esa idea, filósofo profundo,
que adivinó tu esclarecida mente,
es semilla de un árbol que en Oriente
ha de nacer para salud del mundo.
Mas no será tu genio sin segundo
quien tal empresa logre felizmente;
que nunca pudo el pensador potente
trocar en hecho su ideal fecundo.
La semilla sembró tu pensamiento;
mas para ser en árbol transformada
no bastará tu genio extraordinario;
si al calor de amoroso sentimiento
y por heroica sangre fecundada,
no brotara en la cumbre del calvario.

supo penetrar en la entraña del genio cervantino, apropiándose la esencia de esa prosa inimitable, con *El Buscapié*, que hizo pasar como del propio Cervantes, error que aceptó la crítica y en el cual se ufanó su autor, hasta que quiso sacar a la gente de su engaño. Sus juicios literarios son sencillamente admirables y sus obras perdurables y dignas de la estimación sincera de las almas cultas. Siendo esto que decimos exactísimo, ¿qué nuevos argumentos, no usados por ambos apologistas, habrían de emplearse para convencer al señor González Blanco de su injusticia y hacerle reconocer el error en que vive? ¿Serán estas cuestiones puramente metafísicas que se escapen a una orientación fija y determinada y puedan convertirse, como las reglas de la Ciencia,

De Don Manuel del Palacio.

(El néctar de los dioses).

Mezcla en un vaso de cristal de roca,
y a ser posible, de oro y pedrería,
tres dracmas de placer, dos de poesía
y cuatro o cinco de soberbia loca.
Del horno del amor, pónle a la boca
y cuando no haya hervido todavía,
añádele onza y media de alegría
y seis gotitas de café de «Moka».
Si advirtieras que forma mucha espuma,
en un trozo de blonda catalana
colarlo debes con presteza suma.
Déjalo reposar por la mañana
y removido bien con una pluma,
ya lo puedes tirar por la ventana.

en axiomas? Tenemos tres opiniones valiosas en pro de la reputación poética de Cervantes: mantiénenlas don Adolfo de Castro, don Francisco Navarro Ledesma y don Eugenio Silvela. ¿No son suficientemente claros y convincentes sus juicios? ¿Qué nuevos argumentos habrían de emplearse para conseguir en el ánimo del señor González Blanco la conquista que no obtuvieron aquellas autorizadísimas opiniones?

Por cualesquiera parte que se le considere, fué Cervantes un excelente poeta. No debe la gloria inconmensurable del *Quijote* velar los restantes merecimientos de su autor. Fijémonos solo en el aspecto de la cuestión que más debe interesarnos. ¿Fué Cervantes buen sonetista? Lo fué. ¿Cómo pudo, en-

De Don Manuel Reina.

La primera mañana de Mayo.

El sol radiante, como inmensa pira,
incendia el mundo en lumbres y colores,
y sobre campos de aromadas flores
rauda legión de mariposas gira.
Su regia pompa la arboleda mira
reflejarse en los lagos tembladores;
baña la esfera un hálito de amores,
y el mar parece regalada lira
Bajo cielos de azul, púrpura y oro,
aves, insectos, ondas centellantes,
alzan a Dios un cántico sonoro.
¡Y por los verdes bosques de laureles
pasan las nueve musas deslumbrantes
en sus alados nítidos corceles!

tonces, ser «medianísimo» poeta? ¿No estará influenciado el juicio del señor González Blanco por las denegaciones de Quintana y Clemencín? ¿Cómo se puede ser buen sonetista sin ser buen poeta? ¿Negará el señor González Blanco que fuera Cervantes buen sonetista? Seguros estamos que no. Entonces, ¿por qué emitir un juicio tan a la ligera? Si se negara la excelencia de los sonetos cervantinos, juzgaríase que habían sido leídos sin detenimiento. Y ahí están, para reclamar su valía, los sonetos picarescos de Cervantes, maestro en ese género y cuantos se publican en el *Quijote*, singularmente el que recita Lorenzo, el hijo del «Caballero del Verde Gabán», y los que se insertan en «Los trabajos de Persiles y Segismunda», y cuantos salieron, en conclusión, de

De Don Antonio. F. Grilo.

La Giralda. (42)

Si tus bronces anuncian la victoria,
parece que habla Dios al Orbe entero;
y estás como prodigio verdadero
por encima del mundo y de la historia.
Cuando en jornada alegre y transitoria,
entre tanto amarillo limonero,
se embelesa a tus plantas el viajero,
parece que se sueña con la gloria.
Giralda ¡Centinela de Sevilla!
¡Palmera en horizontes andaluces!
¿Quién ante tí no dobla la rodilla?
Si el cielo más azul te dió sus luces,
el arte su pomposa maravilla
y la fe sus campanas y sus cruces.

la áurea pluma de aquel hombre sin par, que a través de los siglos es llamado por las Corporaciones científicas y literarias «vate», es decir, adivino, como él mismo explicaba en los diálogos de *Don Quijote* y sus interlocutores: vate, poeta y adivino de ese conjunto de grandezas que por su nombre inunda a España, y se desborda y llena el mundo al conjuro de la inmortalidad de su genio.

Y no se crea que obedecen las precedentes líneas a románticos patriotismos. Obedecen a una persuasión sin sombra de lirismo alguno. Y como el movimiento se demuestra andando, aquí queda, en esta Antología, ese soneto lapidario de Cervantes, compañero del *Voto a Dios que me espanta esta grandeza* y de tantísimos otros, muestras geniales del ta-

De Don José Navarrete.

A Jesús en Gethsemani

Si Tú, Dios poderoso, acongojado,
a la humana flaqueza sucumbías,
y al Padre airado en tu oración pedías
que de tí fuese el cáliz traspasado;
si Tú, que por salvarnos del pecado,
en sublime holacausto te ofrecías,
vacilar el espíritu sentías,
en el humano ser aprisionado;
si un ángel, a prestarte en tu amargura
dulce consuelo, apetecible calma,
del cielo vino a tan suprema hora:
¿qué será de la débil criatura,
sí en los rudos combates de su alma,
no le tiendes tu mano bienhechora?

lento poético de Cervantes. Mientras el señor González Blanco no demuestre con pruebas el fundamento de sus juicios, seguiremos creyéndolos faltos de solidez, y entre él y Quintana, por un lado y por el otro don Adolfo de Castro, Navarro Ledesma y don Eugenio Silvela, nos atendremos al juicio de los últimos, por ser el que encaja en la firmísima convicción que tenemos formada de que Cervantes fué poeta y de los poetas más excelentes.

¿Para qué hacer la biografía de Cervantes? ¿Hay algún español que desconozca esa vida gloriosa? Si lo hay, para él no se ha escrito este libro.

Con Calderón, más dramático, sobre su precursor Lope de Vega, que lírico, termina la relación de los más importantes poetas de este ciclo literario.

De Don Narciso Campillo.

(A Calderón).

Niño era yo, y apenas entendía
los signos que dan cuerpo al pensamiento,
cuando tu extraño y varonil acento
con balbuciente labio repetía.
Aún no toda su fuerza comprendía,
ni alcanzaba a medir su atrevimiento;
mas en él, por oculto sentimiento,
reudal feliz de inspiración bebía.
Después mi canto férvido y sonoro
vibró ensalzando la virtud, la gloria,
únicos astros cuya lumbre adoro.
Y hoy, que te admiro en la española historia,
que estudio de tus obras el tesoro,
¿me faltará un recuerdo a tu memoria?

Nació en 1600 y murió en 1681. Desde 1629, comenzó a producir para el teatro, oscureciendo pronto la fama de Lope y Tirso, y creando esas dos maravillas que se llaman: *El Alcalde de Zalamea* y *La vida es sueño.*

Como poetas de segundo orden, figuran Felipe IV y su hermano, el infante don Carlos; Salvador Jacinto Polo de Medina, don Antonio de Solís y Rivadeneyra, don Agustín de Salazar y Torres, don Jerónimo de Cáncer y Velasco, don Antonio Mirademescua y Rey de Artieda. Merecen también especial mención, Vicente Espinel, inventor de la composición que lleva su nombre, el doctor Garay y Pedro Soto de Rojas; don Fernando de Valenzuela, poeta filosófico; Luis Martín, Damián de Vegas, Pedro Padi-

De Campoamor.

(La virtud).

Penélope es el tiempo, que hoy se afana
en destejer la vida ayer tejida;
no hay en el mundo edad que un sol no mida,
ni hay un sol que resista algún mañana.
Solo del tiempo en la extensión lejana
sobrenada de Sócrates la vida;
que es bella espuma la virtud, salida
del Océano de la vida humana.
Y es que de la virtud el santo anhelo
burla del tiempo la eternal victoria,
sobre cuanto hay mortal alzando el vuelo.
Por eso, como esencia de la gloria,
va cual perfume embalsamando el cielo,
sagrada eflorescencia de la historia.

lla, López Maldonado y el ingenioso Pedro de Espinosa, famoso por el señalado servicio que prestó a las letras con la publicación de sus *Flores de poetas ilustres*, obra impresa en Valladolid en 1605.

Digamos algo de los ingenios femeninos que coadyuvaron a este movimiento poético. En las *Flores*, de Espinosa, desempeñan lucido papel doña Cristobalina Fernández de Alarcón, y dona Hipólita y doña Luciana de Narváez. La primera fué muy versada en la lengua latina. Doña Feliciana Enríquez de Guzmán, cultivó el género lírico y el dramático, así como doña Ana Caro Mallén, llamada la «Musa sevillana». La vida de la Guzmán fué muy novelesca. Nació en Sevilla, a fines del siglo XVI. Trocó en varoniles el nombre y el traje, y marchó a Salamanca,

De Don Carlos Fernández Shaw. (43)

(La sierra al sol).

Bajo un sol que sus rayos más ardientes envía,
sobre un cielo que el brillo de sus luces inflama
se recortan los montes del audaz Guadarrama,
se perfilan los picos del riscoso Fuenfría.

Se destacan del fondo de un profundo sosiego,
con un alto y robusto y encendido relieve,
como ayer se arroparon en su capa de nieve,
hoy refulgen con recias armaduras de fuego.

Ciega el sol, y en los montes su reflejo deslumbra.
Las cigarras entonan sus monótonos cánticos
en el tibio refugio de la quieta penumbra.

Como en éxtasis yace, fascinada, la tierra,
y ante el sol, que la excita con sus besos románticos
se extremecen sus pechos...; ¡se extremece la sierra!

en donde estudió filosofía con gran aprovechamiento. Pero, sobre todas, se singularizó Sor Juana Inés de la Cruz, conocida por la «Monja de México», y por sus contemporáneos, por la «Décima Musa». De ella se publica en este libro un lindísimo soneto.

De Gabriel y Galán.

ALMAS

(En la muerte del Padre Cámara). (44)

Yo de un alma de luz estuve asido,
luz de su luz para mi fe tomando;
pero el Dios que la estaba iluminando
veló la luz bajo crespón tupido.
Tanto sentí, que sollocé dormido,
y dentro de mi sueño, despertando,
ví que el alma del justo iba bogando
por el espacio, ante el Señor, tendido.
Y faro bienhechor, polar estrella,
la mística doctora del Carmelo,
desde una celosía de la gloria;
—¡Ven! ¡Ven!—la dijo, ¡y la elevó hasta ella!
Entraron las dos almas en el cielo
y un nuevo sol brilló en el de la Historia.

VII

Decadencia de la lírica.—Versificadores.—Reacción de la Poesía.—Don Nicolás Fernández de Moratín.—Cadalso.—Meléndez Valdés.—Otros poetas.

Entronizada la superstición; campantes el favoritismo y la intriga; desbordadas la ambición y la soberbia; presa España de una anarquía moral sin precedentes en la Historia, los últimos años del imperio de los Austrias, marcan la decadencia de nuestra poesía. Porque tomando todo reflejo de aquella risible agonía con que se despedía un rey imbécil del mundo, la musa española, la musa de Garcilaso y de Herrera, de Lope y de Cervantes, de Rioja y de Arguijo, plegó dolorida las alas, y así se mantuvo llena de vergüenza y consternación hasta que el fuego de Meléndez Valdés hízola descender otra vez al trato de los humanos y posarse sobre su frente. Nada existía que tuviera pálida reminiscencia de aquel siglo de oro, que a tan inconmensurable altura había puesto nuestro hombre. «La pintura—plañe Quintana—había muerto con Murillo; la elocuencia, con Solís; la poesía, con Calderon; y en el medio siglo que pasa, desde que faltan estos

hombres eminentes, hasta que aparece Luzán, ningún libro llama la atención, si se exceptúa tal o cual comedia de Cañizares».

Al recoger Felipe V la disputada herencia del idiota Carlos II, abrió la puerta galo-pirenáica, por donde había de desbordarse en la península el gusto de los poetas de aquel tiempo. La influencia francesa, justamente anatematizada por Menéndez Pelayo, tomó carta de naturaleza en este suelo. Se habían cambiado los papeles, con la diferencia agravante de que se nos iba a devolver en oropel, la moneda de oro de ley que habíamos dado a Francia en el camino de la perfección y el buen gusto. Ello, no obstante, conviene ser justos: España debe al nieto del «Rey-Sol» la fundación de la Biblioteca, hoy Nacio-

De Don José Echegaray.

(Cómo planeaba sus obras).

Escojo una pasión, tomo una idea:
un problema, un carácter. Y lo infundo
cual densa dinamita, en lo profundo
de un personaje que mi mente crea.
La trama, al personaje le rodea
de unos cuantos muñecos que en el mundo
o se revuelcan en el cieno inmundo
o se calientan a la luz febea.
La mecha cociendo. El fuego se propaga,
el cartucho revienta sin remedio,
y el astro principal es quien lo paga
Aunque a veces también en este asedio
que al arte pongo y que al instinto halaga,
me coge la explosión de medio a medio.

nal, y de las Academias Española y de la Historia.

Solo versificadores había en aquel tiempo. Entre ellos se distinguen don Francisco Bernardo de Quirós; don Juan José de Salazar y Ontiveros, el émulo y paisano de Góngora, don José de León y Mansilla, don Ignacio Alvarez de Toledo y don Francisco Venegas y Luzán.

Más dignos de mención aparecen don Gabriel Alvarez de Toledo, don Enrique Gerardo Lobo, el doctor don Diego de Torres y Villarroel, don Ignacio de Luzán y don José Antonio Porcel.

La reforma iniciada en tiempos de Felipe V entre la escuela clásica francesa y la española, triunfó en el reinado de Carlos III. Entre los poetas que lucha-

De Don Narciso Díaz de Escobar.

(Mañana de Agosto).

Derrama el sol torrentes de fulgores
sobre frondosos campos de esmeralda
y de alto cerro en la risueña falda
se oyen himnos de pájaros cantores.
Murmuran los arroyos bullidores
sobre los lechos de su arena gualda
y tejen las adelfas su guirnalda
con los trenzados de sus rojas flores.
Suena la lenta esquila del ganado,
que surca la ribera y cruza el prado;
canta el labriego su canción sentida;
y al despertar el campo adormecido,
con su luz, sus perfumes y su ruido,
despierta el corazón a nueva vida.

ron contra esa reforma debemos mencionar a don Vicente García de la Huerta.

Don Nicolás Fernández de Moratín adoptó el gusto de la escuela francesa. Bien puede decirse que es el poeta de su tiempo merecedor de ese nombre. Nació en Madrid, de ilustre familia, en el año de 1737. Su padre era guardajoyas de doña Isabel de Farnesio, mujer de Felipe V. Don Nicolás estaba llamado a grandes empresas. No solamente fué un gran poeta, sino también un reformador, a estilo quijotesto. Sus *Desengaños del teatro español* echaron sobre los autos sacramentales el mismo jarro de agua fría que sobre el fuego de los libros de caballerías había echado el genio de Cervantes. Ni el glorioso Calderón se libró del formidable varapalo.

De Don Francisco Rodríguez Marín. (45)

Anhelos.

Agua quisiera ser, luz y alma mía,
que con su transparencia te brindara;
porque tu dulce boca me gustara,
no apagara tu sed: la encendería.
Viento quisiera ser; en noche umbría
callado hasta tu lecho penetrara,
y aspirar por tus labios me dejara,
y mi vida en la tuya infundiría.
Fuego quisiera ser para abrasarte
en un volcán de amor, ¡oh estatua inerte,
sorda a las quejas de quien supo amarte!
Y después, para siempre poseerte,
tierra quisiera ser y disputarte
celoso a la codicia de la muerte.

Posee otra envidiable nota don Nicolás Fernández de Moratín en su vida de escritor honrado: la de haber rechazado las ofertas del conde de Aranda para que justificase la expulsión de los jesuítas, escribiendo mal de ellos. Falleció Moratín el 11 de Mayo de 1780.

Don José Cadalso, sostenedor y admirador de Moratín (Quintana), constituyó otra vindicación contra la corrupción de aquellos tiempos. Fué poeta erótico, hombre de grandes pasiones y militar pundonoroso. Nació en Cádiz, el 8 de Abril de 1741. Murió en el sitio de Gibraltar. Una granada le privó de la vida en la noche del 27 al 28 de Febrero de 1782. Hizo revivir la anacreóntica y fué el precursor de Meléndez. Con él debemos citar a los fabu-

De Don Francisco Villaespesa.

(Inédito)

Es una noche eterna tu destino.
El sendero ha borrado la nevada.
No arde un astro, ni alienta tu jornada
la clara luz de algún mesón vecino.
Silencio y soledad en tu camino.
Nadie al final espera tu llegada...
¡Sobre la tierra de los hombres, nada
alegrará tus ojos, peregrino!
¡Oh, divina ilusión! Cruzaste un día
del brazo de una amante compañía
una senda florida y luminosa...
¿Ensueño o realidad? dí, pasajero...
El eco dice: Sólo fué una rosa
que aspiraste a la vuelta de un sendero.

listas don Tomás de Iriarte y don Félix María Samaniego.

Don Juan Meléndez Valdés puede ser citado, sin disputa, como el mejor poeta del siglo XVIII. Fué el restaurador de la escuela «salmantina». Siguiendo sus pasos aparecen Fray Diego González, don Juan Pablo Forner y don José Iglesias de la Casa; debiendo también colocarse en este grupo a don Gaspar Melchor de Jovellanos, don Nicasio Alvarez Cienfuegos, don Leandro Fernández de Moratín y don Manuel José Quintana, algunos de los cuales pertenecen por derecho propio al siglo XIX.

De Don Joaquín Dicenta. (46)

No.

¡Cuánto sufrí y qué solo' ni un amigo,
ni una mano leal, que se tendiera
en busca de la mía; ni siquiera
el placer de crearme un enemigo.
De mi angustia y dolor solo testigo,
de mi terrible vida compañera,
fué una pobre mujer, una... cualquiera
que hambre, pena y amor partió conmigo.
Y hoy, que mi triunfo asegurado se halla,
tú, amigo por el éxito ganado,
me dices que la arroje de mi lado,
que una mujer así denigra... ¡Calla!
Con ella he padecido y he triunfado.
El triunfo no autoriza a ser canalla.

VIII

El Clasicismo.—Quintana.—Don Juan Nicasio Gallego.—Resurgimiento de la Escuela Sevillana.—Un poeta heterodoxo.—Don Alberto Lista.—Los cultivadores del «Clasicismo». — Martínez de la Rosa.—Triunfo del romanticismo.—El duque de Rivas.—La crítica de Azorín.—Espronceda.—Más poetas románticos.—Arolas.—Avellaneda. — Zorrilla. — Los últimos poetas del romanticismo. Manuel del Palacio y sus sonetos.

El tantas veces nombrado famoso poeta, don Manuel José Quintana, personifica una tendencia en el siglo XIX: el «clasicismo» (P. Blanco García), que comparte con don Juan Nicasio Gallego.

Nació Quintana en Madrid, el 11 de Abril de 1772. Cursó la carrera de Derecho. Meléndez y Cienfuegos, dos dignísimos vates, fueron sus más grandes amigos. El sentimiento patriótico exacerbado en España por la hegemonía napoleónica, hízole prestar en Sevilla imborrables servicios a la causa santa de España. Como otros muchos españoles que no habían cometido otro delito que ser fieles a la Patria y al Trono, sufrió las iras del por tantos títulos menguado Fernando VII hasta que, en 1835, se le nom-

bró Director de Estudios, título equivalente al actual de Director General de Instrucción Pública. En 1855 (25 de Marzo), hízosele objeto de una distinción desacostumbrada en España: a imitación de lo hecho con el Petrarca en Italia, se le coronó pública y solemnemente. Dos años más tarde, murió.

Fué un escrupuloso y prolijo corrector de sus obras Las poéticas las escribió primero en prosa y después las trasladó en verso. Sus mejores composiciones son sus cantos *A don Juan de Padilla* y *A la imprenta*, y sus odas *Al mar*, *Al combate de Trafalgar*, *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses* y *A España después de la revolución de Marzo*. Fitzmaurice Kelly le defiende muy justamente de las inventivas de Campmany.

De Don Antonio de Zayas. (47)

(El Empecinado).

Feroces ojos, abundantes greñas,
boca por el encono contraída,
la ropa en sangre del francés teñida
y desgarrada por agrestes breñas.
De Aragón y Castilla las enseñas
con desprecio sublime de la vida,
tremola al frente de feroz partida
en hondos valles y en ingentes peñas.
Respeta su valor la misma mano
que tronos cien al Septentrión derrumba,
cual es de Aquiles el furor de Troya;
la ingratitud del pérfido tirano
le da muerte, y le sacan de la tumba
los pinceles omnímodos de Goya.

Pase que se le tache de filántropo y de sensual; pero ya era tiempo de que se desvaneciera la leyenda de su excitación a la rebelión de las Colonias «por las imprudentes frases de un manifiesto.»

También está clasificado dentro de la escuela clásica y «salmantina», don Juan Nicasio Gallego. Fué aún menos pródigo que Quintana. Nació en Zamora en 14 de Diciembre de 1777. En Salamanca se ordenó de sacerdote. Fué gran amigo de Quintana. Como éste sufrió los rigores de la suerte adversa en la turbulenta política de su tiempo. Llegó a ser secretario perpetuo de la Academia Española, y falleció en Madrid, en 1853. Sus principales obras son una oda *A la defensa de Buenos Aires*, y las elegías *El dos de Mayo*, *A la muerte de doña Isabel de*

De Don Juan Antonio de Torre y Salvador. (48)

(A ella).

¿A qué, si sabes que huye la hermosura,
la dejas de gozar en la dichosa
edad en que los sueños de oro y rosa
olas llevan al alma de ventura?
Cuando ya la vejez, con mano dura,
a la ayer tersa faz torne rugosa,
del tiempo que perdiste desdeñosa,
inútil es que llores la premura.
Arbol es la mujer; el tiempo alado
róbale sin piedad sus dulces flores,
a pesar del ingenio y del cuidado.
Mas nada son del tiempo los rigores,
¡oh, Leocadia! si en fruto delicado
se trueca el florecer de los amores.

Braganza y *A la muerte de la duquesa de Frías.*

Reverdecían las antiguas pugnas entre las dos escuelas poéticas, a las que tantos triunfos debe el Parnaso español: la «salmantina» y la «sevillana». A Quintana y a Gallego disputaban sus bien ganados laureles una pléyade de poetas agrupados en la «Academia de Letras humanas», fundada por don Juan Pablo Forner. Entre estos poetas, más famosos en su totalidad por la bondad de sus intenciones que por sus obras, contáronse: don Faustino Matute, don Manuel M. Arjona, don José M. Blanco y Lista Blanco se hizo también famoso por su heterodoxia. Se había ordenado de sacerdote, y huyó a Inglaterra, de donde procedía (llamábase Blanco y White), y abrazó el protestantismo. «Su soneto inglés

De Don Emilio Bobadilla.

El envidioso.

Es de cera su cara y su mirada aviesa:
sárdonica la risa que su impotencia oculta;
a nadie, ni a sí mismo, lo que siente confiesa,
y por orgullo a nadie lo que piensa consulta.
A todo lo que brilla cordial odio profesa;
los pecados ajenos con regocijo abulta
y sin quererlo acaso, hasta en tu propia mesa,
cubriéndote de flores, hipócrita te insulta.
No puede remediarlo: como la rosa, espina;
como la vaca, tisis; como el reptil veneno,
trasuda insinuaciones mordaces y felinas..
Sufre con el talento, sufre con la riqueza,
con todo lo que es grande con tal de ser ajeno,
y hasta su propia dicha le causaría tristeza.

Night and Death (*Noche y muerte*)—dice Fitzmaurice Kelly—le valió mayor fama que cualquiera de sus poesías españolas.»

Don Alberto Lista recaba entre todos esos poetas el primer puesto y la admiración de la posteridad. Nació en Sevilla, el 15 de Octubre de 1775. Ejerció la Pedagogía la mayor parte de su vida, y sobresalió en las matemáticas y en la literatura. Durante la guerra de la Independencia, se atrajo la nota de afrancesado, que le obligó a emigrar al extranjero, de donde regresó a España en 1817. En la segunda época constitucional (1820-1823), dirigió el célebre colegio de San Mateo, de Madrid, compartiendo la enseñanza con el enfadoso Hermosilla. También dirigió otro célebre colegio en Cádiz: el de

De Don Juan Luis Cordero.

(*Del libro* Mi Patria y mi Dama).

Tarde abrileña, tarde encantada,
en los barbechos vuelca el arado
trozos de rica tierra esponjada
y en las praderas pace el ganado.
Canta el labriego coplas sencillas,
coplas de ingenuo sentido grato,
mueve la yunta las campanillas
y ladra el perro que guarda el hato.
Hay armonías y claridades
en las supremas diafanidades...
En la del campo casta rudeza
se ensancha el alma que sueña y goza
y hasta la sangre se nos remoza
ante la santa Naturaleza.

San Felipe Neri; y a propósito de este colegio y de Lista, curioso será contar lo siguiente: «En su gigantesca *Historia de los hetorodosos* (refiérelo el malogrado canónigo de la Catedral de Cádiz, don José M. León y Domínguez, a quien se complace en rendir el autor de este libro homenaje de grato recuerdo) afirmó Menéndez Pelayo que Lista había sido masón, habiendo pertenecido a una de dos logias afrancesadas que hubo en Sevilla por los años de 1810 a 1812, señalando el sarpullido de esa secta en algunas de sus composiciones, singularmente en las odas *El triunfo de la tolerancia* y *La beneficencia*. Deseando el obispo de Cádiz, señor Calvo y Valero, colocar el retrato de Lista en el colegio de San Felipe Neri, quiso comprobar la autenticidad del

De Don Manuel Machado. (49)

(Los fusilamientos de la Moncloa).

El lo vió... Noche negra, luz de infierno...
Hedor de sangre y pólvora, gemidos....
Unos brazos abiertos, extendidos
en ese gesto del dolor eterno.
Una farola en tierra casi alumbra,
con un halo amarillo que horripila,
de los fusiles la uniforme fila,
monótona y brutal en la penumbra.
Maldiciones, quejidos... Un instante,
primero que la voz de mando suene,
un fraile muestra el implacable cielo.
Y en convulso montón agonizante,
a medio rematar, por tandas viene
la eterna carne de cañón al suelo.

aserto de Menéndez Pelayo, y se dirigió a cuatro discípulos de Lista. Todos le contestaron «que jamás observaron en su maestro sino virtud cristiana y celo sacerdotal.» Enviáronse dos copias de estas cartas a Menéndez Pelayo, pero este se ratificó en lo dicho, aunque indicando «que el Lista del colegio de San Felipe, de Cádiz, distaba mucho del Lista del año de 1812», añadiendo, «que si publicaba la segunda edición de su obra, así lo manifestaría, pues tenía por cierto que se arrepintió, que se retractó y se convirtió en hombre nuevo.»

Recibió Lista el nombramiento de canónigo de Sevilla y se trasladó a esa capital, en donde falleció en 1848. Su lema literario era «pensar como Rioja y decir como Calderón.» ¿Lo consiguió? Contrasta

De Don Ricardo León.

(Horas de soledad).

Amo los porches, las desiertas lonjas,
los umbrosos retiros monacales,
los claustros de las viejas catedrales
ornados de cipreses y toronjas.
Desdeño de mi siglo las lisonjas
porque son nuestros gustos desiguales:
¡yo prefiero a sus cánticos triunfales
los pobres villancicos de unas monjas!
Busco el silencio, la oración, la calma,
la sencillez, la soledad: que el alma
tiene en sí misma su mejor amigo.
Lleno ya de experiencia y desengaños,
huyo de los estúpidos rebaños...
¡quiero estar sólo para estar conmigo!

en este respecto el poco aprecio de Fitzmaurice Kelly con los elogios del Padre Blanco García, quien dice que «imitaba a Meléndez con una pefección reservada a pocos, emulando además la filosofía de Rioja y la brillantez calderoniana.» El historiador de la Literatura en el siglo XIX ha contestado por nosotros, que suscribimos enteramente sus apreciaciones. Sus mejores poesías fueron las de caracter religioso, y entre éstas *La muerte de Jesús*, *El sacrificio de la esposa* y *El canto del esposo*. Fué también un excelente sonetista.

Hijo de Sevilla y sacerdote, como casi todos sus compañeros, fué don Félix José Reinoso. Conócesele por el canto épico *La inocencia perdida*. Don

De Don Ricardo Cano.

(Estigma).

(Inédito).

Quiso Dios, siempre justo, alzar un día
al esclavo, y tocándole en la frente,
la luz de la razón puso en su mente
y en su accionar la próvida energía.
A Cristo redentor dióle por guía;
por lábaro el derecho omnipotente:
y lábaro y caudillo juntamente,
perecieron del odio en la porfía.
Ahora también de su dolor al freno,
el desvalido sube su calvario
viendo a un lado a Nerón y en otro a Breno.
Y el sabio, el opulento, el empresario,
alzan la cruz sobre el trabajo ajeno,
poniendo en ella el INRI del salario.

José Roldán se distingue por su hermosa oda *A la resurrección del Señor*; don Félix M. Hidalgo por una versión de las bucólicas de Virgilio, y desfilan ya en último término don Francisco de Paula Castro, don Francisco de P. Núñez y don Manuel M. del Marmol.

Entre los poetas que siguen las huellas del clasicismo, que merecen mención en este libro, figuran don Juan Bautista Arriaza, autor de las hermosas composiciones *Los defensores de la patria*, *Himno de la victoria*, *La profecía del Pirineo* y *El dos de Mayo de 1808*, dignas de colocarse junto a las de Gallego y Quintana (P. Blanco García); don Dionisio Solís y don José Somoza.

Antes de enfrentarnos con Martínez de la Rosa, personificación y triunfo del «semiromanticismo»,

De Don Pedro Mata.

En una noche para amar creada,
una mujer para el amor nacida
me reveló el secreto de la vida
en el rayo de luz de una mirada.
Vivir es renunciar. No existe nada
que merezca un esfuerzo. Apercibida
como un áspid está siempre escondida,
tras el deseo, la ilusión frustrada.
Humo es la gloria y humo la grandeza;
humo la vanidad de la riqueza
y la ciencia difusa de los sabios.
Toda la excelsitud del Universo
no vale el ritmo musical de un verso
y el perfume exquisito de unos labios.

convendrá citar someramente a don B. José Gallardo, digno de mención por su canción a *Blanca flor*, que añora las trovas de la poesía legendaria; a don uan M. Maury, cantor de Abelardo y Eloísa, autor del poema *La agresión británica* y de una antología de nuestros vates del siglo de Oro, y a don Bernardino Fernández de Velasco, Duque de Frías, célebre por su hermosa oda *A las nobles Artes*. Leyóla el marqués de Molins en la Academia de aquel nombre y causó tal entusiasmo en los oyentes, entre quienes se hallaba Fernando VII, que hasta éste probó a aplaudir con sus manos trémulas y baldadas.

Martínez de la Rosa nació en Granada el 10 de

De Don Antonio Rey Soto.

(Oración).

(Inédito).

Señor, ve mis entrañas. Son un estercolero.
Sobre una llaga lívida, fétida, cancerada,
se enrosca, infatigable y voraz, la nidada
de viscosos gusanos, en inmundo hervidero.
Señor, no te retires con asco, que yo quiero
hacer de esta carroña la ofrenda más preciada
que ofrendarse ha podido a tu pura mirada...
Señor, yo soy estiércol, más Tú eres jardinero.
Extiende, pues, la sombra—luz de sol—de tu mano
y será flor la podre, alas y oro el gusano,
y en mi seno, entre rosas, volverá a oirse aquel
ruiseñor que mil años tuvo a un monje prendido
en el hilo, que hilaba con su pico encendido
sobre el fondo encantado de un remoto vergel.

Marzo de 1787. Prestó grandes servicios a la causa de España contra la absorción napoleónica. Al estallar la guerra en 1808, se le envió a Londres para negociar el concurso de Inglaterra en favor de nuestra causa. Regresó a Cádiz en 1811 y representó a Granada en las Cortes del año siguiente. Cúpole después la suerte reservada a casi todos los más insignes patriotas: Fernando VII le desterró al Africa y vióse forzado a huir a Francia, en donde residió hasta el año 1831. Vuelto a España, la reina gobernadora le puso al frente del gobierno en Marzo de 1834 Murió en Madrid el 7 de Febrero de 1862.

El romanticismo tiene significados antecedentes en nuestra patria, no hay que dudarlo. «Azorín»,

De Don Leopoldo López de Sáa.

(El pícaro de siempre).

(Inédito).

Humos tengo de rancia señoría
y el tronco soy de un árbol de nobleza,
al que arrancó la suerte la corteza
y el ansia de medrar la grosería.
Pulcro en dicción, el tonto a quien servía
ponderó mi donaire y agudeza,
mi frase justa, mi honda sutileza,
y mi ductil y suave cortesía.
Maestresalas, lacayos, servidores
de escaleras abajo, dánme honores,
sólo el cristal, mofándose altanero,
me dice cuando paso ¡no los creas!
Nadie conseguirá que tú no seas
un hombre ruin, metido a caballero.

exactísimo en sus juicios literarios, adjudica esos antecedentes a Cadalso, Meléndez y Jovellanos, «románticos – dice –, descabellados románticos, desapoderados románticos, románticos antes, mucho antes del estreno de Hernani en París» («Rivas y Larra»). De Cadalso invoca «Azorín» la escena macabra de la exhumación de los restos de la actriz María Ignacia Ibáñez, por quien había enloquecido de amor el poeta. Perfectísimamente. Pero el romanticismo de Martínez de la Rosa, como el del duque de Rivas, como el de Espronceda, fué un romanticismo de renovación, influenciado por el extranjerismo. No ha de restarles gloria esta distinción. El romanticismo de Cadalso, Meléndez y Jovellanos, extinguióse, sin duda, con éstos, y precisa fué la reno-

De Don Javier Bugallal.

(Italia).

Labró del Donatello, la mano primorosa,
con íntimo regalo tu busto medioeval,
y el mago florentino dió un lindo madrigal
al alma de tus labios, seráfica y donosa.
Soñárate indolente, la túnica ampulosa,
surcando en una góndola las aguas del canal.
Tu mano marfileña, la guzla señorial,
hería en una lánguida romanza misteriosa.
Beatriz, Julieta o Laura: del mar de vuestra historia,
la góndola es el Dante, Petrarca, el camerino,
y en ambos el secreto da vida a vuestra gloria.
Lord Byron os ofrece, llorando su destino,
por agua en que navegue feliz vuestra memoria,
las lágrimas del último poeta fiorentino.

vación del oxígeno literario en nuestra patria para que cobrara nuevos bríos la tendencia romántica, hasta llegar a cristalizar en el neo-romanticismo de Zorrilla. No deja de reconocerlo así Martínez Ruiz, cuando dice en el Prólogo de su recientísima obra citada: «Sin duda, este ambiente ha sido también determinado—al menos, en parte—por hábitos de fuera». También puede aplicarse al caso de Martínez de la Rosa, el duque de Rivas y Espronceda, esto que dice «Azorín», refiriéndose a la extranjerización de Larra: «Extranjerización, sí, como elemento fecundador—lo extranjero— del propio genio castizo», Martínez de la Rosa abrió al romanticismo las

De Don Norberto Torcal.

(En el album de la bellísima señorita María Luisa de la Cuesta).

TUS MANOS

Como las manos de Isabel de Hungría,
santas manos que suaves aletean
sobre las frentes que en dolor se orean,
ungiéndolas de luz y de poesía,
tus manos, que el jazmin envidiaría,
dos gentiles palomas, mujer, sean,
que en cuantas llagas y dolores vean
mansamente se posen a porfía.
Manos que al cielo, en oración alzadas,
blancas hostias purísimas semejen
con incienso de amores perfumadas.
Y al descender, de bendiciones llenas,
caricias y consuelos caer dejen
como lluvia de rosas y azucenas.

puertas de España. Había triunfado Martínez de la Rosa en París, como pocos literatos extranjeros. Su *Aven-Humeya* se representó durante dos meses en la Porte Saint Martin. Tenía que mostrarse agradecido a esas deferencias excepcionales, y no dejó el suelo francés sin traerse buena provisión de levadura romántica, que había de hallar ánimos y espíritus predispuestos y concepciones y estros propicios, encarnando aquella levadura en la masa de que se formó el talento poético de don Angel de Saavedra Ramírez de Baquedano, duque de Rivas.

El canto épico *A Zaragoza*, de Martínez de la Rosa, es de lo más inspirado que en el género lírico escribió el poeta, quien también quiso dotarnos, como Boileau a los franceses, de un *Arte Poética*,

De Don Pedro Luis de Gálvez.

Cuadro de Zuloaga.

Parda capa villana de burdo y fuerte paño,
sobre los altos hombros del recio labrador,
rememoras la traza del hidalgo de antaño:
la mitad, campesino; la mitad, gran señor.
Tu evocas una casa solariega, un castaño
a la puerta, un escudo y un galgo corredor,
un paisaje reseco, de tono gris, huraño,
y unas matas de cardo, y una historia de amor...
Por las calles terrosas y angostas de la aldea,
la capa, gravemente, los domingos pasea,
madrigales rimando con la negra mantilla.
Y, al plegarla el villano, con altivo talante,
bajo el brazo siniestro, parece que un gigante
sobre su pecho pone la enseña de Castilla.

que no era una novedad en España, pues antes que Martínez de la Rosa, don Manuel Norberto Pérez había escrito una obra de ese género.

Como hemos insinuado, el romanticismo encarna franca y abiertamente en el duque de Rivas. Nació en Córdoba, el 10 de Marzo de 1791. De ideas exaltadamente liberales, por su oposición a la tiranía de los secuaces de Fernando VII, huyó a Inglaterra para salvar la vida. Después residió en Gibraltar, en Italia, en Malta, y, por último, en Francia, operándose en este lapso de su exilio, su conversión al romanticismo. En 1834 regresó a España, acogiéndose a la amnistía general que se había decretado. Medró pronto en la política, pero se vió precisado a huir a Cádiz, a consecuencia de los sucesos de La Granja.

De Doña Blanca de los Ríos de Lampérez.

(Zorrilla.)

Ultimo trovador, último atleta
de la España de Lope y de Cervantes,
dueña del mundo y madre de gigantes,
no era un poeta más; ¡era el Poeta!
Era el hombre-legión, era el que reta
en el vuelo a las águilas triunfantes,
y oye a Dios en las zarzas llameantes,
y habla con voz enorme de profeta.
Bebióle el alma mística a Toledo,
el ensueño a Granada, edén del moro,
y el prestigio romántico a Sevilla.
Y cuando nuestra fe, nuestro denuedo
vida cobraron en sus versos de oro,
la España heróica se llamó Zorrilla.

Ingresó después en la carrera diplomática, representando a España en Nápoles, retirándose en 1850 a la vida privada. Falleció en Madrid, en 1865.

Se le echa en cara haberse extraviado en el laberinto de la política, con menoscabo de su obra literaria. Hay mucha razón en ese cargo Cuando se estudian esas grandes figuras y se considera el tiempo que perdieron sin fruto, para el patriotismo y para el arte, hibridismo y mescolanza de dos aptitudes que se nos antojan antagónicas, no puede por menos de plañirse las obras y el perfeccionamiento malogrados en las vicisitudes de todo género, menguado galardón conque la política suele ungir la cabeza de sus adeptos. Recuérdese a este respecto la siguiente frase de un crítico sagaz: «La

De Don Guillermo Apolinar Martínez.

(Súplica.)

Si me dejas, Dios mío, abandonado,
volveré a los brazos de la impura,
que con la seducción de su locura
me hizo vivir dichoso y desgraciado.
Mis pecadores ojos han llorado
lágrimas de tristeza y de amargura.
En mi voluble corazón perdura
la huella de sus besos. Me ha besado
con furia pasional su ardiente boca,
tantas veces, Señor, que sería poca
el agua del Jordán para limpiarme.
¡Tu mano purifica cuanto toca!
Pónla, Señor, sobre esa pobre loca
para que me aborrezca en vez de amarme.

política de los literatos no vale mucho más que la literatura de los políticos».

La obra del duque de Rivas fué reflejo de esas vicisitudes y esas andanzas personales. Su *Don Alvaro* es una serie de inverosimilitudes e incongruencias, que fustigaron merecidamente los críticos de su tiempo. Otros críticos posteriores nos han querido hacer creer que el *Don Alvaro* constituyó el asombro y la estupefacción deleitables de los publicistas de entonces. Indudablemente orientáronse para formar ese juicio en detalles como el de haber suministrado el *Don Alvaro* materiales a Verdi para una de sus más geniales obras. Ganan en intensidad patética preeminente lugar sus romances, «panorama extenso—dice el P. Blanco García—,

De Don Juan Pérez de Guzmán.

(En el entierro de Zorrilla.)

Esta marcha triunfal a que hoy asiste,
entre altivo y lloroso, un pueblo entero,
no es el tributo del honor postrero
que dáse a un alma fugitiva y triste.
Es que un nuevo titán al cielo embiste
y a allanar el radiante derrotero,
este común latir mudo y sincero,
solemne pompa de apoteosis viste.
En la cumbre eternal se oye su acento:
Lope, que el vítor de la patria escucha,
depuesto el fango de la humana escoria:
Ven, le dice, inmortal, ven a tu asiento;
ayer la vida, el huracán, la lucha;
hoy la serenidad, la luz, la gloria.

rico y variadísimo, donde está escrita en páginas de oro la historia de la antigua España». Bien haya «Azorín» por su empresa meritísima de restablecer la verdad en estos puntos.

El más genuino heredero de las glorias románticas del duque de Rivas fué Espronceda, espíritu turbulento, alma amargada por la emulación de ensueños de gloria y fortuna, corazón atormentado por las pasiones, heredero del erotismo de Cadalso, genial, único en sus concepciones, valiente, español, aventurero. Espronceda ha tenido en algún respecto la suerte de Quevedo. Muchas composiciones que se le achacan no son suyas. Su estro tiene un sello inconfundible. Zorrilla en sus *Recuerdos del tiempo viejo*, nos transmite esta aseveración reivin-

Del Dr. Cortezo.

(En el mar Menor.)

Tendido en el bajel sobre la espalda,
entre arrobado y somnoliento, miro
una bóveda inmensa de zafiro
sobre un mar ondulante de esmeralda.
De olivos y palmeras, la guirnalda
mece en la orilla, de la brisa el giro,
corriendo hasta perderse en un suspiro
de las suaves colinas en la falda.
Oigo extasiado el ritmo cadencioso
del beso de las olas con la arena;
suelo escuchar el canto misterioso
con que al náufrago llama la sirena,
y extendiendo los brazos anhelosos
exclamo, como Fausto: ¡Helena! ¡Helena!

dicadora de la verdadera gloria del poeta. Tampoco fué Espronceda un plagiario. Fué un digno émulo de los más gloriosos poetas británicos, singularmente de Lord Byron, tanto en sus obras como en el idealismo de su vida que el destino trocó a veces en crudo prosaismo; pero nada más.

La inestabilidad de su aventurero espíritu hízole afiliarse muy joven en conspiraciones y enredos políticos, teniendo que huir al extranjero, residiendo en Lisboa, en Inglaterra y Francia. En Lisboa conoció a Teresa Mancha, joven de quince años. Esta mujer desempeñó interesante papel en la vida del poeta. En Londres la halló casada. La raptó en 1829 y huyó a París en donde se batió en las barricadas durante los sucesos de Julio de 1830. Teresa murió

De Don Enrique de Alarcón.

(Soy Español).

Luzco del mundo en la gentil pavana,
bajo el recio tahalí de mi tizona,
una cruz escarlata que os abona
mi abolengo de estirpe castellana.
Llevo en los hombros ferreruelo grana;
guío el mostacho a usanza borgoñona,
y mi blanca gorguera se almidona
bajo mi crespa cabellera cana.
Tengo cien lanzas combatiendo en Flandes,
mil siervos en las faldas de los Andes,
calderas y pendón, horca y cuchillo,
un condado en la tierra montañesa,
un fraile confesor de la condesa,
diez corceles, cien pajes y un castillo.

en 1839 y Espronceda dedicóla el segundo canto del *Diablo Mundo*, ese monumento de romanticismo y sentimiento que vivamente hirió las sensibles cuerdas de nuestros afectos en los juveniles años de nuestra vida. ¡Cuántas lágrimas se habrán vertido sobre ese canto!

Fitzmaurice Kelly califica a Espronceda con sobra de razón del «lírico español más poderoso y admirable del siglo XIX». También ha sido el poeta más personal, más auto-sugestivo, de que haya memoria. Los fragmentos de su poema épico *Pelayo*, escritos en edad temprana, revelan ya una fuerza emotiva de incalculable valer; su *Estudiante de Salamanca*, que algún crítico califica de auto-retrato, es una maravilla de métrica y fantasía; su *Diablo Mundo* señala la cumbre inabordable de un gusto

De Don Juan R. Jiménez.

Vámonos a soñar al jardín solitario...
Allí, bajo el boscaje de laurel, las violetas
y las rosas perfuman un místico sagrario
hecho para las novias de los tristes poetas.
Ha nacido la luna, y su niveo sudario
inunda de tristeza la lejana silueta...
y al frescor de la brisa nocturna, el incensario
de la tierra embriaga las soledades quietas.
Vámonos a soñar bajo el tibio boscaje
de laurel; las guirnaldas del argénteo ramaje
dejan ver lo infinito de los cielos profundos...
Enlazadas mis manos en tus manos de nardo,
estaremos la noche mirando el dulce y tardo
titilar sonnoliente de los lejanos mundos.

poético avalorado hasta lo sumo. Aquí pudo repetir Espronceda aquello de «Nadie las mueva, que estar no quiera con Roldán a prueba». Por último, sus canciones, sus sonetos y todas sus poesías tienen impreso el sello de una genial concepción.

Espronceda, que había nacido en Almendralejo (Extremadura) en 1810, falleció en Madrid en la mañana del 23 de Mayo de 1842, a consecuencia de una afección a la garganta. Su entierro constituyó una de las más grandes manifestaciones de duelo que ha tributado Madrid a sus hombres predilectos.

Entre los poetas que siguieron las huellas románticas de Espronceda se destacan Donoso Cortés, Fernando Corradi, don Joaquín F. Pacheco, don Patricio de la Escosura y Enrique Gil y Carrasco,

De Don Andrés González Blanco.

(La boca de María Teresa.)

¡Oh, que boca tenía esa María Teresa!...
Una boca menuda, encendida y fragante;
una boca más chica que capullo de fresa;
una boca lasciva, una boca insinuante!...
En su semblante altivo de rubia dominante
tan sólo denotaba esa boca traviesa,
que daba en ocasiones aspecto de bacante
a la que siempre tuvo modales de abadesa.
Bien lo sabía ella; y era todo su orgullo
aquella boca roja, frágil como un capullo,
y dulce al paladeo como la miel de caña....
La diminuta boca de María Teresa
tenía el dejo de unos labios de archiduquesa
que se hiciera cocota y brindara el champaña.

distinguiéndose entre todos el último, gran amigo de Espronceda. Su hermosa composición *La gota de rocío* dióle a conocer en los círculos literarios de la Corte, y le franqueó las redacciones de los periódicos más en boga en aquel tiempo. Nació en Ponferrada (León) en 1815. Falleció en Berlín, en el desempeño de la secretaría de la embajada española, el 22 de Febrero de 1846. No ha faltado quien le compare al gran poeta francés Alfredo de Vigny.

Para hallar nuevamente una cumbre hay que pasar por la siguiente enumeración: los hermanos don José y don Salvador Bermúdez de Castro; don Julián Romea, tan genial actor como apreciable poeta; don Gregorio Romero Larrañaga, Pastor Díaz, dotado de grandes aptitudes para haber realizado una

De Don José Montero.

(Inédito.)

Pongo a los reales pies de vuestra alteza,
princesa de hermosuras, el escudo
con que a las lides del amor acudo
por conquistar favores y nobleza.
Quien en riña probó mi fortaleza,
vencer mi arrojo sin rival, no pudo:
jamás mi acero se miró desnudo
sin abonar su temple y mi fiereza.
Estoy a vuestros pies... Si a los cristales
de esas altas ventanas ojivales
llega el amor que os doy como corona,
recogedlo gentil, porque os envío
un ramo en flor con versos por rocío
mientras queda de guardia mi tizona.

obra perdurable, que neutralizó con la afectación y la obscuridad del exacerbado romanticismo de su tiempo. (Recuérdese el «culteranismo». *Nihil novum sub sole);* don Pedro Madrazo; don Ramón y don Luis Valladares y don Leopoldo Augusto de Cueto.

Miguel de los Santos Alvarez, autor del poema *María* y de una continuación del *Diablo Mundo*, personifica aún más intensamente que Espronceda ese desdén hacia la vida que fué otra de las singularidades de ese afectado sentimiento del romanticismo. «Humanista cáustico, apellídale el P. Blanco García, atacado como de una monomanía de menosprecio hacia todas las cosas humanas»... Además de las obras referidas, escribió sonetos, canciones y ciertas fabulitas.

De Don Marciano Zurita.

(A Inés, moza muy chata y mofletuda.)

No sé con qué derecho, Inés amiga,
has de llamar nariz a ese postigo
que, por lo desquiciado, no consigo
ver con qué goznes a tu faz se liga.
La duda, Inés, a sospechar me obliga
que el hado, adverso se mostró contigo,
y en la cara plantándote el ombligo,
te plantó la nariz en la barriga.
Ello es que tu nariz, si hay quien la encuentre,
siempre parecerá nudo de vientre
y no cañón nasal, por lo que infiero.
A no ser que tu cara, en un descuido,
ese cañón, Inés, haya sorbido
y sólo deje ver el agujero...

Dignos son también de mención don Antonio Ros de Olano, don José Güel y Renté y don José Heriberto García de Quevedo.

«El movimiento literario—dice a esta sazón un reputado historiador—estaba concentrado en Madrid, a donde afluían, con pocos excepciones, los ingenios de provincias». Se dirá que siempre ha sucedido lo mismo; que el centralismo lo observó todo; que el espaldarazo de la corte ejerce la virtud de señalar la significación y la valía de los elegidos. Pues no ha ocurrido tal cosa en tiempos de Pereda, que destellaba su genio desde la Montaña, iluminando su fama a toda la Península; en los de *Clarín*, que adquirió en provincias su cáustica reputación. Aún

De Don Pedro Riaño de la Iglesia.

La Camelia.

(Inédito).

Orgullosa y feliz de su destino,
prendida en broche de diamante y oro,
ostentas nívea flor como tesoro
sobre tu casto seno alabastrino.
Al mirar el encanto peregrino
de tu faz y la flor, surge sonoro
clamor de admiración qne forma a coro
corte que acecha tu triunfal camino.
Símbolo fiel de tus amables dones
es la flor que sus pétalos asoma
entre las nieves de tu seno en calma.
Mujer y flor cautivan corazones;
la reina del pensil no tiene aroma,
tú, diosa del amor, no tienes alma.

hoy, Unamuno extiende su renombre paradógico desde Salamanca por toda la periferia y se desborda hasta América. Pero en aquel tiempo hacíase esto más difícil, por las dificultades de las comunicaciones, y, sin embargo, un fraile, todo exaltación lírica y romántica, todo fuego en la concepción de sus bellísimas poesías, llenó, desde Valencia, con su nombre todos los ámbitos de España, que repetía admirada sus poesías y las archivaba en lo más rocóndito del corazón.

Poeta más discutido no le ha habido. Ha sido puesto en entredicho por unos, ha sido elevado al pináculo de la admiración por otros, pero todos convienen en conclusión en que su estro fué can-

De Don Gonzalo Cantó.

Vanidad.

(Inédito).

Grande es tu vanidad, pálida luna,
en la noche silente y placentera
cuando apareces en la azul esfera
mintiendo luz, pero sin luz alguna.
Como tú, más de un Zoilo sin fortuna,
pero osado y audaz, brilla y prospera,
una vez adulando a su manera
y otra vez porque a todos importuna.
Aunque el ejemplo te parezca extraño,
en el mundo y en tí, todo es engaño,
que es nuestra vida de la tuya copia.
Así los hombres vanidosos viven,
y olvidan que del sol la luz reciben
creyendo como tú, tener luz propia.

dente como llamaradas de fuego; inspirado, inundado de una somnolencia oriental llena de visiones y prismas fantásticos, en cuyo laberinto dibújase el eco de un amor malogrado en la juventud, en la niñez quizá, que es ocasión de un erotismo manso y sosegado, templado por la austeridad de un corazón nacido para el sacrificio y el bien.

Acaso, y sin acaso, contravengan las precedentes líneas la más pura ortodoxia literaria. El P. B. García, concienzudo, exactísimo en todos sus juicios, actúa de genio tentador al tratar del P. Arolas, indicando una preciosa fuente de materiales referentes a la vida y a las tendencias del poeta escolapio, «que casi convendría—dice—no conocer». Aquí de la tentación del fruto prohibido. Refiérese el historiador

De Don Servando Camúñez. (50)

(Inédito).

Por cima de los altos luminares
que llenan la insondable lejanía,
camina la risueña fantasía
cruzando los abismos estelares.
Escala los sistemas seculares,
penetra en el crisol de la energía
y llega hasta la ingente crestería
de inmensos torbellinos nebulares.
Consigue rebasar lo inaccesible.
Se filtra entre la sombra y la penumbra
que envuelven lo genial y ultra-sensible.
Y allá, sobre la altura en que se encumbra,
comprende la razón de lo imposible:...
...¡el alma, en lo infinito, se deslumbra!

agustino a don Rafael de Carvajal, que publica preciosos datos de la vida de Arolas en el *Semanario Pintoresco*, año 1850, páginas 211 y siguientes. No merece igual reputación la biografía al señor Lomba y Pedraja, el más concienzudo analizador de la vida y de la obra poética del vate escolapio.

Nació el Padre Arolas el 20 de Junio de 1805, en Barcelona. Trasladóse con su familia a Valencia y allí ingresó en la Orden de escolapios. En los dos años de noviciado entregóse con tal pasión al estudio de los clásicos sagrados, que sus maestros viéronse alguna vez obligados a esconderle los libros. En ese tiempo escribió las *Cartas amorosas*, las *Poesías pastoriles*, «que respiran—dice Carvajal—la naturalidad y sencillez de Jáuregui, sazonadas con

De Don José María Platero.

(Al partir)

Refrenando el ardor de mi montura,
con igual fe que el Ingenioso Hidalgo,
de mi solar hidalgamento salgo,
alta la frente, y recia la apostura.
El sueño ruin de su menguada hartura,
dormita, preso a su cadena, el galgo.
Se abre el campo ante mí... Libre cabalgo,
caballero galán de la Aventura.
Plañe un viejo esquilón, y es la del alba.
El sol enciende la planicie calva
y los largos caminos polvorientos.
Dormida en el confín queda la aldea...
Y yo pienso en la hermosa Dulcinea
dueña y señora de mis pensamientos.

la miel de Meléndez». El 23 de Agosto de 1821, profesó. «La aglomeración de trabajos mentales—sigue diciendo Carvajal—a que por muchos años se vió dedicado; la monotonía del claustro en un alma ardiente; graves y penosos disgustos ocasionados por su exagerado celo, produjéronle en 1844 una dolorosa enfermedad acompañada de agudos dolores de cabeza». Poco después declarósele la locura, y el 23 de Noviembre de 1849 fué atacado de una apoplegía fulminante, falleciendo dos días después.

El señor Lomba y Pedraja, ya citado, considera al P. Arolas como un caso morboso, digno del estudio de la ciencia médica moderna. Su impetuosa inclinación al estudio, su timidez, que le vedaba

De Don Manuel García-Sañudo y Giraldo.

Laïs de corinto.
(Inédito).

De vivir en tu tiempo, ¡oh, hermosa cortesana
de los ojos de cielo y el cabello dorado!
los fragantes perfumes de Arabia y Ecbatana
en trípodes de oro por tí hubiera quemado.
Los vinos generosos de la Grecia pagana
en un vaso murrino yo te hubiera ofrendado,
y, pulsando las cuerdas de mi lira galana,
un madrigal hubiera en tu honor entonado...
Coronara tu frente con mirtos y con rosas;
danzantes del Oriente, famosos comediantes,
ninfas, faunos y sátiros, para tí buscaría...
Para que al embriagarme con tus formas graciosas,
de reina soberana de todas las bacantes,
se me entrara en el alma tu ardiente paganía...

coordinar cuatro palabras en público, la indecisión constante de su temperamento entre el bien y el mal (entiéndase inclinaciones) hacen a Lomba y Pedraja sospechar que el poeta del Turia murió de parálisis general progresiva Estas consideraciones no modifican, antes corroboran, nuestros modestos juicios. El hecho mismo de aferrarse el P. Arolas en tiempos de revolución al claustro, cuando tantos lo abandonaban, robustece nuestras apreciaciones.

No sale muy bien librado Arolas de la pluma de Fitzmaurice Kelly, quien sin duda no se paró a considerar la virtud y la continencia de una vida que tuvo en el corazón un volcán. Ni vemos tampoco fundado motivo para las exageradas reservas del Padre Blanco García, al aludir a la semblanza del P. Aro-

De Don Manuel del Río y García.

(Cañas y platitos)

«Sobre una mesa de pintado pino»
el vidrio de las limpias cañas brilla,
y en ellas la andaluza manzanilla
esparce el rico aroma del buen vino.
El montañés, astuto, pero fino,
sirve gratis sabrosa pescadilla,
jamón, queso, aceitunas de Sevilla...
y en tanto el anfitrión bebe sin tino.
Y el que pensó tomar sólo una caña,
el fondo del bolsillo se rebaña
y apura diez o doce hasta las heces,
ya sin saber si el vino es bueno o malo
ni ver que los platitos de regalo
se los van a cobrar cuarenta veces.

las, escrita por Carvajal. En cambio, es muy acertado su juicio cuando califica las orientales de Arolas, de «dechado de inspiración colorista, tal como nunca se vió en castellano y que solamente podría encontrarse en las canciones persas y arábigas, cuya disposición imita y cuyo lenguaje, abrasador como las arenas del desierto, hizo suyo el poeta escolapio».

¿Ignora el lector la iniciación de la malograda pasión del P. Arolas? Para satisfacción del que la ignore trasladaremos aquí las propias palabras del vate escolapio, estampadas en la dedicatoria de una de sus empresas poéticas. «Un sepulcro sencillo—dice—es todo el trofeo de mi pasión malograda; a su pie nacen con la luz de la aurora unas flores pá

De Don Fermín P. y Menéndez.

(Matinal.)

Ya la alborada a descorrer empieza,
de luz haciendo seductor derroche,
los macabros cendales de la noche
que a lo ignoto se van con su tristeza.
El valle que se anima, aroma exhala,
del río en el cristal la brisa juega,
y, por la fértil y sedante vega,
el arroyuelo con rumor resbala.
...y cantan este amanecer sereno
que viene rojo y de delicias lleno,
rasgando nubes y dorando crestas,
los que cantan las dulces alboradas,
¡los pastores de todas mis majadas
y las aves de todas mis florestas.

lidas que han de morir con el día y que simbolizan mi desgracia». Era purísima esa pasión de ultratumba, muy a tono con la exaltación romántica de aquel tiempo.

También la mujer tiene digna representación en la escuela del Romanticismo, distinguiéndose entre las poetisas que más fama adquirieron en esta época, Gertrudis Gómez de Avellaneda. Nació en Puerto Príncipe, en 1816. No fué su vida un dechado de venturas. A los veinte años vino a la Península, dándose a conocer por sus bellas poesías en algunas ciudades importantes y en el Liceo de Madrid. Contrajo matrimonio en 1846, y viuda a los pocos meses, se recluyó en un convento de Burdeos. Sedujéronla nuevamente los halagos del mundo, y, tornando a Madrid, siguió cultivando la poesía, y escribió para el teatro, constituyendo un ruidoso triunfo la representación de su *Baltasar* (1858), estreno que coincidió con un atentado contra la vida de su segundo marido, el coronel don Domingo Verdugo. Marchó el matrimonio a la Habana y allí falleció el coronel Verdugo, regresando Gertrudis en 1864 a la Península, en donde falleció el 2 de Febrero de 1873. La Avellaneda cultivó con igual éxito la poesía lírica, el teatro y la novela. Sus infortunios como mujer son un sarcasmo de sus triunfos en casi todos los géneros de la literatura.

Toda cumbre del romanticismo en la poesía lírica se achica, ante el Himalaya de lo tradicional y lo legendario, que se llama don José Zorrilla. Ha sido por la auto-sugestión romántica, y por la favorabilidad del ambiente el poeta más popular de la raza; pero no ya sólo por sus producciones dramáticas,

algunas de ellas tan conocidas del pueblo y celebradas de la multitud; no ya sólo por el lirismo, la frescura, la espontaneidad de sus poesías, sino por algo más hondo, más inherente a la entraña de ese mismo pueblo, más subjetivo: por haber sabido remozar el romancero con la creación de sus leyendas sugestivas.

Zorrilla nació en Valladolid, el 21 de Febrero de 1817. Recibió la primera educación en el Seminario de nobles de Madrid, en donde al frente de la compañía infantil del colegio, aprendió a declamar maravillosamente los versos del teatro clásico. Después permaneció algún tiempo en Toledo, estudiando en sus monumentos la historia muda de sus tradiciones y sus leyendas; trasladándose nuevamente a Madrid, ya en pleno período de disparidad con sus padres que deseaban darle una carrera, contrariando las inclinaciones del futuro poeta. En Madrid cultivó como pocos la vida bohemia. Pero no se envanezcan los «ratés» de ahora, suponiéndose en parentesco espiritual con Zorrilla. Las andanzas de Espronceda, de Zorrilla, de Bécquer, nada tienen de común con las malandanzas de ciertos bohemios de ahora, que todos tenemos en las mientes y que no merecen bajar a los puntos de la pluma. En plena vida romántica Zorrilla dibujaba, escribía, peroraba en los clubs y en los cafés. Fundó un periódico de oposición y anduvo escondido, acosado por la policía Entonces ocurrió la triste muerte de *Fígaro*, de aquel otro genio malogrado en los mejores años de su vida. Concurrió Zorrilla al entierro, y cuando hubo terminado el marqués de Molins un discurso en loor del muerto, adelantóse Zorrilla hasta el bor-

de de la fosa y dió lectura a los conocidos versos que terminan con la siguiente incongruente redondilla:

«Que el poeta en su misión
sobre la tierra que habita,
es una planta maldita
con frutos de bendición.»

Bastantes años después, cuando el 22 de Junio de 1889 se le coronaba en Granada, la ciudad favorita de su estro y de sus amores, añoraba Zorrilla esa aventura en los siguientes versos:

«Broté en un cementerio, cual flor de jaramago,
parásito en sus tapias, sobre sus tumbas flor;
cogióme un torbellino, me echó en el viento vago;
me transformó en alondra y yo aspiré a condor.»

Pretender narrar las aventuras de Zorrilla, fuera prolijo empeño. Los círculos literarios le abrieron sus puertas. Pero el poeta había nacido para cantar y volar. Vivió mucho tiempo en Méjico, en la Corte del desdichado emperador Maximiliano, de la que fué el mejor ornamento. Cuando el emperador fué fusilado, compuso Zorrilla contra Méjico la más feroz diatriba que se haya escrito contra ningún pueblo. Pues véase lo que es el ascendiente del genio. En la muerte del poeta mejicano Peón y Contreras, toda la prensa de aquel país se jactaba en proclamar que Peón y Contreras había sido uno de los más insignes discípulos de Zorrilla. Su regreso a la Patria constituyó un inmenso triunfo.

Un periódico hizo la siguiente curiosa observación a la muerte de Zorrilla: «En Febrero de 1817, nació en Valladolid el insigne poeta. En Febrero

de 1837 nació a las letras, dándose a conocer en Madrid con su famosa poesía ante el cadáver de Larra. En Febrero de 1893, pronunciaron sus labios las últimas palabras, con la exclamación de ¡Cuánto he escrito!»

Zorrilla ha personificado, como ningún otro poeta, los anhelos románticos de una edad añorante de sus pasadas grandezas. De ahí el éxito de sus leyendas: el triunfo de la poesía tradicional y legendaria. (P. Blanco García). No halla éste inconveniente en negar condiciones de gran lírico a nuestro poeta. «Mientras gozan—dice—inmarcesible juventud las canciones de Espronceda, ¿cuál entre las de Zorrilla resiste al empuje de los años?» ¿Tuvo el eminente crítico presente al trazar esas líneas, *La Corona Poética de la Virgen?* Mejor le juzga Fitzmaurice Kelly, cuando dice que más dramaturgo de lo que él mismo imaginaba era Zorrilla. Otro aspecto de aquella exaltación romántica: nadie ha sabido hallar de tan exacta manera, la repercusión de los latidos de un pueblo como Zorrilla, en su *Don Juan Tenorio.*

Después de Zorrilla, centellea el genio de la poesía en García Gutiérrez, Hartzenbusch, Rodríguez Rubi y Ventura de la Vega, entre otros, en quienes el romanticismo señala el triunfo de sus últimos grandes adeptos. Todos ellos merecen especial mención.

Antonio García Gutiérrez, «maestro en suave poesía». (Fitzmaurice Kelly) nació en Chiclana, el 5 de Julio de 1813. Su vida fué la más evidente demostración del triunfo del talento sobre todos los obstáculos que se opongan a una inclinación veh e men-

te. Estudiante de medicina, abandonó la carrera para dedicarse al cultivo de las letras, viniendo a Madrid sin recomendaciones y sin recursos. Cuando tocó los desengaños de la postergación y la indiferencia, sentó plaza en un regimiento de milicianos. El estruendoso éxito de su famoso drama *El Trovador*, otra fuente de inspiración para Verdi, le valió la licencia absoluta, En 1844 emprendió un viaje a América, residiendo, sucesivamente, en Cuba y en Yucután, para volver, cinco años después, a la Madre Patria. Falleció en Madrid, el 26 de Agosto de 1884.

Juan Eugenio Hartzenbusch, hijo de padre alemán y de madre española, nació en Madrid el 6 de Septiembre de 1806. Parece como si al transmitirle su padre la sangre germana, hubiérasele infundido todo el entusiasmo que siente esa noble raza por la literatura española. Siguiendo el oficio de su padre, fué ebanista en sus primeros años, pero no por eso abandonó su instintiva afición a la literatura, a la que se consagró de lleno después del inmenso triunfo que coronó el estreno de *Los amantes de Teruel*. De esa obra arranca su reputación de gran poeta, corroborada por otros éxitos posteriores. Fué también prosista, crítico, bibliófilo y erudito consumado. En 1864 se le otorgó la dirección de la Biblioteca Nacional. Falleció el 2 de Agosto de 1880.

Don Manuel Bretón de los Herreros está reputado como uno de los más irresistibles versificadores del teatro contemporáneo. Poseyó una facundia portentosa. Escribió ciento setenta y cinco obras dramáticas. Nació en Quel (Logroño), el 19 de Diciembre de 1796. Cuando estudiaba en Madrid, abrazó volun-

tariamente la carrera de las armas, para defender la Patria en el último período de la guerra de la Independencia. Fué precursor del ingenioso Luis Taboada, en lo de quedar tuerto (perdió un ojo en un desafío) y hacer a costa de esta desgracia abundantes chistes. Sucesivamente, le ocuparon la Administración, el periodismo y los cargos de director de *La Gaceta* y de la Biblioteca Nacional. Falleció en Madrid el día 8 de Noviembre de 1873.

Junto a Bretón y como su discípulo en la dramaturgia, coloca la crítica a Ventura de la Vega, natural de Buenos Aires (14 Julio 1807). Constituyó un elemento de acomodo entre las escuelas clásica y romántica, fusionando ambas. (P. Blanco García). Trajéronle a Madrid a la edad de doce años. Cuentan sus biógrafos que no obstante su corta edad, antes de embarcar en Buenos Aires, formó un formidable escándalo, resistiéndose a partir para la Península «tierra de la opresión y la tiranía». Esa es la fama que hemos sabido forjarnos en América. Fitzmaurice Kelly reprocha a nuestro poeta haber malgastado su talento entre bastidores y en la política. (Recuérdense nuestras reflexiones acerca del duque de Rivas) A pesar de ello triunfó en el teatro con *El hombre de mundo,* entre otras celebradas obras y en la lírica con bellísimas composiciones impecables de forma, como *La agitación* y *A orillas del Pusa*. Después de ocupar elevados puestos, como el de preceptor literario de Isabel II y secretario particular de la misma reina, falleció el 29 de Noviembre de 1865.

Finalizado con Ventura de la Vega el romanticismo, para enfrentarnos con uno de los más ingenio-

sos sonetistas del Parnaso español, precisa pasar por la siguiente enumeración: don José Selgas, nacido en Murcia el año 24, muerto en Madrid el 82; don Antonio Arnao; don Francisco Zea; don Antonio de Trueba y don Antonio Hurtado

Muy a la ligera juzga a Manuel del Palacio Fitzmaurice Kelly. Claro es que el ilustre hispanófilo no ha escrito una monografía lírica, sino una Historia general de la Literatura Española. De haber trazado aquélla, seguros estamos que su juicio acerca de este poeta hubiera sido más detenido y más indulgente. «Desgraciadamente—dice—la necesidad le obligó a escribir sin descanso, de suerte que sus sonetos, canciones y coplas, sólo dan ligera idea del chispeante ingenio que malgastó en las tareas periodísticas».

De muy distinta forma le juzga el P. Blanco García. «Donde más resaltan—dice—sus condiciones de poeta es en el difícil soneto, que cultiva con asiduidad y cariño, jugando con las asperezas del artificio métrico» Ese es nuestro juicio. «Lo esmerado y sobrio de la factura—añade—lo enérgico de la frase y lo elevado del concepto no estorban a la transparencia y claridad de la exposición». Exactísimo.

Recuérdese lo que se ha dicho en el prólogo acerca de las singulares dotes de Manuel del Palacio como sonetista. No fué un innovador. ¿Quién lo asegura? No un revolucionario. Por el contrario, tienen sus sonetos cierto sabor clásico, habiéndosele hallado antecedentes en poetas del siglo XVII y precursores del fuste de Lope de Vega y Quevedo. ¿Cómo ha podido enconarse la crítica contra este

poeta? Los sonetos de Manuel del Palacio son impecables de forma y responden perfectísimamente al pensamiento, ora grave, ora festivo, del poeta. Ante los sonetos de este vate batirían palmas Boileau y Martínez de la Rosa, y juzgarían vencidas todas las dificultades con que ellos cerraron la entrada hermética de esa composición.

IX

Los continuadores de la Escuela Sevillana.—Bernardo López García.—Bécquer.—La poesía filosófica.—Campoamor.—Núñez de Arce.—Gabriel y Galán y otros poetas.

NUEVAMENTE tropezamos con la Escuela Sevillana, mantenida por el presbítero y profesor de Retórica, don Francisco Rodríguez Zapata, cuyo soneto *A Dios* que se publica en esta Antología, fué una de sus mejores piezas líricas; don Amador de los Ríos, don Manuel Fernández y González y don Narciso Campillo.

Bernardo López García merece párrafo aparte, no porque fuera mejor poeta que los anteriores, sino por la singularidad de sus famosas décimas: *El dos de Mayo*. Ni mejor ni peor esos versos que el himno *A las víctimas del Dos de Mayo* y la alegía *El Dos de Mayo*, originales ambas composiciones de don Juan Nicasio Gallego, las décimas de López García no reunen otra cualidad que la ampulosidad y la hipérbole. Por eso han llegado al pueblo. Todo lo detonante puede, desde luego, considerarse como constitutivo de la preferencia popular. Acaso escribió López García versos más correctos que sus célebres décimas; pero el recuerdo de la posteridad y el mo-

numento que tiene erigido en Jaén, únicamente le acompañan en la cristalización, en esas décimas, de los anhelos y las ansias de un pueblo hollado en lo más sagrado de su honor y su hidalguía.

Gustavo Adolfo Bécquer, con Campoamor y Núñez de Arce, forma un valioso triunvirato de la lírica española en el pasado siglo. En las poesías de Bécquer se han advertido reminiscencias de Heine. Creó escuela, como Campoamor, demostración inequívoca de su incuestionable valía Ha sido tachado de desigual en el estilo de sus obras. Hijo fué ello de lo atormentado de su vida. Nació en Sevilla, el 17 de Febrero de 1836, quedando huérfano a los diez años. A los diez y ocho vino a Madrid, sufriendo toda suerte de desdichas. Es gran intolerancia con la humana flaqueza, cuando el genio se revela indómito, esa nota de desigualdad, en la terrible lucha de todas las horas entre la mente generosa, pletórica de genio, y las miserias y los sinsabores de la vida. Murió a los treinta y cuatro años (22 de Diciembre de 1870), dejando una meritísima labor en sus celebradísimas *Rimas*.

Campoamor (1819-1901), marca la plenitud de la poesía filosófica con sus *Doloras*, *Pequeños poemas* y *Humoradas*, tendencia que se cuidó de amplificar en su *Poética*.

Don Gaspar Núñez de Arce fué un gran poeta y un hombre de acrisolada consecuencia y lealtad. Figura gigantesca de nuestra literatura, toda su obra lírica es un dechado de enjundia en la concepción y de acrisolada pulcritud. Fué en algún respecto artista del temple de Palacio Valdés, salvando los géneros y el tiempo en que ambos han producido. Un

absente como otros muchos hombres de genio, como Menéndez Pelayo, arrojado en la fosa por el carácter absorbente de un político que le disputó la Presidencia de la Real Academia Española. ¿Vienen a cuento estas digresiones? ¡Sábelo Dios!

También fué filosófica la poesía de Núñez de Arce, pero de más ropaje y amplitud que la de Campoamor, sin duda, porque mejor que éste, podía don Gaspar emparejarse con Espronceda y con Zorrilla. Fué un poeta clásico, como Quintana, con quien se le ha comparado. Rememoraba los éxitos de la Escuela «salmantina». «Había nacido para cantar la libertad digna y tranquila, o para seguir las huellas de su maestro Quintana» —dice Fitzmaurice Kelly—. «Hermano de Quintana—dice un biógrafo, — halló el motivo de sus cantos en el estado de la conciencia nacional agitada por las revoluciones». Sus *Gritos del combate* fueron el resultado de su conciencia y su inspiración.

Como se da a entender más arriba, Núñez de Arce nació en Valladolid, en 1834. Antes de entregarse de lleno a la poesía lírica dedicóse a la dramática, estrenando *La cuenta del zapatero* y *El haz de leña*, obra esta última reputada como el mejor drama histórico del siglo XIX. Consagróse al periodismo y tomó parte activa en la política. Fué gobernador de Barcelona, director general, consejero de Estado, ministro de Ultramar y senador vitalicio. En los últimos años de su vida, sepultóse en la Dirección del Banco Hipotecario, sedentario destino en que le halló la muerte en 1903.

Desde Núñez de Arce hasta los grandes poetas que aún viven y producen, sólo una sucinta relación

podemos ofrecer. Ninguna cumbre ejercerá irresistible atracción en nosotros. Citemos al conde de Cheste, a don Serafín Estébanez Calderón «El Solitario», autor del famoso soneto contra su antiguo camarada y después irreconciliable enemigo, el bibliófilo don Bartolomé José Gallardo, a don Antonio de los Ríos Rosas, a don Aureliano Fernández Guerra, considerado por el P. Blanco García como un rezagado del siglo XVII «que aduna - dice—la enérgica originalidad de Quevedo, con la placidez y melancólica ternura de Rioja»; a don Fernando de la Vera e Isla, reputado como tránsfuga del romanticismo, gran sonetista; a Carlos Rubio, Alcalá Galiano, Joaquín M. Bartrina, Federico Balart, Manuel Revilla, Emilio Ferrari, Manuel Reina, Gabino Tejedo, Aparisi y Guijarro, Carlos Coello, considerado también como buen sonetista; Carlos Fernández Shaw y otros.

José María Gabriel y Galán, reverdeció con su clásico y armonioso estro los laureles de la escuela salmantina. Algunas de sus poesías destellan «algo sutil, rayo del genio de Fray Luis de León», en frases del insigne británico, historiador de nuestra Literatura.

De los poetas vivos ¿qué se ha de decir? Atravesamos un período pródigo en manifestaciones culturales de todo género; un período de Renacimiento y pudiéramos aseverar que la poesía lírica ocupa un digno lugar en este florecimiento artístico. Muchos de los poetas vivos están ya consagrados; a otros fáltales el óleo del aplauso crítico pero el lector juzgará acertadamente si piensa que todos estos vates modernos que tienen aquí catalogación son muy

excelentes poetas, dignos, ciertamente, de escalar muy pronto la cumbre de la celebridad y del éxito público.

Acaso no consten en este libro, en esta Antología, todos los poetas que debieran figurar en ella. Júzguese ello una involuntaria omisión, hija a veces de dificultades invencibles.

ANOTACIONES A LOS SONETOS

1

Algunos han creído hallar en este nombre un pseudónimo de Lope de Vega; pero éste mismo deshace el error en la advertencia preliminar que pone a sus obras. «Nada más exacto que la existencia de Tomé—dice Fitzmaurice Kelly—. Natural de Torrelaguna, estudió en Alcalá de Henares por los años de 1554 a 1556. Se enamoró de «Filis rigurosa», a quien canta; sirvió en Italia y cuando regresó halló que su amada se había casado con un viejo rico. Desesperado entró en religión. Tradujo muchos sonetos del italiano, de Tasso, Benedetto, Barchi, Giambattista, Amaltee. Merece alabanzas por sus poesías originales, galantes, tiernas y sentimentales».

2

Dícese que fué portugués, y que avecindado en Sevilla, tuvo que huir, perseguido como judaizante por el Santo Oficio.

Casi todas las poesías que escribió son filosófico-morales.

3

Según don Adolfo de Castro, Hoces y Faria y Quintana trasladaron así este verso:

«borde, saliendo Flérida de flores».

«Parece más natural—consignó el señor Castro—que el obsequio sea dirigido a Flérida, y no que Flérida borde el campo»...

4

Se halla grabado este soneto en una lápida de mármol, colocada en los jardines de San Telmo, junto al mismo río.

5

En la Justa poética que celebró Sevilla a San Juan de Dios, intercaló un geroglífico don Diego Jiménez de Enciso, caballero de Santiago, alcaide del Alcázar de Sevilla, autor de *Los Médicis de Florencia y el Príncipe don Carlos*. Al pie del geroglífico se leía esta quintilla:

En sí son olas del mundo
las glorias con que ofrecéis
a Juan con mayor profundo;
En ciso, no lo dudéis,
ciento por uno tendréis.

Salinas tomó pie de la quintilla para componer esta décima:

Los misterios que en el viento
fundar vuestra musa quiso,
como *en ciso* no es Enciso,
en si son sin fundamento.
Dad al tercer elemento
su lugar, que es necio asunto
salir conceptos de punto
sobre supuesto tan vano,
y sin saber canto llano
meteros a contrapunto.

6

«Publicado por don Juan Antonio de Vera y Zúñiga, en su *Panegírico por la poesía.*»—Castro.—Poetas Líricos. Autores Españoles.

Digno soberano poeta de aquella cohorte de vates, pintores y escultores del siglo de oro, Felipe IV, más atento a las musas que a la gobernación del Estado, fué otro don Juan II. Las frondosas alamedas del Retiro eclipsaban los encantos de Versalles. En el mayestático recinto vibraba el acento de la poesía y sonreía el cielo y suspiraba la tierra embelesada, mientras naufragaba la nave del Estado.

De los entretenimientos literarios de aquel rey-poeta y sus poetas cortesanos, cuéntase la siguiente anécdota:

«Quiso Felipe IV divertirse una tarde en el Retiro con una comedia improvisada. Acompañaban al monarca, Vélez de Guevara, ujier de cámara del rey, Calderón, Moreto y otros peregrinos ingenios de la Corte, y a todos distribuyóles papel Felipe IV, que había elegido por asunto la Creación. Vélez de Guevara haría de Padre Eterno; Calderón, de Adán; de

Abel, Moreto, y así sucesivamente. Pero dejemos desde aquí la palabra al autor de la *Declamación Española*, de quien transcribimos la anécdota: «Dispensó el rey a todos los personajes los detalles de indumentaria, comenzando por Adán, que no llevaba traje propio; y como hubiera hurtado Calderón a Vélez algunas golosinas, comenzó así el diálogo:

Adán. Padre eterno de la luz,
¿Por qué en mi mal perseveras?
P. Eterno. Porque os comistéis las peras;
y juro a Dios y a esta cruz,
que os he de echar a galeras.

Soltó Adán la taravilla en su defensa, con asombro del rey y de los circunstantes, sin extrañar que nuestro Padre primero tuviese inspiración calderoniana; pero como no llevase trazas de concluir en aquella tarde, y el Padre Eterno ya no podía resistir en la mano el peso del mundo (que había de ser un gran canto, sino una esfera de jugar a los bolos), interrumpióle de esta suerte:

Por el Cielo superior
y de mi soplo formado,
que me pesa haber criado
un Adán tan hablador.

Y dejó caer el mundo, que desde entonces rueda como dejado de la mano de... Vélez de Guevara...»

7

Hijo de Felipe III. Nació en Madrid el 13 de Setiembre de 1607. Como su hermano Felipe IV, fué hombre de mucho ingenio. Escribió profusión de

versos, pero se conservan muy pocos. Murió el infante don Carlos muy joven, el 29 de Julio de 1632.

Entre los versos de este príncipe-poeta, que se han rescatado del olvido, figura el precioso soneto que en este libro se publica. Insértalo Sedano en el *Parnaso Español* como obra de Carlos II el *Hechizado*. «Con tanta ligereza—dice con razón don Adolfo de Castro, juzgando ese hecho—hablaban de las antiguas obras nuestros eruditos».

8

Discípulo aventajado en la lírica y gran amigo de Calderón de la Barca. Nació en Soria en 28 de Agosto de 1642. Murió en 29 de Noviembre de 1673.

9

Nació en Sevilla el 27 de Diciembre de 1753. Murió en Madrid el 9 de Noviembre de 1834. Escribió muchas poesías filosóficas y religiosas.

10

Con el hermosísimo de Fray Pedro de los Reyes, se inaugura una sección de sonetos místicos, inapreciables joyas de la lírica castellana.

El misticismo fué rico cauce de inagotable manantial, por el que fluyó en el Siglo de Oro la vigorosa savia de la lírica española. Teólogos aquellos grandes poetas, tanto como insignes humanistas, no hay

una sola excepción entre todos ellos de incredulidad o indiferencia.

La mística española es un monumento que maravilla y obsesiona. El testimonio de un erudito, Nicolás Antonio, cifra en más de tres mil las obras místicas y ascéticas castellanas. Y es ello perfectamente explicable: nación España de insignes poetas y prosistas; en donde germizaron, en contraposición del espíritu de libre examen de las otras naciones de Europa, las hondas raíces del espíritu católico; en donde bajo la cota de malla de un guerrero alentaba el presagio de una santidad, tenía forzosamente que condensarse en nuestra patria la exaltación privilegiada y triunfante de ese espíritu místico y ascético.

Apenas ha habido un poeta español, después de la Reforma, que no arrancara los más dulces acordes a su lira en holocausto a la divinidad. Húbolos antes de ese tiempo que también escribieron poesías religiosas. En los albores de nuestra lírica hay manifestaciones de ese género. Pero el glorioso período de la literatura mística no comienza realmente hasta Santa Teresa, a la que siguieron San Juan de la Cruz, Fray Luis de Granada, Molán de Chaide, Arias Montano y otros rutilantes astros que giraron en torno de aquel incandescente sol que tenía su ígneo centro en el alma de la Paloma abulense.

11

Relación de fiestas en Sevilla a la Purísima Concepción, por el Licenciado D. Francisco de Luque y Fajardo.—Sevilla, 1616.

12

Sagradas poesías.—Sevilla, por Clemente Hidalgo, 1612.

13

Se halla sin nombre de autor en el *Cancionero y vergel de flores divinas*, del Licenciado Juan López de Ubeda.—Alcalá de Henares, 1588.

14

«Arte Poética Española».—Salamanca, 1592.—Este soneto es *retrógrado;* quiere decir, que se lee igualmente al derecho que al revés.—Rengifo se singularizó en esos entretenimientos.

15

Cura de San Vicente de Avila.—Fiestas de la Ciudad de Salamanca a la beatificación de Santa Terese.—Salamanca, 1615.

16

«Ingenioso autor del siglo XVII, poeta y filósofo moral, de muy buen gusto literario y de mucha ciencia».—*Castro.*

17

Nació en Montilla y estuvo al servicio del rey de Portugal, duque de Braganza, con el grado de Capi-

tán. Dícese que abrazó el judaísmo, tomando el nombre de Daniel Levi. Su padre, Simón de Barrios, era judío converso. Pero en la primera edición de sus comedias y poesías, en Bruselas, aparece con el nombre de Miguel de Barrios.

18

Juan Rufo, autor de *La Austriada*, natural y Jurado de la ciudad de Córdoba. Asistió en calidad de prócer a las Cortes de 1570.

19

No se tienen de él noticias. Es autor del poema *La creación del mundo*, impreso en Roma en 1615. Por una expresión que se la escapa en una de las octavas del poema, sábese que era natural de la Vera de Plasencia.

20

Filis era la hermosa y joven actriz María Ignacia Ibáñez, muerta en edad temprana, a quien profesaba Cadalso un amor idolátrico. Se arruinó por ella y ella le fué fiel hasta la muerte, despreciando las pretensiones de todos. La muerte de María Ibáñez determinó que Cadalso escribiera *Las noches lúgubres*. Enloquecido por el dolor de su muerte, mandó desenterrar el cadaver de María Ibáñez. La macabra determinación costó al sepulturero ir a presidio y a Cadalso las reconvenciones del conde de Aranda y el destierro de la Corte.

21

Hallado entre otros manuscritos, en la Biblioteca Municipal de Madrid.

22

Cuando don Nicolás moría, su hijo Leandro, de edad de veinte años, ganaba diez y ocho reales diarios, de oficial aventajado en una joyería. «No es este el único ejemplo—dice un biógrafo—que nos presenta la historia de grandes escritores dramáticos salidos del taller, desde el batihoja Lope de Rueda, hasta uno de los mejores ingenios que en nuestros días honran el Parnaso Español».

Nació en Madrid el 10 de Marzo de 1760. A la muerte de su padre, crecieron sus aficiones literarias, que había cultivado en la niñez; y después de algunos triunfos en la poesía lírica, comenzó a escribir para el Teatro, legándonos esas maravillosas comedias, llamadas a introducir una revolución en la dramaturgia.

Jovellanos le recomendó a su amigo Cabarrús, encargado por el gobierno de una misión importante en París, quien llevó a Moratín en calidad de secretario. En París conoció y trató a Goldoni, príncipe del Teatro italiano, desterrado de su patria, Venecia.

Restituídos a España, Cabarrús cayó en desgracia y fué perseguido.

Para gozar de un beneficio que le otorgó Floridablanca, se ordenó Moratín de primera tonsura. Más tarde Godoy tomóle bajo su protección, confiriéndole un beneficio en la Iglesia de Montoro, de valor de

3.000 ducados y una pensión de seiscientos sobre la mitra de Oviedo, renta que le aseguraba una subsistencia honrada y el modo de entregarse de lleno a las tareas literarias.

Pidió a Godoy y consiguió de él, permiso para emprender un viaje por Europa. Hallándose en París, presenció las abominaciones del populacho, paseando en triunfo, clavada en una pica, la cabeza de la princesa de Lamballe. Visitó Inglaterra, Italia y Alemania. Recorrió Suiza y se trasladó a Bolonia. Visitó nuevamente las principales ciudades italianas y embarcó para España, a donde llegó el 11 de Diciembre de 1796.

A su vuelta desempeñó la Secretaría de la interpretación de lenguas. Dió sus mejores obras al teatro, y en estas tareas le sorprendieron la caída de Godoy, primero, y la invasión francesa, después. Permaneció en su puesto oficial y se le tildó de afrancesado. Siguió la causa de los invasores. Perseguido por el recelo de los patriotas, emigró a Francia, cuando la restauración.

Abolido el absolutismo, se acogió a la amnistía y volvió a España, estacionándose en Barcelona. Vuelto nuevamente a Francia, fijó su residencia en Burdeos. Murió en París a las dos de la madrugada del 21 de Junio de 1828, recibiendo sepultura en el cementerio del Padre Lachaise, entre las de Molière y Lafontaine.

Púsosele el siguiente epitafio: «Aquí yace don Leandro Fernández de Moratín, insigne poeta cómico y lírico, delicias del teatro español, de inocentes costumbres y amenísimo ingenio. Murió en 21 de Junio de 1828».

23

Jovellanos nació en Gijón el 5 de Enero de 1744. Estudió Leyes y Cánones en la Universidad de Avila, y después pasó a Alcalá de Henares buscando mayor campo para sus estudios.

Sus amigos de Madrid le hicieron desistir de la carrera eclesiástica, aunque ya había recibido la primera tonsura, y consiguieron que el gran Carlos III le nombrase Alcalde de la sala del crimen en la Audiencia de Sevilla.

«Era Jovellanos—dice don Cándido Nocedal, en su discurso preliminar a las obras de aquel insigne patricio—religioso sin afectación, ingenuo, sencillo como un niño, siendo fácil empeño engañarle; amante de la verdad, aficionado al orden, suave en el trato, firme en las resoluciones, agradecido a sus bienhechores, en la amistad constante, en el estudio incansable, duro y fuerte para el trabajo.»

En 1778 fué nombrado Alcalde de Casa y Corte y trasladado a Madrid. Después Carlos IV le nombró su ministro de Hacienda; pero mal avenido con la vida cortesana, se apartó de aquella degradada Corte, cayendo en el real desagrado, y siendo perseguido y encarcelado en las Baleares.

No se casó por creer que estando ordenado de la primera tonsura estaba obligado a consagrar su vida a la castidad.

Padeció grandes infortunios con motivo de la guerra de la Independencia, en los que se manifestó su alma grande y heróica, y murió el día 27 de Noviembre de 1811.

24

Tiknor le reputa feliz imitador de Fray Luis de León. Pero sus poesías más populares pertenecen al género festivo. Es autor de la bellísima canción: «El murciélago alevoso». Nació en Ciudad Rodrigo. A los dieciocho años tomó el hábito de San Agustín. Antes de morir entregó sus bellas poesías a su amigo del alma Padre Fray Juan Fernández (su biógrafo) con otros documentos, para que todo lo quemase. El Padre Fernández se cuidó muy bien, cuerdamente, de quemar las poesías. Murió Fray Diego González el 10 de Setiembre de 1794.

25

Arriaza, el traductor de *L'Art Poetique* de Boileau, nació en Madrid el 27 de Febrero de 1770. Sirvió en la Marina real hasta la edad de veintiocho años. Larga enfermedad que le produjo miopía incurable, obligóle a dejar el servicio militar el año de 1798. Entró en la carrera diplomática y fué agregado a la Legación de Londres. En 1805 pasó a París. Después de una ausencia de dos años y medio volvió a España. Partidario constante del rey y del absolutismo, declaróse enemigo irreconciliable del rey intruso, de los afrancesados y de las Cortes de 1812. Fernando VII premió su lealtad con eminentes cargos. 54 sonetos de Arriaza publica la edición de Líricos del siglo XVIII de la Biblioteca de Autores Españoles. Fué consumado repentista. Maury decía de él, con

algo de hipérbole: «Desde Lope, Arriaza, es de nuestros poetas el que parece pensar en verso».

26

Apellidábase Villanueva y Ochoa, pero conocíasele más comunmente por el sobrenombre de «Solís». Nació en Córdoba el año 1774.

Desde sus primeros años dedicóse con decidida vocación al estudio del griego, inglés y otros idiomas. Hartzenbusch cuenta que a los cuarenta y siete días de haber comenzado Solís el estudio del idioma de Homero, se halló capaz de traducir en verso la *Batracomimaquia*. Gran amigo de Maiquez, en 1799 vino a Madrid de primer apuntador del teatro de la Cruz. Entonces tradujo algunas piezas de nuestro teatro clásico. Se alistó en las filas de los patriotas contra los franceses y fué hecho prisionero en la batalla de Uclés, debiendo la libertad a los ruegos de su esposa, la actriz doña María Rivera. Oscuramente murió en Madrid en Agosto de 1834.

27

Publicado en el «Album Poético Español», 1874, con esta nota: «Este soneto, escrito, como se ve, con pies forzados, demuestra la soltura y el ingenio con que el Duque de Rivas sabía vencer las dificultades del pensamiento. Fué improvisado en París en una reunión íntima a que asistieron Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano, don Joaquín María Ferrer y otros emigrados ilustres. El asunto era forzado como los

consonantes. Los concurrentes se esmeraron en buscar consonantes como «almanaque» y «abalorio» que estuviesen en discordancia con la época y el asunto».

28

Refiérese al que dispuso la ciudad de Barcelona en celebración de la jura de la princesa Isabel, primogénita de los Reyes Fernando VII y Cristina de Borbón, después Isabel II, reina de España.

29

Soneto escrito contra su antiguo camarada y después enemigo irreconciliable, el bibliófilo Don Bartolomé José Gallardo.

30

José María Torrijos nació en Madrid en 1791. Muy joven gozó de los favores de la Corte, pues a los diez años era paje del Rey, y a los diez y seis capitán. Distinguióse en la guerra de la Independencia. En justo premio a sus relevantes servicios ostentaba al finalizar la campaña la graduación de brigadier.

Pero su espíritu estaba imbuído de las corrientes liberales que germinaban por aquel tiempo en Europa y se singularizó por su oposición al absolutismo, huyendo a Inglaterra y refugiándose después en Gibraltar. Residiendo en esa plaza española detentada por Inglaterra, fué víctima del más infame complot y negra traición de que haya ejemplo.

Era gobernador militar de Málaga el general Vicente González Moreno. De acuerdo con éste, un

coronel de la guarnición trasladóse a Gibraltar y fingiéndose copartícipe de las ideas liberales de Torrijos, indújole a trasladarse a Málaga, asegurándole que con su sola presencia se levantaría la guarnición de aquella plaza como un hombre solo.

Torrijos cayó en el lazo que se le tendía. Con cincuenta y dos compañeros se embarcó para Málaga. Ya en alta mar, fueron los expedicionarios perseguidos por el guardacostas «Neptuno». Desembarcaron y se acogieron a una alquería. Según el plan convenido, desde ese lugar agitaron una bandera los conspiradores avisando de su presencia a los de Málaga; pero en lugar de la cooperación que aguardaban, González Moreno les bloqueó en la alquería, hasta que se les agotaron las provisiones y se rindieron, siendo vilmente fusilados el 11 de Diciembre de 1831. Con Torrijos figuraron en la expedición y fueron también pasados por las armas, el oficial inglés Roberto Boyd y el diputado de las Cortes de Cádiz Don Francisco Fernández Golfín.

¡Cuántas veces nos hemos detenido a considerar aquel drama, abismados en profunda emoción, ante el magnífico lienzo de Gisbert, existente en el Museo de Arte Moderno!

González Moreno fué premiado por Calomarde, con la Capitanía General de Granada. Pasóse después al bando carlista, y sus propios soldados le asesinaron en 1839.

31

Nació el 9 de Marzo de 1734, en Zafra (Badajoz). Murió en Madrid el 12 de Marzo de 1787. Es autor de la tragedia *Raquel*.

32

Amenazaba ya el levantamiento general de Europa contra Bonaparte.—Publicado en Cádiz en el año 1812.

33

Valera califica a Alarcón de poeta humorístico, copiando, en corroboración de ello, varias poesías. Fué en sus mocedades librepensador. «Por dicha—dice Valera—la incredulidad de Alarcón hubo de trocarse pronto en fe espiritualista.»

El mismo Valera publica estos versos de Alarcón:

«¡Yo soy muy desgraciado!
Yo me quiero matar. ¡Yo estoy muy triste!
¡Yo estoy desesperado!
Aborrezco la vida y cuanto existe,
y vamos... el morir se me resiste.
¡Ven a mi frente, rayo!
¡Ven a mi oreja, trueno!
¡Maldito sea Mayo!
¡Bendito sea el veneno!
¡Bendito sea el demonio que no es bueno!»

34

Edición de las obras completas.—1851.—Publica nueve sonetos.

35

De la colección de sus obras dramáticas y líricas. París, 1866.—Publica sólo tres sonetos.

36

Don Mariano Roca de Togores, marqués de Molins, «buen poeta, buen español, buen caballero», como le llama su biógrafo Hartzenbusch.—Publícanse 22 sonetos en la edición de sus obras.—Madrid, 1881.

37

A su muerte se editaron sus obras por suscripción nacional. La Real Academia Española costeó el entierro. Nació en Murcia el 27 de Noviembre de 1822. Murió en Madrid el 5 de Febrero de 1882. Se le llama con justicia el cantor de las flores. Este delicado cantor cautivó nuestra inteligencia en la niñez, con las hermosísimas quintillas de su composición *La modestia*.

38

Don Antonio Ros de Olano, Teniente General, Conde de Almina, Marqués de Guad-el-Jelú, Grande de España, Senador vitalicio, quien dió nombre al chacó denominado «ros» (como dice su biógrafo don Pedro Antonio de Alarcón) no figura aquí por ninguno de esos ostentosos títulos, síno por el más sencillo y noble poeta.

39

Del libro *La voz del creyente*. El Padre Blanco García lo cita con el nombre de Poesías Católicas. Lo son. Pero su título es el primero.

Dedicó esta obra su autor a la Virgen de la Fuensanta, Patrona excelsa de Murcia. Tras la satisfacción de exteriorizar en ella sus fervores religiosos, he aquí el anhelo de Arnao al publicar la obra: «Ojalá, como recompensa de mis afanes—decía—digan de este libro los padres vigilantes: He aquí un nuevo amigo que podemos recibir en el seno de nuestra familia».

40

De las obras poéticas de don José Amador de los Ríos, precedidas de un prólogo de don Juan Valera.—Madrid, 1880.—Publica treinta y tres sonetos.

41

Hombre de mucho talento, de vasta cultura y de exquisito gusto literario, le llama su biógrafo don Pedro Alcántara García—«porque todas esas condiciones—añade—y algunas más se necesitan para, sin ser poeta, escribir tan buenas y delicadas poesías como las que nos ha dejado en su librito *Dudas y tristezas*».

Otro de sus panegiristas, Campoamor, no oculta que Revilla fué un poeta algo frío. Con graciosa malicia discúlpalo Campoamor, diciendo que Revilla perteneció en su juventud a la escuela krausista, «de la cual—agrega—no pueden salir artistas ni poetas». Por lo preciso de la expresión y por lo intencional de los pensamientos, concluye Campoamor llamándole poeta de primer orden.

42

Del libro *Ideales*, del que Grilo, bondadoso, con aquella sencillez que era el distintivo de su carácter, dedicó un ejemplar al autor de EL SONETO EN ESPAÑA. Hasta la redacción en donde luchaba éste, que así débese apellidar la labor periodística, llevó el pobre Grilo personalmente el abultado volumen. ¿Qué menos, como recompensa a tan evidente bondad, que esta sencilla nota?

43

Del libro *Poesía de la sierra.*

Carlos Fernández Shaw, el malogrado vate, cantor altivo de la Naturaleza, señalaba un reguero de luz y admiración al paso de su estro triunfante de adivino. Vino la *pálida* y atajó ese paso, dejando un sensible vacío en la Musa de Castilla.

44

El Padre Cámara, obispo de Salamanca, apologista del talento poético, del estro cristiano de Gabriel y Galán. Costeó una edición de bellas poesías de éste, precediéndolas de un entusiasta proemio, ofreciendo a sus «venerables hermanos en el Episcopado», a sus «deudos y amigos, los versos de su diocesano nuevo cantor de la vida del campo, de las virtudes del apacible hogar, de la influencia y mérito de la madre cristiana».

45

Recomendado por el autor.

Del libro *Ciento y un sonetos*. El Sr. Rodríguez Marín pone la siguiente nota al que publicamos:

«Mis ilustres amigos don Eduardo Pondal, renombrado autor de las colecciones de poesías intituladas *Rumores* y *Queixumes dos pinos;* don Antonio Thomaz Péres, excelente folklorista e inspirado poeta; el doctor don Juan Fastenrath, escritor eruditísimo y entusiasta hispanófilo, y Mr. Achille Millien, sabio literato, me han dispensado la honra de traducir este soneto, mejorándolo muy mucho, al dialecto gallego y a los idiomas portugués, alemán y francés. Me complazco en ofrecerles públicamente, por tal favor, la expresión de mi cordial agradecimiento.»

46

Del libro *Del tiempo mozo*.—Recomendado por su autor.

47

Del libro *Retratos antiguos*.

48

El soneto de don Juan Antonio de Torre y Salvador nos ha sido facilitado, con grandes encarecimientos, por el insigne director de la Biblioteca Nacional, don

Francisco Rodríguez Marín. Se trata de un soneto de historia. Menéndez Pelayo, a quien se mostró esa composición, supúsola de un autor del siglo XVII.

49

Del libro *Apolo*.—Recomendado por su autor.

50

Poeta tan modesto como inspirado, el señor Camúñez esconde su existencia en una ciudad provinciana, ni envidiado ni envidioso, como el prototipo de Fray Luis de León.

El soneto del señor Camúñez está dedicado al periodista don Pablo Sánchez de Enciso, con quien le une estrecha amistad.

ÍNDICE DE LOS SONETOS

ÍNDICE DE LOS SONETOS

	Págs.
De Santillana	18
» Villalpando	19
» Boscán	20
» Garcilaso	21
» Hernando de Acuña	22
» Cetina	23
» Francisco de Figueroa (El Divino)	26
» Castillejo	27
» Gregorio Silvestre	28
» Camoens	29
» Don Diego Hurtado de Mendoza	30
» Fray Luis de León	31
» Tomé de Burguillos	32
» Don Francisco Medrano	33
» Lupercio L. de Argensola	34
» Bartolomé L. de Argensola	35
» Fernando de Herrera	36
» Francisco Pacheco	37
» Don Juan de Jáuregui	38
» Antonio Enríquez Gómez	39
» Góngora	40
» Villamediana	41
» Trillo y Figueroa	42
» Quevedo	43
» Alonso de Bonilla	44

Págs.

De Francisco Rioja 45
» Arguijo 46
Del Dr. Juan de Salinas 47
De Pedro de Quirós 48
» Baltasar del Alcázar 49
» Don Erancisco de Borja (príncipe de Esquilache) 50
» Calderón de la Barca 52
» Felipe IV 53
» Cervantes 54
» Lope de Vega 55
Del Infante Don Carlos de Austria 56
De Don Agustín de Salazar y Torres 57
» Don Jerónimo de Cáncer y Velasco 58
Del Dr. Garay 59
De Damián de Vegas 60
» López Maldonado 61
» Don Juan Osorio de Cepeda 62
» Pedro de Espinosa 63
» Sor Juana Inés de la Cruz 64
» Don Gabriel Alvarez de Toledo 65
» Fray Jerónimo de San José 66
» Jerónimo de Herrera 67
» Don Tomás José González Carvajal 70
» Don Ignacio Gerardo Lobo 71
Del Dr. Diego de Torres Villarroel 72
De Don Ignacio de Luzán 73
» Fray Pedro de los Reyes 74
» Don Baltasar Estazo 75
» Don Cristóbal de Villarroel 76
» Don Sebastián de Córdoba 77
» Felipe May 78
» Fray Alvaro de Hinojosa y Carvajal 79
Del P. S. Bernardo de Cárdenas 80
De Luis de Ribera 81
» Arcángel de Alarcón 82

Págs.

De Fray Pedro de Padilla 83
» Fray Ambrosio de la Roca y Serna 84
Del Licenciado Dueñas 85
De Juan Díaz Rengifo 86
» Pablo Verdugo 87
» Damián de Vegas 88
» Doña Silvia de Monteser 89
» Fray Pedro Malón de Chaide 90
» Fray José de Sigüenza 91
» Don Luis Carrillo 92
Del Licenciado Cosme Gómez Tejada de los Reyes. 93
De Don Miguel de Barrios 94
» Juan Rufo 95
» Don Alonso de Acebedo 96
» Don Nicolás Fernández de Moratín 97
» Don José Cadalso 100
» Don Tomás de Iriarte 101
» Meléndez Valdés 102
» Don Leandro F. de Moratín 103
» Don Gaspar Melchor de Jovellanos 104
» Fray Diego González 105
» Don Juan Bautista Arriaza 106
» Don Dionisio Solís 107
» Don Manuel José Quintana 108
» Don Juan Nicasio Gallego 109
» Don Juan Pablo Forner 110
» Don Alberto Lista 111
» Don José Somoza 112
Del Duque de Rivas 113
De Don Francisco Rodríguez Zapata 114
» Don Antonio Alcalde Valladares 115
Del Conde de Cheste 116
De Don Serafín Estébanez Calderón 117
» Núñez de Arce 118
Benardo López García 119

Págs.

De Don Antonio Aparisi y Guijarro..... 120
» Espronceda..... 121
» Don Gabino Tejedo..... 122
» Don Fernando de la Vera e Isla..... 123
» Don Vicente García de la Huerta..... 124
» Martínez de la Rosa..... 125
» Don Antonio Alcalá Galiano..... 126
» Don Pedro Antonio de Alarcón..... 127
» Bretón de los Herreros..... 128
» Ventura de la Vega..... 129
» Zorrilla..... 130
» Don Miguel de los Santos Alvarez..... 131
» Arolas..... 132
» Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda..... 133
» Don Julián Romea..... 134
» Doña Carolina Coronado..... 136
» Don Eduardo Gasset..... 137
» Don Emilio Ferrari..... 138
Del Marqués de Molins..... 139
De Don José de Selgas..... 140
» Don Antonio Ros de Olano..... 141
» Don Juan Eugenio de Hartzenbusch..... 142
» Don Federico Balart..... 143
» Don Antonio Arnao..... 144
» Don Amador de los Ríos..... 145
» Don Antonio Cánovas del Castillo..... 146
» Don Manuel Revilla..... 147
» Don Manuel del Palacio..... 148
» Don Manuel Reina..... 149
» Don Antonio F. Grilo..... 150
» Don José Navarrete..... 151
» Don Narciso Campillo..... 152
» Campoamor..... 153
» Don Carlos Fernández Shaw..... 154
» Gabriel y Galán..... 155

Págs.

De Don José Echegaray 158
» Don Narciso Díaz de Escobar 159
» Don Francisco Rodríguez Marín 160
» Don Francisco Villaespesa 161
» Don Joaquín Dicenta 162
» Don Antonio de Zayas 164
» Don Juan Antonio de Torre y Salvador 165
» Don Emilio Bobadilla 166
» Don Juan Luis Cordero 167
» Don Manuel Machado 168
» Don Ricardo León 169
» Don Ricardo Cano 170
» Don Pedro Mata 171
» Don Antonio Rey Soto 172
» Don Leopoldo López de Sáa 173
» Don Javier Bugallal 174
» Don Norberto Torcal 175
» Don Pedro Luis de Gálvez 176
» Doña Blanca de los Ríos de Lampérez 177
» Don Guillermo Apolinar Martínez 178
» Don Juan Pérez de Guzmán 179
Del Dr. Cortezo 180
De Don Enrique de Alarcón 181
» Don Juan R. Jiménez 182
» Don Andrés González Blanco 183
» Don José Montero 184
» Don Maciano Zurita 185
» Don Pedro Riaño de la Iglesia 186
» Don Gonzalo Cantó 187
» Don Servando Camúñez 188
» Don José María Platero 189
» Don Manuel García Sañudo y Giraldo 190
» Don Manuel del Río y García 192
» Don Fermín P. y Menéndez 193

ERRATAS MAS IMPORTANTES

PROSA

Pág.	Línea.	Dice.	Debe decir.
118	1.ª	lo	los
151	12	asunpo	asumpto
186	8	observó	absorbe
48	10	Henry Wadwarth Longfellovid	Henry Wadsworth Longfellow

SONETOS

Pág.	Línea.	Dice.	Debe decir.
81	8	expirado	espirado
96	1.ª	Alonso de Archedo	Alonso de Acebedo
128	9	ministro	ministra
158	11	cociendo	enciendo

ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE JOSÉ YAGÜES SANZ
EL DÍA XXVI DE MARZO
DE MCMXVII

LS.H.
S2116s
153136
Author Sánchez de Enciso, Mariano
Title El Soneto en España.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU